



La madre  
de los  
carabineros

Alessio Puleo

Click  
EDICIONES

# Índice

Portada  
Dedicatoria  
Introducción  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Biografía  
Notas  
Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

*Un agradecimiento particular a Filippo Vitale  
por su preciosa colaboración*

# INTRODUCCIÓN

Alessio Puleo decidió en el año 2001 prestar servicio en la quinta del Arma de Carabineros[1]. Algunos días después de su traslado desde Benevento a Palermo fue asignado al servicio de vigilancia de la casa de Paolo Borsellino. Y fue allí donde tuvo lugar el primer encuentro con la señora Lupo, la «madre de los carabinieri». La señora vivía sola en un antiguo edificio situado justo enfrente de la casa del juez.

Alessio, dentro del XII Batallón de los Carabinieri de Sicilia, había oído hablar a menudo de ella, pero cuando por primera vez se encontró delante de aquella «extraña» mujer con el sombrero del Arma en la cabeza y los galones cosidos en la chaqueta, entendió que se trataba de una persona muy especial.

Mamá Mimma lo escrutó de pies a cabeza para asegurarse de que el uniforme estuviera en orden, que los zapatos estuvieran relucientes, el nudo de la corbata perfecto... ¡y la cara bien afeitada! Se comportaba como un verdadero oficial y todos (desde los más bajos cargos a los oficiales) la querían y respetaban. Transcurría todo el día en compañía de aquellos jóvenes carabinieri que, alejados del cariño de sus familias, encontraban en ella el amor de una verdadera madre. Les daba consejo y compraba todo tipo de cosas: bocadillos, *croissants*, té, café... Y muchísimo más.

Todos la habían rebautizado como «la madre de los carabinieri».

Alessio cogió un afecto especial a aquella mujer y, pasando muchas de las horas de servicio en su compañía, intentó entender qué la llevaba a hacer lo que hacía. Así, día tras día, reconstruyó su vida, descubriendo un pasado lleno de emociones hermosas y horribles en las que residía el porqué de todas aquellas buenas acciones con los carabinieri.

No, aquella historia no podía, un día, desvanecerse en la nada junto a mamá Mimma, así que decidió transcribir toda la información acumulada y, recopilando también información del Museo Histórico del Arma, reconstruyó el contexto social de aquel periodo.

Después de casi cuatro años de trabajo, consiguió escribir su guion cinematográfico. El proyecto atrajo la atención de una productora, pero el excesivo coste hizo que lo dejaran a un lado. Alessio, convencido del interés que la historia podría suscitar, decidió darle forma editorial. Así, en el año 2006, transformó el guion en novela y nació *La madre de los carabinieri*.

# 1

Domenica Lupo, «tía Mimma», vive desde hace muchos años en una pequeña casa, un chalet estilo modernista de principios del siglo XX. Vive sola, rodeada de vecinos cariñosos. Frecuenta la casa de los Borsellino desde hace mucho tiempo y, tras la muerte del juez, su amistad con la viuda del difunto magistrado se ha vuelto incluso más íntima, tanto que para la señora Borsellino es casi «una más de la familia», una anciana tía a la que pedir consejos.

La casa de tía Mimma está enfrente de la vivienda de los Borsellino, y por eso lo primero que ella ve por la mañana al abrir las ventanas es a los carabineros que, desde la muerte del magistrado, montan guardia para proteger a su familia.

Pero volvamos con tía Mimma.

Es una calurosa mañana de julio. Son las diez y la canícula ya oprime, molesta, causada por el siroco que azota Sicilia desde hace dos días. Palermo sucumbe bajo el ardiente sol, pero la vida en la ciudad continúa. Tía Mimma abre la pequeña verja peatonal. Viste sencilla, pero también con cierta elegancia: un vestido de tela ligera color *beige* moteado con pequeños lunares de tono tierra de Siena, tono sobre tono; un sencillo cinturón le ciñe la cintura. Es una mujer menuda, con una silueta todavía juvenil... ¡para sus casi noventa años!

Cierra de nuevo la verja, comprueba el bolso para asegurarse de que están las llaves, el portamonedas, la pequeña corona del rosario y el pañuelito bordado. Perfecto, ¡no falta nada! Ahora puede irse. El mercado está a pocos cientos de metros, ¡caminar un poco siempre va bien! Echa un vistazo a los dos carabineros de la calle con una media sonrisa digna de la Gioconda y se va.

Son las diez y veinte. El mercado del barrio es todo un vocerío, un coro de reclamos, una alabanza a las propias mercancías. El puesto de la pescadería parece una paleta de pintor con tonos plateados, el de las hortalizas, un centelleo de verde y rojo por la verdura fresca y los tomates maduros. Tía Mimma hoy está ahí por la fruta; pide en el mostrador un kilo de jugosos melocotones amarillos y uno de cerezas rojo rubí. Un chico a su lado mira la mercadería y vacila: no parece convencido. Tía Mimma lo observa durante unos segundos: cuerpo atlético, tejanos y polo blanco, una extraña bolsa de piel con líneas en la mano, un poco como aquellas de los pieles rojas que recuerda haber visto en las películas *western* de la televisión. Mientras paga, nota que el chico también compra melocotones al mozo; tía Mimma abandona el puesto y se va. El calor es sofocante. Después de pocos pasos se apoya en un poste de la luz, con la cabeza dándole vueltas vertiginosamente, y resbala lentamente hasta el borde de la acera mientras escucha al frutero que le pregunta: «Señora, ¿qué le pasa?».

Es una mujer dura, con una voluntad de hierro, así que se apoya sobre sus delgadas piernas.

«Nada, nada», responde levantándose fatigosamente y retomando el camino a casa. Unos pocos pasos más y esta vez le falta el aire, la cabeza le vuelve a dar vueltas y acaba tendida en el asfalto.

Abre los ojos y, tras algunos segundos, ve el rostro del chico del pelo blanco. Una señora da al joven un vaso de agua y este se lo acerca a los labios a tía Mimma tras acomodarla en una silla.

Pasan los minutos, el chico aleja a los curiosos con educada firmeza, quedándose con tía Mimma y la señora que ha traído la silla y el agua.

Tía Mimma lo observa ahora atentamente: sobre los treinta, metro setenta y cinco, en muy buena forma, constitución media, ochenta kilos más o menos, rostro afeitado, cabello corto, cara de buen muchacho. ¡Qué extraño, habla un italiano perfecto, no tiene el acento o la cadencia siciliana!, piensa. Tía Mimma presumía siempre de saber «valorar» a una persona a primera vista. ¿Y este qué «valor moral» puede tener?, se pregunta.

Después se oyen las cuestiones de rigor: «¿Está bien?», «¿ya ha pasado?», y así...

El joven se ofrece a acompañarla a casa. Coge el bolso y se lo devuelve. «Bueno..., no es un ladrón, si no, ya habría huido con todo lo que hay dentro..., ¡melocotones incluidos!», se dice. Empiezan a caminar despacio. El joven abre la verja del pequeño jardín. Querría seguir ayudando a tía Mimma, pero esta se retira asegurándole que todo ha pasado ya y se lo agradece de corazón. Ya que estamos aquí, podría ofrecerle un café, piensa. Pero no está convencida. ¿Quién es este?... ¿Y si fuera un maniaco que asesina a las viejecitas?

Pero, mirándole bien, y recordando la buena acción que ha realizado, desecha el mal pensamiento y lo invita a casa a tomar algo.

El joven se mantiene educadamente en el exterior de la cancela, rechaza la oferta sintiéndose un poco incómodo y, empujado por la curiosidad, pregunta a la pequeña anciana si vive sola. Si tiene marido o hijos. La respuesta es extraña, muy extraña, y su curiosidad crece aún más: «Tengo muchos hijos, ¡pero ahora no están!».

¿Qué habrá querido decir? ¿Por qué una respuesta tan vaga?, piensa el chico.

Se quedaría encantado para escuchar lo que tiene que decir aquella anciana mujer que, con pocas palabras, ha despertado su interés, pero no puede. Así que, por el momento, rechaza la invitación por obligaciones laborales que le esperan, le promete volver y se va.

Tía Mimma entra en casa, corre hacia la ventana y sigue con la mirada al joven, que se dirige hacia los carabineros que aparcan como cada día delante de la casa de los Borsellino.

## 2

Ya han pasado tres días tras el malestar de tía Mimma.

Su vida continúa con la rutina de siempre. La anciana está concentrada regando las plantas y quitando algunas flores marchitas y hojas amarillentas por la quemazón del siroco. Cuando acaba, se pone de espaldas a la calle y empieza a tender la colada en un único hilo, tensado entre dos cerezos que hace ya años que no dan frutos. Percibe la presencia de alguien en la verja, se gira instintivamente y ve el rostro del buen muchacho: el joven socorrista sonriente, con su inseparable bolsa de piel y mirándola como pensando: ¿has visto como sí he vuelto?

—¡Ah, eres tú! ¡Por fin das señales de vida! ¡Casi ni te esperaba ya!

El chico sonrío por el reproche casi maternal.

—¿Sabe?, he estado ocupado: el trabajo, las obligaciones... —La pequeña anciana esta vez le hace entrar en casa—. ¡Yo siempre cumplo mis promesas, querida señora! —dice orgulloso el chico.

—¡Pero qué señora! Me llamo Mimma, de hecho para todos soy tía Mimma.

—De acuerdo, entonces a partir de ahora será tía Mimma también para mí.

Mira a su alrededor; la casa es pequeña, quizás tres o cuatro habitaciones, servicios incluidos. Todo muy bonito y ordenado. Los muebles son de estilo barroco siciliano, parece madera de nogal. Lo que más le sorprende son las columnitas y querubines incrustados sobre los muebles, nacidos para perdurar a lo largo de los siglos, que resaltan su gracia y su esplendor. Hay un aparador repleto de vasos verdes y rojos. Todo parece armonizar con el rostro de la anciana, ciertamente marcada por el tiempo, por las arrugas, por la alegría y los colores de la vida. Pero todavía refleja su pasada belleza. Los ojos de tía Mimma son una extraña mezcla de verde y gris, casi mágicos, repletos de luces y recuerdos. Una imagen tranquilizadora e inquietante a la vez.

—¿Quieres un café?

—De acuerdo, tráigame uno —responde el chico.

Tía Mimma desaparece en la pequeña cocina donde los muebles son modestos, en contraste con los de la sala de estar.

El joven se sienta a la mesa y observa las fotos en varios marcos de madera y plata. Fotos en blanco y negro, teñidas de sepia, daguerrotipos[2] de principios del siglo XX: imágenes de otros tiempos. Una en particular le llama la atención: la foto de un brigadier de los carabineros en traje oficial, todo erguido, con las manos apoyadas sobre la empuñadura del sable, el bigote bien cuidado, porte orgulloso, las botas puestas. Carabinero a caballo[3], piensa. A su lado, más menuda que un palmo, una chica preciosa de cara angelical con un sencillísimo vestido claro: parece su esposa. El joven coge la foto para mirarla con más atención; el rostro de la chica le



resulta familiar, le recuerda al de tía Mimma. Coloca de nuevo la foto en su lugar educadamente y no dice nada, pero se queda con la duda.

Desde la cocina le llega la voz un poco ronca de tía Mimma:

—¡Todavía no me has dicho tu nombre!

El chico, cogido de improviso, enrojece y balbucea:

—¡Disculpe, no me he presentado aún! Me llamo Paolo Bottini.

Tía Mimma asiente satisfecha, ¡ahora sabe el nombre y apellido! El café empieza a borbotear, ella saca la cabeza.

—¿Cuánto azúcar?

—Dos cucharitas —responde Paolo.

Tía Mimma entra de nuevo en la sala de estar con una pequeña bandeja de hojalata decorada con temas florales y dos tacitas de porcelana con el borde dorado como el del platillo. Se acerca lentamente, con cuidado, para no verter el café.

—¡Por tu acento diría que no eres de aquí!

—En efecto..., ¡soy de Roma!

—¿De Roma? —pregunta tía Mimma—. ¿Y qué haces aquí en Sicilia?

—Estoy aquí por trabajo.

—¿Y de qué trabajas para estar siempre tan ocupado? —sigue investigando la pequeña anciana.

Paolo se gira hacia tía Mimma, ahora reconoce los rasgos de su rostro, el detalle de la nariz griega y frente alta. ¡Es ella! ¡Es la chica de la foto! En una milésima de segundo piensa: «¡Dios, cómo nos cambia el tiempo!».

—Soy brigadier de los carabineros —dice seguro de sí mismo, como si hablara con una vieja tía a la que no viera hace tiempo.

La respuesta de Paolo turba a tía Mimma como si le recordara algo. Se detiene de repente, las manos se le vuelven inseguras, la bandeja tiembla y caen unas gotas de café. Paolo se levanta, coge la bandeja con una mano y la deja encima de la mesa mientras con la otra sostiene a la mujer y la acomoda en una silla. Se preocupa, recordando lo que pasó tres días antes, pero tía Mimma lo tranquiliza:

—No es nada, ¡solo un mareo!

—Pero ¿por qué no va al médico?, ¿le sucede a menudo? —sugiere el chico y sigue preguntándole por su salud. Después cambia de tema—. Y dígame..., ¿qué hacen sus hijos? ¿Por qué no la cuidan? ¿Dónde están?

Tía Mimma lo coge de la mano y lo lleva hacia la ventana. Aparta ligeramente la cortina y señala los carabineros de la calle.

—Ahí los tienes. Mis hijos.

¡Sí, claro...! Joder, ¡la vieja hace bromas muy pesadas!, piensa Paolo.

—¡Ah, de acuerdo! Entonces, si aquellos son sus hijos, ¡yo también lo soy!

Tía Mimma le sonrío, como en la foto, ¡esa sonrisa! ¡Madre mía, es ella!, piensa Paolo.

La anciana le acaricia dulcemente la cabeza.

—¡De acuerdo, mientras tomamos el café te cuento una preciosa historia llena de felicidad y tristeza! ¿Tienes tiempo?

—¡Claro, todo el que quiera! Estoy fuera de servicio, mi novia y mi familia están en Roma y

yo no tengo nada que hacer. Me quedaré para que pueda contarme su historia, ¡pero tendrá que permitirme que la invite a cenar esta noche!

—Pero yo soy vieja, hijo mío —responde tía Mimma—. ¿Un joven apuesto como tú va a ir a cenar con una vieja?

—No he conocido a ninguna de mis abuelas. Así que esta noche llevo a cenar a la mía. No, ¡a mi madre adoptiva! ¡Y con un brigadier de los carabinieri no se discute! —ironiza Paolo, sonriendo satisfecho.

—De acuerdo —consiente tía Mimma—, pero ahora escucha bien lo que te voy a decir..., ¡te aseguro que todo es verdad!

### 3

Antes de la Segunda Guerra Mundial, la periferia de Palermo estaba dividida en barrios, como tantos otros pequeños pueblos. Politeama, Teatro Massimo, calle Maqueda y Quattro Canti en la periferia eran como el Polo Norte: lejanísimos e inaccesibles. El barrio Brancaccio se extendía alrededor de una plaza con su iglesia, el palacio del federal y el convento de las capuchinas en un viejo bloque del siglo XVII; también había algunas tiendas y cierta actividad artesanal. Las casas del pueblo se alargaban de forma radial hacia el campo por un lado y el ferrocarril por el otro. Era la época del fascismo y, para gestionar el pueblo entero, tanto a nivel político como administrativo, estaba el federal, con la única ayuda de cinco militares de un pequeño cuartel de carabineros: un mariscal, un brigadier, un apuntado y dos auxiliares.

En aquella pequeña aglomeración de casas había mucha gente que vivía arreglándose como podía, sin perder la alegría. En la plaza del cuartel, plaza Magione, se encontraba la modesta casa de un tal Gaetano Lupo, apodado Tano. Don Tano era un hombre de unos setenta años, aún delgado y espigado, ligeramente calvo, que iba siempre con un gorro negro, tanto en invierno como en verano. Tenía el rostro marcado por el sol y las arrugas y una pequeña cicatriz en la barbilla, desagradable recuerdo de la cox de una yegua recibida a la tierna edad de siete años. Al lado de su casa había también un establo donde cuidaba varios caballos. Era el herrero del famoso hipódromo de la Favorita de Palermo. Tano Lupo era un hombre con buen ojo y olfato aún mejor. De hecho, apenas notaba que algún caballo ya no rendía para lo que había sido entrenado y lo querían vender, se adelantaba, cerraba el negocio y llevaba el caballo a su establo. Allí lo curaba, lo nutría y lo cuidaba hasta convertirlo en un animal hermoso. Después, con sabia destreza y buena labia de comerciante, lo vendía por el doble o incluso el triple de cuanto había pagado.

Animales nobles e inteligentes a los que había dedicado su vida, los caballos habían sido su sueño desde que era un niño. Más que un comerciante, Tano Lupo era un amante de los caballos. No era rico, pero no tenía mala posición; gracias a su trabajo ganaba lo necesario para él, su mujer y sus hijas, de hecho, «hijas-nietas»: Concetta, Domenica, apodada Mimma, y Luisa. A Concetta había tenido que obligarla a casarse tras, loca e inconsciente como era, haberse ido con un tipo poco recomendable: un holgazán, beodo y petimetre, al que Tano habría gustosamente retorcido el cuello como a un gallo antes que darle la mano de su adorada hija-nieta Concetta.

¿Por qué hijas-nietas? Pues veréis...

Tano Lupo y su mujer Marianna habían tenido un único hijo, y por aquellos tiempos era algo fuera de lo común. Doña Marianna tuvo un primer parto de riesgo y los doctores le habían desaconsejado un segundo porque pondría en juego su vida y la del bebé. La pareja crio así a este niño protegiéndole de todo y de todos, consintiéndole hasta lo inverosímil.

Antonio, así se llamaba, encontró esposa muy joven y continuó trabajando con el padre Tano como herrador y también en el hipódromo. Las cosas iban bien, no faltaba trabajo y de vez en cuando se ganaba algo también con algún pequeño negocio: sacando dinero con la venta de un caballo, con la monta de algún semental tomado prestado durante la noche sin que los dueños lo supieran, y así.

Antonio y su padre tenían las llaves de las caballerizas del hipódromo y la plena confianza de todos los propietarios de los caballos. Entonces, un día, un jarro de agua fría: la amada esposa de Antonio, la menuda, frágil y bellísima Ninfa, empezó a encontrarse mal. Doctores, análisis y finalmente «el veredicto»: un tumor. Corría el año 1920 y para la medicina de la época los tumores eran catalogados como males incurables contra los que no había nada que hacer.

Pero Ninfa, a pesar de su menudo aspecto, era una joven de acero: afrontó el mal y se curó. Tenía dos niñas y tenía que vivir por ellas, haciéndose fuerte pese a saber que la muerte estaba al acecho.

Y sucedió otro milagro: se quedó embarazada. Los doctores, e incluso el párroco, le desaconsejaron seguir con el embarazo. Pero Ninfa no se rindió, ¡quería a la criatura que llevaba en el vientre! Cuando Luisa nació fue confiada a una nodriza que, conociendo la triste historia de Ninfa, se ofreció a amamantarla, cuidarla y destetarla gratuitamente.

Ninfa habría podido ir a visitar a la niña cuando quisiera; la aldea era pequeña y se conocían todos. Por desgracia, esto no ocurrió. Se vio obligada a permanecer en la cama del hospital con sus dos hijas mayores, Concetta y Mimma, constantemente confortándola. De la división de maternidad fue transferida a cirugía de urgencia, pero las hemorragias se sucedieron y de nada valieron los intentos por salvarla. El mal había minado definitivamente el débil cuerpo de Ninfa, que se apagó sin haber conocido a la pequeña Luisa.

Las niñas fueron confiadas a los abuelos paternos, don Tano Lupo y su esposa, doña Marianna. Antonio lo vendió todo: la casa donde había vivido con Ninfa, los muebles, la ropa de casa, todo lo que le recordaba a ella. Después de algunos años, conoció a una chica, hija de un jinete, que acompañaba al padre a los hipódromos. Antonio todavía era joven, ¡necesitaba una compañera! No tenía nada de malo, si no fuera porque la chica vivía como una nómada. Sedujo y enamoró a Antonio hasta el punto de que este, llevado por la loca fiebre del amor, abandonó padres, hijas y trabajo y desapareció en la nada.

Años más tarde, llegó a Tano Lupo la noticia de que quizás el hijo trabajaba en el hipódromo de la ciudad de Nueva York; había un herrador italo-americano, decían, que se hacía llamar Tony Wolf. Don Tano escuchaba con indiferencia los rumores traídos por algunos de los tantos emigrantes que ocasionalmente volvían para relatar las maravillas de América.

Para él, Antonio había muerto y había sido enterrado con su amada nuera Ninfa. Ella sí era la hija que habría querido. Pero a Antonio no, ¡no podía perdonarle! Se puede perder la cabeza por una mujer, pero la locura de Antonio había superado todos los límites. No se abandonaban tres hijas, una de ellas todavía muy pequeña: eso era demasiado para alguien como él, que creía en el honor y en la familia, en el respeto y la honestidad, valores a los que estaba ligado más que al «creo en Dios».

Don Tano Lupo criaba a las niñas con cariño, las inundaba con todo el amor que habría dado a sus propias hijas... si Marianna se las hubiera dado. Las niñas empezaban a llamarle «papá» en lugar de «abuelo» y así trataban también a «mamá» Marianna. Eran ya una nueva gran familia

cuando Concetta, la mayor de las hijas-nietas, se escapó de casa con un hombre al que apenas conocía y se embarcó en un matrimonio desafortunado.

La preferida y el orgullo de don Tano, de todas maneras, siempre había sido Mimma, una chica preciosa de piel de ámbar. Su cabello negro azulado enmarcaba un rostro de Virgen con unos ojos color esmeralda encastados y nariz recta, antiguo patrimonio de la raza griega y de su espléndida civilización en Sicilia.

La muchacha, como casi todas las chicas del sur, a los catorce años era ya toda una mujer y a los diecisiete empezaba a mostrar el encanto de las fémimas mediterráneas. Mimma irradiaba belleza: cintura estrecha y caderas sinuosas, pechos hermosos, hombros erguidos... ¡Una obra de arte! No movía las caderas cuando caminaba: se movía como una pantera, una gata, un felino suave y sinuoso. Era una chica que iba siempre con la cara lavada, no conocía maquillaje ni pintalabios. ¡Bastaba mirarla para dar gracias al Señor!

Y era el modelo a seguir para la menor, Luisa, que empezaba ya a convertirse en mujer a los catorce años e intentaba moverse y vestirse como Mimma. La atormentaba pidiéndole todo tipo de consejos, ¡como si Mimma hubiera vivido quién sabe qué experiencias!

De hecho, la aventura más llamativa Mimma la había tenido un año atrás, cuando, durante una semana, había sido huésped de la condesa Camilla de Borgo Reale. La muchacha era la mejor bordadora de Ricami Originali Siciliani, el taller de doña Ciccina. Esta la mandó a casa de la condesa, con la autorización de don Tano, se entiende, para que enseñara a bordar a sus hijas en su casa de campo de Altofonte.

Cada mañana, al acabar de hacer las tareas domésticas en compañía de su hermana pequeña y doña Marianna, Mimma se dirigía hacia el taller de doña Ciccina, una mujerona de unos cien kilos, redonda como un tonel y rápida como un caracol. El taller estaba a un centenar de metros de su casa. Tras girar la esquina, donde desde la llegada del fascismo había una fuente de hierro fundido con el caño muy brillante, a la que todo el mundo iba a coger agua potable, Mimma ya llegaba al muro lateral del convento. Y lo primero que veía era una ventana baja con pequeños mirlos en los cristales y después un portal con una puertecita cerrada. Bastaba golpear la anilla contra la cabeza de bronce de un león, ya un poco gastada por el uso, y la puertecita se abría.

En verano la parte inferior de la puerta estaba siempre cerrada y abierta por arriba; una linda cortina bordada con una fuente rebosante rodeada de flores impedía que las moscas invadieran la gran sala, donde cinco muchachas y doña Ciccina trabajaban a toda velocidad bordando ajuares pedidos hacía ya meses e incluso años. ¡Ni en tres vidas acabarían todo el trabajo!

En una calurosa mañana de mayo, Mimma salió para ir al taller. Un ligero vestidito de algodón se le ceñía al cuerpo, en los pies unas sandalias con un poco de tacón, los cabellos atados con una cola de caballo en la nuca, en la mano una pequeña cesta de yute con el almuerzo del mediodía. Ese día estaba contenta porque la vida le sonreía y porque el padre, don Tano, aquella mañana muy temprano había vendido un caballo; bueno, más que un caballo, era un rocín[4], pero don Tano lo había descrito como un campeón que había destacado incluso en el hipódromo de Agnano, en Nápoles.

Mimma lo había escuchado embelesada. ¡Menudo orador, su abuelo! ¡Podía estar hablando de caballos durante semanas sin parar ni un momento! El comprador estaba boquiabierto e, incómodo, miraba a Mimma, extasiado por su belleza, y asentía como diciendo: «¡Esto sí que es un buen negocio!». Pero qué dices, pensaba Mimma. ¡Era un pobre caballo que no habría ganado

ni una carrera alrededor del edificio! Los negocios se cerraban prácticamente siempre de manera favorable para don Tano, y Mimma les llenaba dos vasos de vino para cerrar el trato.

—¡Hoy ha ido bien! —decía el abuelo después de que el cliente saliera satisfecho con su «invencible» rocín-semental.

Mimma pensaba en los caballos y sonreía. Alazanes[5], bayos[6], moteados y de colores varios. Ya no tenían secretos para ella: los conocía casi tanto como don Tano. Fue precisamente un golpeteo de pezuñas sobre el adoquinado lo que la distrajo de aquel pensamiento y le hizo levantar la mirada hacia los dos carabineros. En un segundo los ojos de Mimma se encontraron con los del caballero que viajaba a su lado en un reluciente bayo, cepillado concienzudamente y con una estrella blanca en la frente. Parecía altísimo. Un brigadier del Arma Real Montada de los Carabineros la miraba como hipnotizado, como si hubiese visto a la Virgen, mientras el animal avanzaba.

Aquellos ojos que la escrutaban y la analizaban la hacían sentirse desnuda. Mimma se sonrojó y aceleró el paso. La puertecita del taller estaba extrañamente medio abierta y ella se escabulló dentro.

Jadeaba sin haber corrido, por la emoción. Sabía que era linda y que los hombres la admiraban, pero aquel muchacho en uniforme, tan altivo, con aquel bigote..., la había mirado de una manera diferente. Se había quedado..., cómo decirlo..., «encantado».

En el taller vio que tres chicas, las mayores y ya con edad de tener marido, estaban pegadas a la ventana detrás de la cortina y desde los agujeros de los bordados miraban hacia la calle, comentando el paseo de los dos carabineros, disputándose las miradas de los militares que, ni siquiera queriendo, habrían podido verlas.

La menor, concentrada en seguir un difícil bordado sobre una sábana de lino, llamó a Mimma en voz baja y ella, siempre disponible, corrió a ayudarla. Sabía que era la preferida de doña Ciccina y lo sabían también las otras muchachas, que la envidiaban un poco, pero era también una gata y sabía cómo ganarse el afecto de las compañeras de trabajo. A veces, cuando la patrona se alejaba para una entrega o para hablar con una clienta en la sala de estar elegante, dejaba su bordado y visitaba a las amigas para darles consejo, hacerles sugerencias y echarles una mano.

—La condesa doña Camilla —dijo doña Ciccina entrando con su dulce paso de elefante—, gracias al trabajo de Mimma, nos ha mandado una bandeja de tortas de almendra de la famosa pastelería Puleo. Por eso, queridas niñas, haremos una pausa. Demos las gracias a Mimma y a la condesa y vamos a comérmolas.

Contentísimas por el descanso inesperado, las chicas besaron a Mimma y se lanzaron sobre la bandeja.

Doña Ciccina, diciéndoles que mantuvieran la calma, reía satisfecha y, llenándose ella también las manos de pasteles, pensó que si aquellas cuatro hubieran sido todas como Mimma sería realmente rica. Gracias a la joven, la señora condesa le había encargado tres, digo «tres», ajuares completos, desde las sábanas hasta los manteles y servilletas, para sus hijas aún niñas.

A última hora de la tarde, en cuanto acabó de trabajar, Mimma fue a visitar a su hermana Concetta, que vivía dos calles más arriba. En la entrada vino a su encuentro su sobrinita María, una niña avispada y radiante que sentía verdadera adoración por ella. La cogió en brazos y le preguntó dónde estaba la mamá.

La niña señaló la cocina. Es extraño que habiéndome oído llegar Concetta no haya venido a

recibirme, pensó Mimma, y entendió entonces que algo no iba bien. Dejó en el suelo a la niña, que corrió hacia la cocina, y la siguió. Concetta, de espaldas, la saludó sin darse la vuelta. Preocupada, Mimma le preguntó:

—¿Qué pasa?

Concetta se giró. Tenía un morado en el pómulo izquierdo, los ojos rojos de llorar y la cara cansada: más que veintitrés, parecía que tuviera cuarenta años. Se echó a llorar mientras abrazaba a su hermana. Qué locura había hecho al escaparse de casa con alguien a quien apenas conocía, que iba siempre borracho, peleaba con todo el mundo y perdía continuamente el trabajo. Por otra parte, había una niña a la que criar, el alquiler que pagar, ya con un retraso de varios meses, y, lo más grave, Concetta no sabía a quién acudir para pedir ayuda. Los suegros eran igual que su hijo, vagos y violentos. ¿Y el abuelo Tano? ¿Con qué coraje podía pedirle ayuda si no lo había escuchado cuando, por las buenas y por las malas, había intentado inútilmente convencerla para que no se casara con aquel loco?

Mimma intentó consolarla. Le pediría dinero al abuelo.

El sol empezaba a ponerse y todo se teñía con un tono rojo anaranjado. El yeso de las casas tomaba calidez. Mimma no quería que se le hiciera de noche volviendo a casa, así que se despidió de la hermana con la promesa de ayudarla y se fue. Después del primer cruce, un golpeteo acompasado de pezuñas le hizo intuir la llegada de un caballero. Se giró y a pocos metros de ella encontró a los carabineros que había visto por la mañana.

¿Pero estos dos viven en el caballo? ¿No desmontan nunca?, pensó.

El joven brigadier ahora la miraba intensamente, buscando sus ojos. Mimma le devolvía la mirada fascinada bajo aquella tenue luz del atardecer. Se sentía atraída por ese hombre en uniforme oficial, con todos aquellos botones dorados, el penacho rojo y azul, el sable y el rostro abierto y sonriente. No sabía nada de aquel caballero, pero le impresionaba su comportamiento señorial. Como todas las chicas de su edad, Mimma soñaba con el «príncipe azul con penacho y corcel».

Caminando con la cabeza girada hacia los dos carabineros, tropezó con el escalón de la acera y cayó golpeándose la rodilla contra el adoquinado.

—¡Ay! —se lamentó. Se sentó, se miró la rodilla raspada y la sangre que empezaba a brotar. Mientras, veloz como un rayo, el joven brigadier había desmontado de un salto, seguido poco después por su compañero. Ambos dejaron a los animales en medio de la calle y corrieron hacia Mimma.

Todavía no era de noche, y ahora que el carabinero estaba cerca y se había quitado la gorra, dejándola a un lado, Mimma descubría la delicadeza del rostro, la belleza «varonil», como se decía de ciertos hombres en los tiempos del caudillo: el bigote proporcionado, los labios bien definidos y los ojos transparentes. Como habría dicho doña Marianna, era un hermoso muchacho.

Inclinándose hacia ella, el suboficial le preguntó si se había hecho daño. Mimma se aguantaba la rodilla con una mueca de dolor. El joven observó la herida sin siquiera mirar a la chica a la cara, tal vez por timidez, y después se volvió hacia su compañero y le dijo que consiguiera un limón y un pañuelo o una venda. El tal Baldini miró a su alrededor y a un lado vio a una señora que se había asomado a la ventana y le pidió lo que necesitaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la mujer.

Aquí Baldini se hizo el despistado. Sabía que en Sicilia era mucho mejor no acercarse, no

molestar y ni siquiera socorrer a una chica soltera y bella. Así que respondió con desenvoltura.

—Nada, señora, un chaval se cayó y se ha pelado una rodilla. —La señora, que nunca habría puesto en duda las palabras de un apuntado de los carabinieri, le dio medio limón y un trozo de tela, tal vez arrancada de una vieja sábana, y volvió a entrar en su casa. Baldini miró primero la tela y luego a la señora, como diciendo: «¡Pero mira qué tacaña! ¡Podía darme un pañuelo limpio!». Le dio las gracias de todos modos y se lo llevó al brigadier.

—Aquí tiene.

—Gracias, Baldini..., hazte cargo de los caballos.

Mimma, mientras tanto, seguía mirando alrededor con la esperanza de que nadie estuviera siendo testigo de la escena. Habría sido gravísimo que un hombre, aunque fuera carabiniere, le hubiera tocado la rodilla y, sobre todo, que ella se hubiera levantado la falda delante de dos desconocidos.

—Cálmese, señorita, soy el brigadier Tagliarini —le dijo el militar—. Ahora le picará un poco la rodilla. —Cogió el medio limón e hizo caer unas gotas sobre el arañazo. La herida escoció, pero Mimma no se quejó y continuó vigilando los alrededores.

La operación de socorro duró pocos minutos, tras los cuales Mimma, avergonzadísima, se levantó, les dio las gracias y, recolocándose el vestido, se fue corriendo sin volverse, sorprendiendo al brigadier, que pensó: «¡Vaya! No me ha dado tiempo ni siquiera para preguntarle el nombre. ¡De locos!».

El brigadier Giovanni Tagliarini, que venía de Roma y había solicitado el traslado a tierras sicilianas para tener un contacto más directo con la mafia del lugar, ahora hacía solo vida rutinaria: ronda tras ronda, durante las cuales no pasaba casi nada. Con la excepción de algún robo de animales o alguna pequeña disputa entre familias, era un verdadero aburrimiento.

¿Y entonces por qué no dedicarse con más empeño al amor? ¡Con mucho cuidado! Principalmente, porque estaba en Sicilia, tierra de contradicciones en cuestión de moralidad: no se podía hablar con las chicas si no era en presencia de un familiar, pero se podía asesinar a un hombre como si fuera un cordero. Aquí son todos muy extraños, pensó el brigadier.

Después había otro pequeño detalle: al ser carabiniere de carrera, debía esperar a cumplir veintiocho años para casarse, como si las esposas pudieran cambiar el rumbo de los carabinieri, que antes de los veintiocho años eran considerados inmaduros o carne de cañón, y no debían tener más responsabilidades que aquellas del servicio. Esposas e hijos habrían sido entonces un lastre. No podía dejar de pensar en el pobre Baldini, quizás apuntado de por vida: seis años prometido y, tal vez, en otros dos casado. ¡Tal vez! Siempre que la prometida no se cansara y se escapara con otro, y siempre que algún delincuente no lo sacara de en medio en un tiroteo. Pero, en el fondo, era su vida. La habían elegido ellos, para lo bueno y para lo malo.

\* \* \*

Mimma volvió a casa turbada por el destino de su hermana Concetta. Apenas entró en la cocina, doña Marianna, como si lo supiera todo, la miró de pies a cabeza y exclamó:

—¿Qué ha pasado? —Mimma enrojeció. ¿Qué sabe del brigadier?, pensó. Se miró la rodilla



raspada y se justificó diciendo que había tropezado y doña Ciccina la había curado. Doña Marianna no replicó. Entonces no sabe nada de los carabineros, mejor así, se dijo—. Pero algo pasa —insistió doña Marianna.

Y entonces Mimma le habló de Concetta, del despido del marido, siempre borracho y cada vez más violento, de las dificultades económicas que tenían, del retraso en el alquiler. Quería ayudar de alguna manera a Concetta, tal vez pidiendo algo de dinero a papá, visto que los negocios iban bien.

—Por el amor de Dios, ¡ni en sueños! Sabes lo que piensa tu padre —respondió mamá Marianna.

En aquel momento entró don Tano, que, dándose cuenta de que las dos mujeres confabulaban acaloradamente, preguntó qué estaba pasando. En el silencio que de repente caló en la cocina, notó algo raro.

—Entonces, ¿queréis explicarme? —gritó encolerizado.

Doña Marianna dejó la sartén con la que estaba cocinando y se acercó al marido. Mimma se volvió hacia la escalera de madera colocada a un lado de la cocina comedor y vio a Luisa, que, habiendo oído gritar al abuelo, sacaba la cabecita. Se detuvo de golpe con una señal de la hermana con la mirada.

En un acopio de valor, doña Marianna estaba a punto de hablar cuando Mimma se le adelantó y explicó el despido del cuñado y la situación de miseria de Concetta.

Don Tano explotó y, enumerando las veces que había aconsejado a la hija no casarse con aquel canalla, ordenó a la esposa que no la ayudara. ¡Ella y la niña habrían sido bien aceptadas en casa, pero el borracho del marido definitivamente no!

En el gélido silencio de nuevo impregnado en la estancia, los cuatro se sentaron a la mesa y cenaron una templada sopa de alubias.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Mimma se disponía a ir al trabajo. Se acababa de cubrir la espalda con un chal cuando la abuela-mamá la llamó en voz baja. Mimma se le acercó y doña Marianna se metió una mano en el pecho, sacó un poco de dinero y se lo dio sin mediar palabra.

Mimma sabía que era para Concetta y quiso abrazarla, pero esto habría hecho sospechar a don Tano, que, aunque estuviera ocupado atando uno de sus caballos a una carroza cupé[7], tenía ojos en todas partes. Así que se limitó a besarla y salió sonriendo. Estaba por irse, después de haberse despedido del abuelo, cuando este, dado que tenía que pasar por la casa del maestro Antonio, conocido por todos como ‘U Canigghiaru[8], y ya que el taller de la bordadora le quedaba de camino, se ofreció a llevarla. Así hicieron el trayecto juntos, pero sin pronunciar palabra: don Tano pensaba que había sido demasiado severo la noche anterior con respecto a Concetta y que Mimma debía estar todavía enfadada.

El recorrido, por suerte, era corto, pero el silencio, profundo. Delante de la tienda del maestro Antonio, Mimma saltó de la calesa, se despidió del abuelo y siguió hacia el taller con una compañera de trabajo, ligera como una libélula. El maestro Antonio, que acababa de salir de su negocio y había visto a don Tano y toda la escena, exclamó un paternal: «¡Eh, bendita juventud!».

Don Tano sonrió satisfecho y encantado con su hermosa nieta, bajó del carruaje y se explayó en las formalidades de siempre. ¿Cómo va?... ¿Cómo no va?... ¿Y los negocios?...

Mientras, en la esquina de la plaza, aparecieron los dos carabineros que, como ángeles de la

guarda de la convivencia pacífica, daban la enésima vuelta de ronda cotidiana. A la altura del taller, el brigadier Tagliarini saludó al maestro Antonio y le dirigió una sonrisa a don Tano, que, en señal de saludo y respeto, si no al hombre, por lo menos al uniforme, se quitó un momento la gorra.

Los carabineros se alejaron.

El maestro Antonio habría querido hablar del brigadier, pero Tano Lupo cambió de tema como si el asunto no le interesara. Compró algarrobas y avena para sus caballos, saldó también una pequeña deuda que tenía con 'U Canigghiaru, que se mostró claramente satisfecho, y tras los rigurosos saludos partió de nuevo. Con la excusa de hacer trotar un poco al caballo, para volver a casa dio un rodeo por el barrio y pasó por delante de la casa de Concetta, que, tras las persianas, lo miró llorando, llena de nostalgia de los tiempos felices en la familia del abuelo.

\* \* \*

La mañana pasó pronto en el taller de bordado, y la campana del reloj del palacio del federal rápidamente entonó el mediodía. Doña Ciccina apareció en la gran sala.

—¡Chicas, pausa! ¡Es hora de almorzar! ¡No hagáis mucha fiesta y no os ensuciéis, yo volveré pronto! Mimma, te dejo de encargada.

¿Pero siempre me tiene que tocar a mí hacer de vigilante de estas gallinas desencadenadas?, pensó ella.

Sentadas alrededor de una vieja mesa, las muchachas se disponían a comer lo que se habían traído de casa cuando una de las cuatro, como si hubiera tenido una visión, hizo callar a todas. ¿Cómo lo había hecho para oír el sonido de los cascos sobre el empedrado? La chica corrió hacia la ventana, después se volvió e hizo señas a las demás para que se acercaran. Mimma y la más joven se quedaron sentadas en su mesa, las otras dos fueron a comentar el paso de los dos carabineros, bellos e importantes, seguramente un buen partido.

Mimma no podía más. Todos los santos días la misma canción. ¿Pero por qué no se casan con un carabinero y así viven felices y contentas?, pensó.

Un revuelo a sus espaldas las hizo girar de golpe: doña Ciccina y la condesa Camilla. Las muchachas enmudecieron y, con las manos en los bolsillos de las batas, como niños sorprendidos robando la mermelada, desviaron la vista al suelo.

Solo Mimma y la más joven se levantaron y saludaron cortésmente a la señora condesa, que, admirada, observaba los últimos bordados de Mimma sobre una funda de almohada de lino: una bellísima mariposa que se posaba sobre una flor.

\* \* \*

Después del trabajo, Mimma se dirigió, como era habitual, hacia la casa de la hermana. Aquel día estaba más contenta de lo normal porque llevaba en el bolsillo el dinero de la madre y también

un poco de lo que había cogido de sus ahorros. Seguramente haría feliz a Concetta y aliviaría en parte sus penas. Pasó por delante de la tienda del maestro Antonio, que, alerta como un centinela, estaba en la entrada. Un intercambio de bromas rápidas y graciosas con el simpático ‘U Canigghiaru la puso aún de mejor humor. ¡A los viejos se les concedía alguna pequeña confianza con las muchachas!

Llegó a casa de la hermana y le sorprendió mucho cuando vio que estaba patas arriba. Concetta, que lloraba desconsoladamente, dijo que no podía más, que el marido, ahora que no tenía trabajo, había enloquecido. Mimma intentó consolarla y le entregó el dinero de la madre y también el suyo. Concetta, que no sabía cómo agradecersele, la abrazó. Después, al llegar la hora de regresar a casa, Mimma se despidió de la hermana, besó a la sobrinita y se fue a paso ligero. Tras la esquina, casi donde el día anterior había tropezado, estaban los dos carabineros en sus caballos, siempre los mismos. Mimma se acercó preocupada. Temía que el brigadier le dirigiera la palabra. Y... ¿si lo hubiera hecho? ¿Cómo habría reaccionado? Estaba pensando precisamente esto cuando le llegó la voz del brigadier Tagliarini, que le preguntaba amablemente:

—Buenas tardes, señorita, ¿cómo va la rodilla? —Mimma ni siquiera levantó la cabeza, enrojeció, se miró la rodilla y, con la mirada clavada en el suelo, aseguró a su socorrista que estaba bien. Después, apresurando el paso, desapareció tras la esquina.

Tagliarini no entendía nada. En el fondo no había hecho nada malo, había sido educado y gentil. ¿Entonces por qué esa huida? ¿Tal vez no era su tipo? ¿Tal vez no le gustaban los carabineros? ¿Era tímida? ¡Bah, quién entiende a las mujeres!, se dijo. Se dio cuenta en aquel momento de que el maestro Antonio había sido testigo de la escena y sonreía moviendo ligeramente la cabeza, una clara invitación a una frase casi obligada.

—Buenas tardes, maestro Antonio, no le había visto. —El maestro Antonio levantó la barbilla hacia la esquina de la calle y comentó:

—Una chica preciosa, ¿verdad? —El brigadier se hizo el sorprendido y balbuceó.

—Bueno..., ¡no sé!... ¡Sí, es mona! —El maestro Antonio, viejo lobo y discreto psicólogo del género humano, desde sus setenta años cumplidos (en realidad, nadie sabía cuántos años tenía, porque en el barrio lo habían visto siempre viejo) dijo:

—Brigadier mío, yo también he sido joven, ¿sabe?

Le había hecho sentir cómodo, así que el brigadier desmontó del caballo y se convirtió en un chico cualquiera delante de su padre o abuelo. Se abrió, se confió, no hubo más conversaciones de hurtos de ganado, de homicidios, de robos: solo se habló de amor. Él ya no era el brigadier Giovanni Tagliarini, era simplemente Giovanni, un muchacho de veinticinco años que quería comprender. El uniforme le separaba, le hacía salir de la masa, pero seguía siendo un joven que buscaba su alma gemela, su compañera de vida, y aquella muchacha le suscitaba sentimientos increíbles. El reflejo de sus ojos no le abandonaba ni un minuto...

—¿Pero por qué es tan fría? —se lamentó con el anciano—. ¡En el fondo solo quiero hablar!

El maestro Antonio hizo de padre confesor y, con actitud de maestro, suministró perlas de sabiduría siciliana al brigadier venido de la capital.

—Querido brigadier, en Roma tal vez pueda hablar con las chicas donde quiera, por la calle, en el bar, en la iglesia... Pero aquí estamos en tierra santa. ¡Otro mundo! ¿Quiere hablar con Mimma? Fácil, ¡de hecho, facilísimo! Vaya a visitar a su padre y pídale su mano. En pocas palabras, ¡prométase con ella y podrán hablar lo que quieran!... Fácil, ¿no? —Una sonrisita de

satisfacción se le estampó en la cara—. Le saludo, brigadier, el trabajo me reclama.

Dejando a Giovanni en mitad de la calle con las riendas del caballo en la mano y bajo la mirada irónica y divertida del apuntado Baldini, ‘U Canigghiaru entró de nuevo a la tienda para mover sacos de alubias de un rincón a otro.

## 4

A la mañana siguiente, en el pequeño cuartel del barrio Brancaccio, el brigadier Tagliarini estaba archivando algunos informes sobre las actividades del cuartel cuando el mariscal Contini, silencioso y taciturno y con un expediente entre las manos, una denuncia por una serie de robos en la zona, entró en el despacho. Camillo Contini, de unos cincuenta años, robusto, barba a lo Cavour[9], había asumido el mando del cuartel hacía ya casi cinco años. Venía de uno perdido por las montañas de Calabria y el gran cuartel cerca de la ciudad de Palermo era para él un lugar habitable donde poder empezar una nueva vida.

Había nacido en Moncalieri, piemontés[10] de varias generaciones, hijo y nieto de militares profesionales: el abuelo, mariscal de la Policía Real de su majestad Emanuele II; el padre, capitán del Ejército italiano, caballería ligera; y él, carabinero, un poco por decisión propia y un poco por la gran influencia que el abuelo había tenido en su educación.

Estaba casado con la señora Rosalba, una hermosa mujer calabresa, hija del farmacéutico de Vibo Valentia, también ella farmacéutica, y tenía dos hijos varones que de mayores quizás también llevarían el uniforme.

El brigadier saludó al mariscal, que respondió al saludo, aunque, teniendo todavía la cabeza en el discurso del maestro Antonio, no le prestó mucha atención. El mariscal le habló de algunas acusaciones de pequeños robos, convencido de que Giovanni le estaba escuchando.

Con el silencio del brigadier, levantó la mirada y lo vio ausente, todavía ordenando informes de actividades y declaraciones de los días precedentes.

El mariscal le llamó la atención con un poderoso:

—Entonces, ¿Tagliarini? —Sobresaltándose con el aviso de advertencia, pillado *in fraganti*, Giovanni se volvió, se disculpó y enrojeció—. Tagliarini, pero ¿en qué demonios estabas pensando? —Giovanni vaciló.

—¿En nada, estaba pensativo, solo eso!... ¡En nada! —El mariscal Contini notó la vergüenza de Giovanni y quiso jugar al gato y al ratón.

—¿Y cómo se llama la afortunada? —preguntó.

—Pero qué... ¿qué afortunada?... Mire, mariscal, no hay ninguna afortunada.

Giovanni sabía muy bien que el reglamento era claro: si no habías cumplido la edad, nada de compromisos, novias secretísimas, nada de historias de amor o estupideces parecidas.

En su rol de gato, el mariscal lo instó.

—Va..., va, Tagliarini, ¡que yo también he sido joven, sabes!... ¿Qué te crees?, ¡fíate de tu mariscal!... ¡Será un secreto entre tú y yo!

Y así Giovanni, empujado por la emoción, pero también por el hecho de que a alguien le tenía

que pedir consejo (¿y a quién sino a su comandante?), se acercó al escritorio de su superior y, como un niño que confiesa una travesura, le contó que, en efecto, había tenido un flechazo con una morena de ojos verdes como el mar.

—¿Y de quién se trata? —quiso saber el mariscal.

—¡Realmente no lo sé! —respondió Giovanni.

En ese momento, Contini le dio la puntilla final: el ratón estaba acabado.

—Pero... ¡Tagliarini! —le advirtió irónicamente—. En realidad, brigadier Tagliarini..., ¿qué tipo de brigadier eres? ¿Te enamoras de una de la que no sabes nada y vienes aquí a confesarlo? Pero investiga, infórmate, intenta por lo menos saber quién es, de qué familia proviene, si son buena gente... Tagliarini, tú eres brigadier del Arma Real de los Carabineros, no te puedes permitir enamorarte de una cualquiera. ¡Antes tienes que informarte! —Regodeándose por dentro por el sermón echado desde su superioridad de grado y edad, el mariscal quiso mantener todavía a Giovanni entre las cuerdas y, cambiando la expresión y con un tono paternal, le preguntó—: Pero, por lo menos, Giovanni, ¿es hermosa?

Giovanni se llenó de orgullo.

—¿Hermosa?... ¡Es preciosa! Pero cada vez que le intento hablar escapa como si tuviera la peste.

—Querido Giovanni —continuó el mariscal—, aquí no es como en tu casa o en la mía. —A pesar de los años transcurridos en el sur, el mariscal Camillo Umberto Contini seguía sintiéndose un piamontés de Moncalieri—. Aquí, querido mío, las cosas van así. Si antes no te presentas a la familia..., siempre que no sea por motivos de trabajo o de interés general..., ¡nada! ¡Con las chicas, de ninguna manera!... Olvídate de eso, ¿has entendido? He pasado por esto antes que tú y mi mujer era hija del farmacéutico, no de un vaquero cualquiera, ¡gente culta que había vivido también en el norte! Nada que hacer... Para hablar con mi mujer rellenaba el botiquín de bismuto y magnesio, ¡ni que tuviese úlcera! Estaba siempre en la farmacia, tanto que su padre un día salió de detrás del mostrador y me dijo: «Brigadier Contini, pero si le gusta tanto mi hija, ¿por qué no se casa con ella?». Lo hice y aquí estoy, feliz y contento. ¡Vamos, Giovanni! Échale valor, ve a hablar con el padre de esta hermosa muchacha, pero antes infórmate sobre la familia e investiga bien qué tipo de gente son. Estate atento, mantenme informado y, sobre todo, ¡la boca bien cerrada con todo el mundo! Ah, una cosa más... ¿Quién conoce esta historia?

—Pero... —balbuceó Giovanni—. Solo Baldini. Sabe, está todo el día haciendo la ronda conmigo y ve las cosas, y después... hablamos de ellas.

—De acuerdo —zanjó Contini—; de que Baldini mantenga la boca cerrada ya me encargo yo. Tiene mucho miedo de ser trasladado a Cerdeña..., ¡se puede jugar con esto con él! ¡Tú quédate tranquilo! ¡Ahora hablemos de estos robos que no acabo de entender!

Llamaron a la puerta y el mariscal dijo distraídamente:

—¡Adelante!

La puerta se abrió y el apuntado Baldini se materializó en la entrada. Llevaba en la mano la hoja de servicio con la descripción de lo que había visto y oído en la ronda de guardia cotidiana. Hizo el saludo militar al mariscal y al brigadier. Después los tres se concentraron en los extraños robos a las tiendas de comida del barrio. Según Contini, se trataba seguramente de algún pobre que intentaba conseguir algo que llevarse a la boca, aunque seguía siendo necesario mantener los ojos y las orejas abiertos. Antes o después el ladronzuelo caería en la red.

\* \* \*

Giovanni y el apuntado Baldini llegaron al comedor del cuartel y tomaron un modesto almuerzo, tras el cual, entre un cometido y otro, la jornada pasó velozmente. Con una idea fija en la cabeza, que era cómo llegar a la familia de Mimma, Giovanni permaneció despierto casi toda la noche pensando qué hacer. Ignoraba el hecho de que en una casa de la plaza Magione también una chica llamada Mimma estaba despierta y con los ojos abiertos pensando en aquel apuesto brigadier tan amable que le transmitía emociones muy fuertes cada vez que se encontraba con él y su mirada se posaba en la de ella.

A la mañana siguiente, muy temprano, Giovanni dio los últimos golpes de cepillo al pelaje de Fulmine[11], su caballo, y procedió a ensillarlo. Todavía se estaba peleando con los botones de la casaca cuando Baldini llegó sin aliento y se disculpó por el retraso, culpando al toque de diana, que no había sonado. «Un poco pobre como excusa, ya que en el cuartel suena para todos a la misma hora», pensó Giovanni, pero no lo dijo. Aquel día se sentía extraño, no tenía ganas de discutir. Sonrió a Baldini y le dijo que se afanara porque en pocos minutos empezaba la ronda de guardia de la mañana. El apuntado se apresuró a sacar de la cuadra a su caballo, Pedro, y empezó a ensillarlo; ya lo cepillaría después del servicio.

También durante la ronda Giovanni se mantuvo en silencio. Sobre todo, parecía inmerso en su propio mundo. Sospechando que el brigadier estuviera enfadado por su retraso, Baldini le prometió que no volvería a suceder. Llegados a ese punto, Giovanni, tanto para evitar que Baldini insistiera con aquella historia como porque no podía aguantarse más, se desabrochó, tranquilizó una vez más al apuntado y se encontraba ya a punto de revelarle el motivo de estar tan pensativo cuando este se le anticipó diciendo:

—¡Ya lo he entendido! ¡Es por la muchacha! La morena que nos encontramos cada mañana. Por eso está tan silencioso, ¡ahora lo entiendo! —Y sonrió, satisfecho, también porque el brigadier le miraba con cara de «¿pero cómo lo has sabido?, ¿me has leído la mente?».

—Sí, Baldini, es exactamente eso. ¿Sabes?, se lo he contado al mariscal...

—¿Al mariscal? —exclamó estupefacto Baldini—. Pero ¿quiere que le trasladen? Brigadier, por estas cosas nos trasladan en una semana, ¿lo sabe?

—Lo sé, lo sé... Pero el mariscal me ha asegurado que por su parte no hay problema: fingirá no saber y no ver nada. De hecho, más bien el que tiene que vigilar no decir nada a nadie eres tú, si no el mariscal dice que te manda derecho a Cagliari.

Al oír la palabra «Cagliari», Baldini detuvo el caballo, miró alrededor y, viendo que no había nadie, dijo:

—¡Brigadier, por favor! Usted está delante de una tumba..., ¡una tumba! —Recalcó la última palabra para confirmar que su silencio sería absoluto y, sobre todo, «sepulcral». Luego continuó —: Pero ¿qué le ha aconsejado el mariscal?

Giovanni respondió que le había dicho que fuera a hablar con el padre de la muchacha.

Con aire de secreto, Baldini se inclinó sobre la silla hacia el brigadier.

—¿Y si recopilara algo de información antes? —susurró como si tuviera que desarrollar una

indagación sobre quién sabe qué criminal.

—Pero qué dices, Baldini, ¿ahora lo gritaremos a los cuatro vientos? Aquí, apenas preguntas a alguien, todos dicen: «¡No veo, no oigo, no hablo!». ¡Vamos! Sería como ir por ahí diciendo a la gente: «¿Sabéis?, el brigadier Tagliarini se ha enamorado. ¿Nos podríais dar algo de información sobre su prometida a la que aún no conoce, por favor?». No hagamos que se rían a nuestras espaldas... Ya rondan las primeras bromitas sobre carabineros en las tabernas y los cafés, ¡no pasemos el límite!

Giovanni hizo una mueca y se calló, y Baldini entendió que había hecho una sugerencia cuando menos ingenua.

Tras algunos minutos en silencio, se lanzó de nuevo.

—¡Brigadier! —Y se puso en guardia.

Giovanni perdió la paciencia y llamó a Baldini por su nombre. No lo hacía nunca, pero esta vez era necesario.

—¡Andrea! ¡No hay nadie! ¡¿Por qué te comportas como si me estuvieras contando algún secreto?! ¡Habla, desgraciado!

—¡‘U Canigghiaru, brigadier! Ese sabe todo de todo el mundo, y podemos fiarnos de él. Además, ¡a usted le admira! ¡Si hubiera tenido un hijo, le habría obligado a ser carabinero! —explicó Baldini.

—¿Sabes que de vez en cuando consigues hacer funcionar a tu cerebro? ¡Muy bien, Baldini! ¡Es una idea genial! —El brigadier Giovanni Tagliarini hizo un gesto de aprobación con la cabeza para agradecerle el consejo.

Se dirigieron entonces hacia la tienda del maestro Antonio ‘U Canigghiaru. Este estaba concentrado colocando cereales en la puerta, donde exponía como siempre su mercancía. Se volvió al saludarle Giovanni. Ya sabía que los dos carabineros estaban ahí, les había oído llegar, conocía el sonido de los cascos de los dos caballos, pero había hecho ver que seguía ocupándose de su mercadería.

Respondió al saludo como sorprendido y preguntó a qué se debía aquella visita matutina. Giovanni desmontó del caballo y le entregó las riendas a Baldini, que también había desmontado. El apuntado llevó a los animales hacia un saco de avena y les dio un puñado.

El brigadier, mientras, se había acercado al maestro Antonio, que estaba ya preparado para responder a sus preguntas. ‘U Canigghiaru pensaba que «si dos carabineros te vienen a la tienda de buena mañana, puede ser por dos cosas: o quieren saber algo de uno o durante la noche han asesinado a otro».

Giovanni le miró.

—Maestro Antonio, ¿puedo preguntarle una cosa en confianza?

—Dígame, brigadier.

—Querría algo de información... —El brigadier Tagliarini no había terminado la frase cuando el maestro Antonio le interrumpió.

—¿Han asesinado a alguien?

—No, maestro Antonio, déjeme terminar..., quería información sobre aquella —Giovanni se detuvo. No era fácil. Le parecía estar entrometiéndose en la vida de un ser humano cuya belleza le había impresionado más que su persona, ya que solo conocía su nombre. Hizo acopio de valor—  
... ¡La chica de la otra noche!



El maestro Antonio se sintió aliviado.

—¡Ah, sí, Mimma! ¡Pensaba que me queríais pedir algo!... Eh, brigadier, ¡ya sabía yo que Mimma antes o después le impresionaría! ¡Esa chica es un tesoro! Su padre es herrero en el hipódromo de la Favorita y vendedor de caballos en su tiempo libre. Su madre, doña Marianna, ¡madre, qué fémína! ¡Una mujer como las que ya no quedan, aunque sea hija de un vaquero! Conozco a Mimma desde que era pequeña, se comporta como una duquesa. ¡Mimma es única! Tiene dos hermanas: la mayor, Concettina, bastante desgraciada por un mal matrimonio, pero son cosas que pasan; después está Luisa, una chiquilla lista como un demonio y bella como un ángel. Querido brigadier, ¿qué puedo decirle? Es una familia decente, honesta, trabajadora, en resumen, un buen partido. Pero la perla es Mimma: trabajadora y muy educada, religiosa y respetuosa. A esa chica no la deje escapar. Se lo digo como se lo diría a un hijo; ¡y ojalá lo fuera!

El maestro Antonio estaba contento por haber sido útil para Giovanni. De hecho, se sentía feliz.

—Entonces, ¿qué me dice?, ¿voy a hablar con el padre? —preguntó Giovanni.

—¿Y a qué estás esperando, a la carroza? —Sin quererlo, el maestro Antonio había tuteado al brigadier. Reparando en su error, dijo—: ¡Discúlpeme, brigadier!

—¡No, no! Déjelo, maestro Antonio. Pero hágame un favor: ¡boca cerrada! ¿Sabe?, la situación merece ser reflexionada. —Giovanni remarcó el hecho de que era joven y encima carabainero: el asunto resultaba delicado.

‘U Canigghiaru le miró y simbólicamente se cerró la boca con llave y la tiró. Le dio la dirección de la casa de don Tano.

—Plaza Magione. Basta decir «Tano Lupo», que le conocen hasta las piedras.

Durante la ronda de guardia del mediodía, los dos caballeros dieron vueltas como siempre atentos a todo lo que ocurría. Cuando pasaron por delante del palacio del federal, el reloj marcaba las 16.50. Giovanni aceleró el paso y Baldini, cogido de improviso, casi se puso al galope, luego retuvo el caballo y lo puso al trote, siguiendo al jefe de ronda. Una vez doblada la esquina, Giovanni detuvo su caballo. La agraciada figura de Mimma estaría al final de la calle. En pocos minutos la vería.

Mimma pasó por delante de la tienda del maestro Antonio, le saludó y dobló la esquina, pasó el negocio de alimentación y subió a casa de la hermana. Quien le abrió la puerta fue la sobrineta, que, feliz por volver a ver a su tía, enseguida le dijo que mamá se encontraba mal y estaba en la cama. Mimma constató que la hermana tenía fiebre y le preguntó dónde estaba el marido. Concetta levantó los hombros, como diciendo que no lo sabía. La niña no había comido nada y ella tampoco, por eso cuando intentó levantarse todo empezó a darle vueltas y cayó de nuevo en la cama. Al ver cómo estaban las cosas, Mimma buscó entre los cajones algo con lo que preparar una sopa y empezó a cocinar. Encendió un fuego con el carbón y tranquilizó a la sobrineta.

—Dentro de muy poquito comeremos.

Mientras, deseando al menos verla de lejos, Giovanni se paseaba con el fiel Baldini por las calles colindantes a la casa de Concetta. «Antes o después saldrá», pensaba ignorante de lo que sucedía dentro. Pero Mimma tardaría un buen rato en salir.

De repente, de la tienda de comestibles llegó un vocerío, gritos e insultos. Los dos carabineros acudieron mientras el tendero salía chillando:

—¡Al ladrón, al ladrón!

Un muchacho estaba doblando la esquina y corría a más no poder.

Con dos caballos como Pedro y Fulmine fue casi un juego atraparlos. El chico quedó bloqueado entre los dos animales. En el que tenía delante, el brigadier, con la mano derecha en el mango del sable, le miraba con una expresión que no prometía nada bueno.

El ladrón estaba petrificado. Atemorizado, no dejaba de repetir:

—¡No soy un ladrón, no soy un ladrón!

Llevaba en las manos un queso blando tan pestilente que seguramente ni los ratones se lo habrían comido. Cuando los dos carabineros desmontaron de sus caballos, les alcanzó el propietario de la tienda, seguido de curiosos.

Baldini confió los caballos a un muchacho, que no podía creerse tener por las riendas dos sementales de los carabineros y poderlo contar en casa.

Se acercaron al ladrón. Parecía un muerto de hambre más que un verdadero ladrón, un pobre desaseado, harapiento, delgado como un clavo. Tal vez había robado por hambre. Pero ¿precisamente aquel queso maloliente tenía que robar? ¿No podía coger algo de pan? Giovanni odiaba el queso y no soportaba siquiera su olor, pero el botín había sido recuperado.

—Apuntado Baldini, recupera el botín y pon las esposas a este ladronzuelo —ordenó.

Pero si Giovanni odiaba el queso, Baldini lo detestaba.

—Brigadier, ¿le da lo mismo si le esposo con el queso? —preguntó.

Irritado por segunda vez en un mismo día, Giovanni llamó al apuntado por su nombre.

—Andrea, por Dios, hay gente mirando, haz lo que te he dicho —le susurró.

Muy a su pesar, Baldini obedeció. En aquel momento se adelantó el tendero y, con el queso bien cogido, intentó insultar al ladrón. El brigadier Baldini le fulminó con la mirada.

—Si tiene algo que decir, venga al cuartel a poner la denuncia y atégase al reglamento. ¡Y ahora fuera, no es un espectáculo! ¡Todos a casa! En cuanto a usted —se dirigió al tendero—... será atendido esta noche en el cuartel. —Y diciendo esto dispersó a la pequeña multitud de curiosos.

El ladrón y los carabineros se dirigieron a pie hacia el cuartel, el ladrón en medio de los dos y los caballos siguiéndoles. Baldini, que seguía oliéndose disgustado las manos con las que había tocado el pestilente queso, llevaba sus riendas.

Empezaba ya a oscurecer y Mimma, que mientras todo esto sucedía había preparado una sopa para la sobrinita, se despidió de la hermana dándole ánimos y asegurándole que a la mañana siguiente se pasaría para ver cómo estaba. Si fuera necesario, le pediría alguna hora de permiso a doña Ciccina para estar más tiempo con ellas.

En casa Lupo, don Tano, muy nervioso por el retraso de Mimma, andaba de un lado para otro en la «cocina-sala de estar-comedor», despotricando contra los jóvenes que no respetaban a nadie, y mucho menos a los padres. Estaba enfadadísimo y le estaban entrando ganas de ir a buscarla.

Doña Marianna, que sabía dónde había ido Mimma, intentaba calmarle diciéndole que a lo mejor se le estaba haciendo tarde porque en el taller tenían algún encargo importante. No quería que Tano supiera que estaba en casa de Concetta porque aún se enfadaría más.

Y mientras tanto don Tano continuaba dando vueltas alrededor de la mesa del centro de la sala.

Mimma salió de casa de Concetta, se puso el ligero chal en la cabeza y se apresuró hacia casa, que no quedaba muy lejos. El farolero no había pasado todavía y caía rápido la oscuridad. No le

gustaba estar en la calle de noche y, como si sus temores se hubieran querido materializar, vio en la esquina de la calle a unos muchachos que se reían dándose empujones, divirtiéndose con las historietas que se estaban contando. No se acababan de creer ver llegar a una chica «sola». La manada se desató mientras la oscuridad protegía la escena. Bromas, comentarios, vulgaridades... Irritada, Mimma aceleró el paso. «¡Imbéciles!» En su interior, muchísimo miedo. ¿Qué habría podido hacer una chica sola contra cinco insensatos? El que parecía el cabecilla de los «imbéciles», ofendido por haber sido elegantemente ignorado por la «presa», agarró a Mimma del brazo. Y le hizo una pregunta tan imbécil como él:

—¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo?

Mimma no tenía miedo. Estaba aterrorizada. Y chilló con toda la fuerza de sus pulmones. Un grito que desgarró el silencio del anochecer, a la hora de la cena, cuando todos estaban delante de una sopa, en silencio, tras una larga jornada de trabajo.

El ladrón, mientras tanto, imploraba al brigadier que le soltara. Lo había hecho solo por hambre, decía, no era un verdadero ladrón.

Giovanni ya había entendido esto, pero la ley era la ley.

Los tres estaban llegando a la esquina donde se desarrollaba la escena entre Mimma y los cinco matones. El grito les detuvo. Giovanni escuchó atentamente, dio un paso para averiguar de dónde provenían los chillidos y salió corriendo en esa dirección.

Baldini, que tenía al ladrón maniatado, fue cogido por sorpresa: a cincuenta metros de ellos estaba teniendo lugar una agresión. No sabía qué hacer y le preguntó a gritos al brigadier, que acababa de pedirle que le siguiera:

—¿Qué hago con el ladrón?

—¡Suéltale!

Le quitó las esposas y, montando en su caballo, le gritó al ladrón que no se dejara atrapar de nuevo. Este corrió como un rayo y desapareció en el primer cruce, repitiendo en voz alta que no lo haría más. El apuntado galopó hacia el superior, que ya estaba en el lugar de la agresión. Con toda la autoridad de la que fue capaz, el brigadier Tagliarini les ordenó que dejaran en paz a la chica. Mimma estaba con la espalda contra la pared, con el chal aún en la cabeza. Con la tenue luz de la puesta de sol, Giovanni todavía no la había reconocido. Uno de los cinco, más altivo que nunca, preguntó al brigadier:

—Pero ¿quién eres? ¿Qué quieres? ¿Buscas problemas?

La llegada de Baldini y la buena vista de un tercer matón hicieron el resto.

—¡Joder, son carabineros! —Hubo una escapada masiva en todas las direcciones y en menos de un segundo habían desaparecido. Baldini les persiguió en vano. Giovanni se quedó en su sitio y notó que, extrañamente, en las casas vecinas se entreveían velas y faroles, pero las puertas permanecían cerradas. Nadie abría, nadie salía para ayudar a una muchacha en peligro.

Cada vez estaba más confundido: no entendía a aquella gente; de hecho, nunca les entendería. Poco más tarde se abrió una persiana y una luz tenue iluminó la escena de la agresión. Giovanni estaba a pocos pasos de Mimma, que, sorprendida de verle, se quedó sin aliento.

El corazón le latía fuerte por la emoción. El destino seguía haciendo que se encontraran. Era siempre el mismo carabinero que la socorría en todas las circunstancias. Se quedó mirándole, muda. Giovanni habló primero, le preguntó si estaba bien. Tras la respuesta afirmativa y tranquilizadora de Mimma, se apresuró a ofrecerse a acompañarla. ¿Qué mejor escolta que dos

carabineros? En un primer momento Mimma se retrajo, tentada de continuar sola. Carabineros o no, ¡segúan siendo hombres! Y si alguien la veía, ¿qué podían pensar? Después miró alrededor: las farolas estaban todavía apagadas y ahora sí que era ya de noche.

Baldini, que había ido a dar caza a los agresores, volvió y les interrumpió para reportar al jefe de ronda que habían escapado. Giovanni aprovechó la ocasión para renovar la invitación de acompañamiento a la muchacha. Ella lo pensó un momento y finalmente afirmó con la cabeza. Tagliarini la ayudó a montar el caballo y se pusieron en marcha. Baldini les seguía manteniendo unos metros de distancia.

Entre los dos jóvenes comenzó un intercambio de frases, de miradas protegidas por la oscuridad o apenas reflejadas por la luz de alguna farola ya encendida por el farolero. Giovanni era muy respetuoso por la timidez de la muchacha e intentaba ser lo más amable posible.

Le preguntó su nombre y ella, cándidamente, siempre con la mirada fija en la punta de sus propios zapatos, murmuró:

—Me llamo Domenica, pero todos me llaman Mimma.

Era el momento de decir el suyo y el brigadier le puso cierto énfasis.

—Yo me llamo Giovanni. Vengo de Roma y, como puede observar, soy brigadier de los carabineros.

Mimma levantó levemente la mirada, pero más para observar el uniforme que al muchacho. Tenía memorizado el rostro de Giovanni desde el día del rasguño en la rodilla. Él se envalentonó y le declaró que le gustaba muchísimo. No la conocía todavía, pero por ella sentía algo que no sabía describir.

Mimma se sentía muy tímida. Intentaba evitar las preguntas de Giovanni. Habría querido decir algo, pero no se acababa de decidir. Al final cerró la conversación de manera repentina y firme.

—Y si le gusto tanto, ¿por qué no se lo dice a mi padre?

Giovanni no entendió si se trataba de una sugerencia o un reto. Exultante de alegría, no sabía si la muchacha le estaba tomando el pelo o era sincera. Pero le había parecido intuir que también ella...

—Detenga el caballo, ya hemos llegado —anunció al poco rato Mimma y, desmontando de la silla con la ayuda del brigadier, se alejó corriendo por la plaza a oscuras, desapareciendo como un fantasma y dejando de piedra a los dos carabineros, a los que ni les dio tiempo de ver qué dirección había tomado.

—¡Eh, es muy mona! —exclamó Baldini.

—¡Baldini, no entiendes nada! —Giovanni estaba eufórico, fuera de sí—. ¡Es un hada, una diosa! ¡Solo por eso, silencio, tú serás siempre apuntado! —bromeó, montando su caballo de un salto.

Mimma llegó a casa jadeando, más por la emoción que por la corta carrera. Sus ojos destellaban felicidad y llevaba una sonrisa estampada en la cara. Doña Marianna le preguntó qué había pasado y ella empezó a explicarle rápidamente que la hermana se encontraba mal, omitiendo, evidentemente, lo que había pasado con los matones y el encuentro con Giovanni. Mientras tanto, el nombre del brigadier era como un tambor que le sonaba en la cabeza y le retumbaba en la sien. Le preguntó por su papá y doña Marianna le respondió que, preocupado y sobre todo enfadado por su retraso, había salido a buscarla.

En ese preciso instante apareció don Tano en la puerta. No se dio cuenta de la presencia de

Mimma y dijo:

—Pero ¿adónde diablos habrá ido? —Sacudió la cabeza. Entonces, bajo la luz tenue de la lámpara de petróleo, vio a Mimma sonriente y tranquila—. Ah, ¿aquí estás?... ¿pero qué narices te ha pasado?

Mimma estaba explicando también a su papá la historia de la hermana cuando doña Marianna intervino diciendo que la cena estaba casi lista. Pero Mimma no tenía hambre: ¡el amor y la ilusión gastan este tipo de bromas!

—Voy a dormir, estoy cansada. Ya he comido algo en casa de Concetta —dijo siempre con una sonrisa en los labios.

Doña Marianna la siguió con la mirada mientras subía de dos en dos las escaleras. Pensó y dijo en voz alta mirando al marido:

—Pero ¡normalmente vuelve siempre triste de casa de Concetta! ¿Hoy qué le habrá pasado?

Don Tano miró hacia las escaleras, después miró a su mujer e hizo gesto de decir: «¡Quién entiende a las mujeres!».

Amaneció un nuevo día y el brigadier Tagliarini no habría sabido decir si había dormido o había estado despierto, ¡si había existido la noche o no! Había oído todos los repiques en la campana del reloj del palacio del federal, cada cuarto de hora. Pero se sentía despierto, tranquilo y descansado.

En la zona de despachos del cuartel retiró la orden de servicio con el recorrido de la ronda, las paradas y las tareas a realizar durante la vuelta de reconocimiento. En ese momento entró el mariscal Contini. Viendo al brigadier, le saludó formalmente.

—Madrugador, ¿eh, brigadier?

—¡Noctámbulo, diría, mariscal!... ¡No he pegado ojo! —respondió Giovanni.

—¡Ay, estos jóvenes! —fue el comentario de Contini—. ¡Siempre con la cabeza soñando quién sabe con qué! A propósito de sueños, ¿con aquella muchacha cómo va?

—Mimma, mariscal, se llama Mimma.

Giovanni se sintió en la obligación de transmitir al superior parte de su felicidad.

—Hoy, después del servicio, voy a hablar con su padre —anunció satisfecho con lo que acababa de decir.

—¡Muy bien, Giovanni! —aprobó Contini—. ¡Entonces por fin te has decidido! ¡Esa niña te ha fulminado!

—Ah, sí, querido mariscal, ¡esa chica es para mí y no la dejaré escapar! —Giovanni cogió la hoja de servicio, hizo el saludo militar y se dirigió hacia la puerta para ir a las caballerizas.

—¡Mantenme informado, brigadier! —dijo el mariscal antes de que saliera.

En las caballerizas, Giovanni había ya cepillado a Fulmine, lo había secado y estaba a punto de ensillararlo cuando irrumpió Baldini. El apuntado se detuvo de golpe, se echó la mano al bolsillo y sacó el reloj.

—Pero ¿son las siete treinta, o este reloj no va bien? —preguntó.

Con aire burlesco, Giovanni sacó el suyo, hizo saltar la cubierta con una leve presión sobre el pequeño resorte y, disfrutando del momento, con exasperante lentitud, dijo:

—Apuntado Baldini, te comunico que son exactamente las siete treinta.

Baldini se echó a reír, pero no le quedó claro por qué Giovanni estaba ya preparado para salir.

—Pero entonces, ¡voy bien de hora! —exclamó.

—Pues claro, Baldini —le consoló Giovanni.

—Pero entonces..., no entiendo —dijo el apuntado.

—Andrea, yo he llegado temprano. No he dormido en toda la noche, ¿lo entiendes ahora? —le rebatió Giovanni.

—¡Ah!, me parecía extraño... ¡El toque de diana no podía fallar dos veces seguidas! —Baldini se dispuso a cepillar a su caballo Pedro, dejando a Giovanni acariciando el vientre de Fulmine.

El brigadier seguía girando alrededor de su animal y soltó:

—¡Hoy vamos a su casa!

—¿A casa de quién? —preguntó Baldini, sacando la cabeza por detrás de la grupa de Pedro.

—A su casa... ¡de Mimma! Le voy a pedir la mano al padre.

—¿Quiere la mano del padre? Pero ¿para qué, brigadier?

Tagliarini pensó que le tomaba el pelo.

—¡Eh, Baldini, espabila, por Dios! ¡Voy a pedir la mano de Mimma, no la de su padre! ¿Y qué diablos...? Pero ¿tú estás o no prometido?

—¡Sí, sí, me prometí! Pero yo lo hice por carta; estábamos lejos, ¿sabe? ¿Cómo lo podía hacer, si no? Escribí a la familia y ellos, mediante una carta, me concedieron el permiso para prometerme con la hija. Nosotros lo hicimos así, brigadier. —Baldini, que estaba intentando ensillar su caballo, se emocionó al pensar en la prometida, que no veía desde hacía cuatro meses.

Una vez preparados los caballos, el apuntado insinuó al brigadier que eran apenas las ocho de la mañana y que tal vez no parecía oportuno despertar a la gente a esas horas para una propuesta de matrimonio. Tagliarini le cortó en seco.

—¡Aquí la jornada empieza a las cinco!

Como la plaza Magione estaba cerca del cuartel, los dos carabineros se dirigieron allí sin prisas y, completada la mitad de la ronda de guardia, Giovanni decidió que era el momento de dar el gran paso. Llegados a la plaza, donde había un algarrobo centenario que proyectaba su sombra a un lado, se detuvieron para localizar la casa de Tano Lupo.

La gente estaba acostumbrada a ver casi cada día a los dos militares haciendo una batida, pero nunca parados, mirando alrededor como si buscaran a alguien, puede que para arrestarlo. Algunos, sentados delante de la puerta de casa, volvieron a entrar para evitar preguntas a las que seguramente no querían responder.

Un grupo de chiquillos, sentados en un bordillo de la plaza, jugueteaban con unos botones de colores. Giovanni le preguntó a uno de ellos dónde vivía don Tano Lupo. ¡Fue como si le hubiera preguntado dónde estaba el cuartel siendo él carabinero! El chico le miró con expresión de decir: «Pero ¿qué pregunta es esa?».

—¡No lo sé! —respondió en cambio, y se alejó corriendo con el resto de sus compañeros.

Giovanni miró a Baldini, desanimado. Pero ¿cómo pueden ser así?, se preguntó. En ese preciso instante se abrió una persiana y una señora madura se asomó para tender la colada. Baldini se la señaló con la cabeza. Giovanni espoleó su caballo, se acercó a la mujer y le repitió la pregunta que había hecho al muchacho poco antes:

—Señora, disculpe, ¿sabría decirme dónde vive Tano Lupo?

La señora levantó la mirada de la cuerda de la colada y, sin dejar de tender los paños, sin

mediar palabra, se la señaló con un movimiento de barbilla. Giovanni giró la cabeza hacia la dirección que había indicado la mujer y, al otro lado de la plaza, vio una casa un poco más allá de la manzana con un establo anexo y un cobertizo para carros y carrozas.

—Gracias, señora —dijo, pero la mujer estaba ya cerrando de nuevo la persiana, dejándole una vez más con la palabra en la boca—. Pero ¿qué tipo de gente es esta? —No conseguía encontrarle el sentido. Pequeños o grandes, ¿son todos así? No es posible, pensó. Hizo una señal a Baldini, que le siguió hasta el establo. Del interior llegaba el ruido de un martillo, puede que el de un carpintero que estuviera arreglando un carro. Giovanni desmontó del caballo y le pasó las riendas de Fulmine al apuntado Baldini, que permanecía en su silla.

—¿Voy a dar una vuelta? —preguntó este último.

—No, quédate por aquí —respondió Giovanni señalando la plaza.

—¡Mucha suerte entonces, brigadier! —dijo el otro en voz baja con aire conspirador.

«Será posible —pensó Giovanni—, ¡Baldini me toma por tonto! Cualquiera día le acabo metiendo en un servicio en los establos durante una semana, así aprenderá a hacerse el listillo», pero se rio por la complicidad con el subalterno.

El diálogo que tuvo lugar entre don Tano y Giovanni fue surrealista. Bien es cierto que el hecho de que se presentara en tu puerta de buena mañana un brigadier de los carabineros no pasaba todos los días. Pero este tenía un aire triste, no el ceño de los militares de la benemérita Arma de los Carabineros. Se había quitado incluso la gorra y la llevaba bajo el brazo. Aquí hay gato encerrado, pensó don Tano.

Notando además que se había parado en la puerta, anunciándose solo con un «Buenos días..., ¿puedo pasar?», don Tano hizo como si nada y dijo distraídamente: «Le ruego póngase cómodo. Acérquese..., ¿ha sucedido algo, brigadier?».

Tagliarini, aturdido, estaba todavía observando los carros finamente trabajados y los dos elegantísimos landós[12], objetos de otros tiempos, seguramente de nobles, cuando la voz proveniente de la penumbra le puso los pies en la tierra. Durante toda la noche había estado rumiando qué debía decir, pero ahora la cosa le parecía más difícil que como la había estudiado: estaba emocionado y casi asustado, él, ¡un brigadier de la Real Arma de los Carabineros!

Don Tano, mientras, le invitaba a pasar.

—¡Pase, pase! Entre, dígame qué ha pasado.

Giovanni, que ya empezaba a acostumbrarse a la penumbra del establo, vio un hombre anciano, pero aún con actitud segura, con una gorra grasienta negra en la cabeza y una barba blanquecina de al menos dos días. Ni alto ni bajo, espigado, tras la camiseta de tirantes mostraba los restos de una antigua y potente musculatura. Se armó de valor.

—Buenos días, estamos buscando al señor Tano Lupo. ¿Usted le conoce?

Creía darse importancia al hablar en plural. En el fondo eran una brigada de ronda, él y Baldini, aunque el apuntado en cuestión no estuviera en la puerta.

—Para servirle..., ¡soy yo! —respondió don Tano—. ¿Le puedo ser útil en algo? ¿Necesita herrar un caballo? Dígame, brigadier...

—No..., no..., era para una cuestión..., cómo decirlo..., personal.

—¿Personal? —exclamó don Tano.

—Escuche, señor Lupo..., he venido a pedir... —Giovanni se detuvo. Era un brigadier, pero también un muchacho delante de un hombre de casi setenta años, si no más. Tenía un poco de

miedo, pero ahora ya estaba hecho: no había marcha atrás.

—¿... a pedir...? —espetó don Tano.

—... a pedir la mano de su hija... —¡Lo había dicho!

—Pero ¿de parte de quién? —le soltó don Tano.

A Giovanni le sentó como una jarra de agua fría. «¿Cómo que de parte de quién? ¿Pero es que hoy tienen todos ganas de bromear?», se preguntó.

—Disculpe, don Tano, ¡de mi parte! —prorrumpió Giovanni asombrado—. He venido a pedir la mano de su hija Mimma..., porque es su hija, ¿no?

—En realidad es mi nieta..., pero esa es otra historia.

Don Tano escrutó al brigadier de arriba abajo y viceversa: parecía educado, limpio, en buena forma y, según él, aparte de ser un muchacho apuesto, era también un buen partido. Precisamente esta mañana lo necesitaba... ¡Buen comienzo!, pensó. Entonces dijo:

—¡Se lo ruego, será mejor que hablemos en casa!

Y diciendo esto, don Tano abrió la puertecita que separaba la vivienda del establo y, mostrando el camino, hizo pasar al brigadier.

—¡Marianna! —gritó entonces.

Una mujercita apareció de la nada con un vestido negro y un delantal floreado, los cabellos blancos recogidos en un moño tras la nuca. Debió haber sido una mujer hermosa hacía tiempo. Los rasgos delicados y los ojos verdes se parecían a los de Mimma.

Giovanni se plantó delante de ella e hizo una leve reverencia.

—¡Buenos días, señora! —le dijo con un hilo de voz.

Secándose las manos en el delantal, doña Marianna miró primero al brigadier, estupefacta, después al marido, preocupada, y exclamó:

—¿Qué sucede?

Sabía que su marido de vez en cuando trapicheaba con los caballos y un carabinero en la puerta no anunciaba nada bueno. Con una señal con las manos, don Tano le hizo entender que todo estaba bajo control, que no había nada por lo que preocuparse.

—¡Trae una botella de moscatel, Marianna, la buena! —ordenó.

¿Moscatel de buena mañana?, pensó doña Marianna. Estaba a punto de ir cuando Giovanni la detuvo.

—No, mire, señor Lupo, si es por mí no se moleste. Estoy de servicio... No se me permite beber alcohol. Pero acepto de buena gana un vaso de agua.

De una jarra de porcelana, doña Marianna echó agua en un vaso y lo dejó encima de la mesa delante del brigadier mientras seguía interrogando con la mirada al marido. No entendía lo que estaba pasando.

—¡Brigadier, acomódese!... Tú también, Marianna, siéntate..., escucha..., escucha —dijo don Tano.

Apenas se sentaron a la mesa, Giovanni cogió el vaso y empezó a beber, entonces hizo acopio de valor y, mirando a la señora Marianna, dijo:

—Señora, disculpe las molestias causadas, pero ha sucedido algo un poco, cómo decirlo, particular. —Cogió aliento, bebió otro sorbo de agua y continuó—. Soy el brigadier Giovanni Tagliarini de la fuerza del cuartel del barrio Brancaccio y, para mi fortuna, me he enamorado de su nieta Mimma.



Doña Marianna saltó de la silla como si la hubiera mordido una tarántula[13] y, con los ojos como platos, exclamó:

—¡Ay, Dios mío!... ¿Mimma?... ¿pero Mimma?... ¿nuestra Mimma?

—¡Sí, señora! Mimma..., su Mimma —confirmó Giovanni.

Doña Marianna se sentó de nuevo y miró incrédula a su marido. Mientras, pensaba: «¡Pero Mimma es aún una niña!». Luego le vino a la cabeza que también ella, en su tiempo, se había prometido con el marido a la misma edad que Mimma. ¿Y ahora qué se tiene que hacer?, se preguntó.

Fue don Tano el que sacó a su mujer de dudas.

—Sepa, brigadier, que con Mimma no se divierte nadie, ¿me he explicado bien? —dijo con voz fuerte y decidida, de león que quiere proteger a sus crías.

Giovanni lo entendió e intentó suavizarle con una sonrisa.

—No tengo ninguna intención de divertirme con la mujer que espero podrá ser mi esposa.

—Pero yo no sé nada de usted —objetó don Tano—. Sí, de acuerdo, es carabinero, brigadier en realidad, pero ¿quién me asegura que sea un chico serio? ¡Aparece de la nada y pretende la mano de mi hija! Pero ella..., Mimma, quiero decir..., ¿lo sabe?

Giovanni no dijo nada, pero hizo una media sonrisa para hacerles entender que Mimma lo sabía. Entonces empezó a entender que la balanza empezaba a inclinarse a su favor.

—Señor Lupo, para saber quién soy puede hacer dos cosas: ir a ver al mariscal Contini, mi comandante del cuartel, o bien hablar en persona con mis padres, en Roma.

—¡Sí, a Roma! ¡Ahora voy a ir yo a Roma a pedir información! —dijo don Tano mirando a su esposa, que le decía que sí con la cabeza.

—¡Tú vas a Roma! —le dijo doña Marianna—. Porque tu hija Mimma se merece esto y mucho más... Nosotros tenemos que saberlo todo de este chico. ¡No se trata de que el primero que llegue se la lleve! ¡Así que tú vas a ir a conocer a los padres del brigadier! Me parece una buena idea. —Y diciendo esto, doña Marianna dio un golpecito en la mano de Giovanni, retirándola inmediatamente como si hubiera hecho algo extremadamente inconveniente.

Y Giovanni entendió que estaba de su parte. Será el encanto del uniforme, pensó. En efecto, por cómo le miraba doña Marianna era evidente que le gustaba. Don Tano se quitó el gorro y lo colgó en el respaldo de la silla. Después se frotó las manos, se acercó al aparador, cogió un vaso, se echó agua y bebió. Giovanni estaba en ascuas. La silla se había convertido en una sartén ardiendo. Vamos, don Tano..., ¡decídetel!, pensó.

—¡De acuerdo! Entonces se va a Roma a conocer a la familia del brigadier —Don Tano levantó los brazos al cielo, se acercó a Giovanni y le estrechó la mano. Después, acompañándole a la puerta, añadió—: Decida usted cuándo, brigadier.

Giovanni estaba fuera de sí de alegría. Sabía que había jugado bien sus cartas. Don Tano no podía ni imaginar a qué familia pertenecía: ¡sería una buena sorpresa!

Días más tarde, Giovanni, que había pedido un breve permiso, y don Tano estaban en la estación esperando el tren. Estaban rodeados por las mujeres de casa Lupo: doña Marianna, Mimma y la pequeña Luisa. Giovanni y Mimma no perdieron ni un segundo de aquel excepcional acercamiento. Mirándose a los ojos, se decían cosas que ni siquiera las palabras habrían podido expresar. Los chirridos del tren al frenar les sobresaltaron.

—¡Ya era hora de que llegara este tren! —exclamó don Tano.

Giovanni sonrió, abrió la puerta del vagón e invitó a don Tano a subir; después le pasó la pequeña maleta de cartón comprada especialmente para la ocasión.

Las recomendaciones de rigor y, tras el silbido del jefe de estación, el convoy se puso en marcha. Giovanni sacó la cabeza por la ventanilla para mirar cómo su bella dama se veía cada vez más pequeña, hasta que no fue más que un puntito lejano.

## 5

En el taller de doña Ciccina todo eran murmullos. Las chicas, alrededor de una mesa de bordar, hablaban de Mimma y de Giovanni. Había sido amor a primera vista aquel enamoramiento. Todas comentaban el hecho de que Tano hubiera ido a Roma, ni más ni menos, a conocer a los padres del brigadier.

—Pero entonces, ¿van en serio? —decía una de las chicas.

—Yo creo que no llegarán a nada —decía otra.

Entró Mimma, sonriente como siempre, y todas las chicas callaron y volvieron a su puesto de trabajo. Mimma se dio cuenta de qué estaban hablando por cómo la miraban. Entonces, con la cabeza más alta que nunca, saludó en voz alta.

—¡Buenos días, chicas! ¿Sabéis? ¡Mi padre ha ido a Roma a conocer a los padres de Giovanni! Sí, mis queridas amigas, porque el brigadier se llama Giovanni y, tal vez, y digo tal vez, se convertirá, si Dios quiere, ¡en mi Giovanni! —Diciendo esto se dirigió a su telar y, bajo la envidiosa mirada de las amigas, empezó a bordar.

Días después, al atardecer, don Tano volvió a casa. Tras haber dejado a Giovanni en la puerta del cuartel con un caluroso apretón de manos y un «déjate ver», con el sentido de «ven a visitarnos», se había hecho llevar a casa por una carroza.

Olía a leña quemada y sofrito de cebolla de la sopa de alubias: pocos podían permitirse comida variada. Cuando llegó a la puerta, don Tano no llamó, buscó en el bolsillo de la chaqueta la llave de reserva que llevaba siempre encima, ¡nunca se sabía!, y abrió.

Doña Marianna, concentrada cocinando, al oír aquella vuelta de llave se volvió casi asustada, hasta que entrevió en la penumbra la figura de don Tano y fue corriendo a su encuentro, cogiéndole la maleta y acosándole a preguntas. Don Tano, como siempre, no dejaba ver sus emociones. La mirada era dura, no se entendía si estaba contento o descontento con aquel viaje a Roma.

—¿Dónde está Mimma?

—Arriba —respondió doña Marianna—. Pero ¿qué ha pasado? ¿Es una familia deshonrada? ¿Algún problema? —le interrogó.

Don Tano la miró con compasión, luego se acercó a la escalera y llamó.

—¡Mimma!

La muchacha se precipitó literalmente hacia abajo, pero la sonrisa le desapareció de la cara al ver la mirada tan seria que tenía don Tano. Con un nudo en la garganta, solamente dijo:

—¿Cómo ha ido? —Don Tano la tomó del brazo e hizo que se sentara. Los ojos de Mimma buscaron los de la abuela, que, mirándola, se encogió de hombros como diciendo «mira que yo no sé nada».

Don Tano dio la vuelta a la mesa y miró a Mimma. Después, con voz decidida, preguntó:

—Pero tú ¿qué intenciones tienes con este muchacho?

A Mimma le sorprendió la pregunta. Debía parecer claro que a ella le gustaba Giovanni, y mucho. ¿Qué tipo de pregunta era esa?

—¿Cómo?, ¿qué intenciones tengo? —respondió—. A mí Giovanni me gusta, falta ver cómo se comporta, ¡pero me gusta!

Don Tano hizo una larga pausa, fue hacia el aparador, cogió un vaso, se echó un poco de agua y bebió. Mientras tanto, Luisa había bajado y estaba agazapada en el segundo escalón, con la espalda apoyada contra la pared y las piernas estiradas; con un dedo se removía el pelo, espectadora sin pagar en un pequeño teatro que empezaba a ponerse interesante.

Don Tano se volvió hacia las mujeres y con actitud grave, asombrando a todas, anunció:

—¡De acuerdo! ¡Por mí se puede hacer!

Mimma saltó de la silla y corrió a abrazarle, a darle las gracias, a cubrirle de besos. A su vez, Luisa corrió hacia su hermana y la abrazó, moviéndola de un lado a otro, y por poco no acaban todos cayendo al suelo.

Doña Marianna, llegados a ese punto, le espetó al marido sin ningún reparo:

—Entonces, cuéntanos, ¿qué hacen los padres de este brigadier? ¿Son comerciantes? ¿Ovejeros? ¡Pero quieres hablar de una vez!

Don Tano dejó la maleta encima de la mesita y, sacando un pequeño Coliseo de mármol blanco, dijo:

—¡Esto es un regalo de la madre de Giovanni para ti! —Se lo entregó a Mimma, que, al tenerlo entre las manos, sintió su peso y lo posó en el aparador murmurando lo precioso que era..., pero lo que a ella le urgía era saber de los padres de Giovanni.

—Primero, todos a comer, luego os cuento —concedió don Tano con sorna.

En pocos minutos las tres mujeres pusieron la mesa. Don Tano sacó salami y también un poco de pan blanco. «Pan de Roma, ¡cosa de papas!» Una vez sentados todos, permanecieron en silencio esperando sus palabras. Don Tano se aclaró la voz, sonrió, hecho extraordinario, bajó el tono teatralmente, se inclinó sobre la mesa y finalmente habló:

—El padre de Giovanni no es ni más ni menos que un coronel de los carabineros.

Un leve murmullo nació entre las mujeres, hasta que una radiante Marianna saltó con el acostumbrado «¡ay, Dios mío!».

—Espera —dijo don Tano—. ¡Y eso no es nada! ¡Su hermano es capitán!

Mimma estaba fuera de sí. Una lágrima cayó lentamente de sus bellísimos ojos y Luisa solo repetía:

—¡Madre! Pero ¿quién se esperaba esta historia?

Doña Marianna estaba estupefacta.

—Pero, piénsalo, nosotros ¡emparentados con una familia de carabineros!

—Espera —dijo aún don Tano haciendo callar a las tres mujeres, que le miraban con curiosidad.

¿A que tendrá también una hermana madre superiora?, pensó doña Marianna.

Don Tano por fin había decidido contarle todo.

—No acaba aquí. Han dicho que en unos días vienen para conocer a Mimma, ¡y si todo va bien pueden también prometerse! ¡Tenemos que darles una buena impresión! ¡Deberíais ver la

casa que tienen! Así que a partir de mañana limpieza y pintura a todo, incluso el establo. —Y golpeó la mesa para cerrar la conversación.

## 6

Unos días después de este acontecimiento, el mariscal Contini estaba sentado en su escritorio firmando órdenes de servicio cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

Apareció la figura alta y delgada del carabinero auxiliar Dante Coletti, natural de Siena y con un italiano muy acentuado.

—Disculpe, mariscal, he venido a recoger la hoja de servicio.

—Ven, ven, Coletti, cógela... Mira, está encima del mostrador —respondió el mariscal. En ese preciso instante, el timbrado del teléfono le sobresaltó. No podía evitarlo: siempre había odiado y odiaría los teléfonos. Molesto, cogió el auricular. ¡Cada vez que aquel artefacto sonaba había problemas!—. Aquí el cuartel de los carabineros del barrio Brancaccio —recitó.

—Disculpe, querría hablar con el comandante del cuartel —dijo una voz bastante autoritaria al otro lado.

—En realidad, soy yo... Soy el mariscal jefe Contini, dígame.

—¡Ah, querido Contini! Soy el coronel Tagliarini, ¡el papá de Giovanni!

Contini palideció y el carabinero Coletti se quedó quieto con la hoja de servicio en la mano mientras miraba conmovido al mariscal y pensaba: «Pero ¿qué diablos sucede? ¿Quién ha llamado, el rey o Mussolini?». Contini se cuadró..., pero, total, ¿quién podía verle? Solo Coletti.

Después, con un hilo de voz, casi tartamudeando, el mariscal reanudó:

—Sí..., sí..., sí, señor coronel... Pero no, no... ¿El brigadier Tagliarini prometido? Mire, ¡realmente no sabría decirle!... Pero no, no... El reglamento no prevé... Podría hacerse un traslado... Yo no sé nada, ¡será una chiquillada!

Oyendo la voz agitada del mariscal, el coronel Tagliarini lo tranquilizó: estaba al corriente de todo, no había nada de lo que preocuparse. Estaba llamando por dos motivos.

El mariscal Contini estaba sudadísimo. La verdad es que esa mañana solo le faltaba el coronel Tagliarini. Hizo acopio de valor.

—Dígame, coronel. A sus órdenes.

—Querría recibir noticias detalladas de la familia Lupo... Quiénes son, qué hacen, cómo viven... —dijo el coronel.

—¡Señor, sí señor! —dijo Contini—. ¡Es una buena familia! ¡Siempre me informo de mis chicos! Sí, comandante, una familia tranquila, los Lupo..., buena, ¡muy buena gente!

Desde el otro lado del teléfono, el coronel Tagliarini sonrió e imaginó la cara de Contini desesperado y ansioso por tranquilizarle, cuando al que se tenía que tranquilizar era precisamente a Contini.

—Ah, ¡entonces debo deducir que conocía el interés de Giovanni por esta chica! —continuó.

—Pero sí..., no... Son cosas de jóvenes, ¿sabe?, ¡nunca se sabe cómo acabarán!... —intentó justificarse Contini.

El mariscal estaba claramente intimidado y el coronel decidió sacarlo del apuro.

—Escuche, Contini, hablamos en persona apenas llegue. Es más, hágame preparar los alojamientos de la hospedería. ¿Disponen de una hospedería en el cuartel, no?

—¡Sí, claro, comandante! La planta superior del cuartel tiene tres habitaciones y servicios... ¡de lujo! Pero, disculpe, si he entendido bien, ¿nos honrará con su visita?

—Pues claro, Contini, quiero ver si esta chica es tan hermosa como para hacer perder la cabeza a mi Giovanni.

—Claro, claro..., ¡entonces le esperamos!... ¿Viene solo?

—¡No, hombre! Querido Contini..., ¿usted también es padre, verdad?

—¡Claro, comandante!

—Iré con toda la familia: mi mujer, mi hijo..., el capitán Tagliarini, ¡y su familia! ¡Ahora me despido! ¡Buen trabajo! ¡Le llamaré antes de partir!

—¡A sus órdenes, señor coronel! —exclamó el mariscal y cortó la llamada.

Estaba sudado y agitado. Miraba a Coletti, pero era como si no lo estuviera viendo. Coletti, preocupado, se acercó a su escritorio.

—Mariscal, ¿está usted bien?

Contini salió del trance.

—¡Mierda! Tengo problemas. Ve a llamar ahora mismo al apuntado Baldini. ¡Rápido! ¡Ve! ¡Corre!...

El carabinero voló hacia los alojamientos y, estaba a punto de subir las escaleras, cuando se dio de bruces precisamente contra el apuntado Baldini.

—¡Coletti! ¡Pero qué demonios! ¿Te parecen maneras? ¿Qué llevas, al diablo mordiéndote el culo?

—Perdone, apuntado, pero es que el mariscal le reclama ahora mismo..., ¡pero ahora mismo! —dijo el compungido Coletti.

—¿Qué habrá pasado? —se preguntó en voz alta Baldini.

—Tal vez venga..., ¡de hecho, sin tal vez! ¡Viene el comandante de los carabineros! —replicó Coletti.

—¡Claaaaaro...! El comandante de los carabineros viene aquí... ¡Venga, hombre, no me hagas reír! —dijo Baldini y, negando con la cabeza, se dirigió al despacho del mariscal del cuartel, dejando con un palmo de narices al bueno de Coletti, que aún no había entendido quién era el comandante que tenía que llegar en unos días.

El mariscal Contini de repente no paraba de trabajar. Tenía que transformar la mísera hospedería del cuartel en un alojamiento digno de un coronel, de un capitán y de sus respectivas familias. Estaba escribiendo rápidamente en una hoja las cosas para mandar hacer: camas, sábanas, cortinas limpias, etcétera, cuando llamaron.

—Adelante —ordenó. La figura de Baldini ocupó el umbral de la puerta—. Venga, venga, Baldini...

—Dígame, mariscal. ¿Qué ocurre? Coletti me ha mencionado un comandante de los

carabineros que tiene que llegar...

—¡Pero qué comandante, Baldini! Vienen el coronel y el capitán Tagliarini, el padre y el hermano de Giovanni.

El mariscal estaba preocupado y se notaba. Aquella historia se le había escapado de las manos y ahora intentaba arreglarlo informándose de todo lo que había que saber.

—¡Mierda! —exclamó Baldini—. ¿El padre de Giovanni es coronel? ¡No me lo había dicho nunca! ¡Y yo que pensaba que su padre era un pobre hombre como el mío! ¿Y por qué viene aquí?

—Para conocer a la prometida de su hijo.

—¡Pero entonces la cosa va en serio! ¿Sabe?, yo pensaba que era la típica chiquillada. ¡Entonces el brigadier se ha enamorado de verdad!

—¡Sí, Baldini, así es! Ahora tú me vas a contar todo, pero todo, lo que sabes, empezando por la familia de esta tal preciosa Mimma.

—Por lo que yo sé, mariscal, es una familia tranquila, son honrados trabajadores tanto el padre como la madre. ¡Espere, no! No son el padre y la madre, son el abuelo y la abuela.

—¿Y eso? ¿Cómo es esta historia? —se interesó el mariscal Contini.

Baldini, sin perder la mala costumbre de dejarse llevar por los secretos, se acercó al escritorio y, bajando un poco el tono de voz, contó al mariscal lo que sabía.

Justo entonces, bajando él también el tono de voz, el mariscal preguntó:

—Y del tal Tano Lupo, ¿qué sabemos en cuanto a antecedentes penales?

Baldini fue cogido por sorpresa e hizo una mueca como diciendo: «¿Y yo qué sé?».

—Apuntado Baldini, ¿queremos verificar o estamos intentando atrapar mariposas con un colador? Vamos, Baldini, ¡muévete! Esta misma mañana necesito saber vida, muerte y milagros del tal don Tano Lupo y toda su estirpe, ¿he sido lo bastante claro?

Despidió con un gesto al bueno de Baldini, que se cuadró, dio media vuelta y salió cerrando la puerta sin hacer ruido. Pocas horas después de aquella conversación, el apuntado llamó nuevamente a la puerta del mariscal Contini.

—¡Adelante! —tronó la voz enfadada del mariscal.

—¿Permiso? —Baldini metió la cabeza dentro.

—Ah, Baldini... Pasa, pasa... Entonces, ¿qué novedades hay? Dime, dime...

—¡Por supuesto, mariscal! Este es el expediente de Tano Lupo y de su familia hasta la séptima generación —puntualizó el apuntado, seguramente exagerando, pero dejando ver que había examinado todo lo que había por examinar—. ¡Todos limpios! ¡Ni siquiera una convocatoria para atestiguar! ¡Nada de nada! Inmaculados. De hecho, me he permitido pedir información sobre esta familia también a don Carmelo, el párroco. ¡Son gente temerosa de Dios y van siempre a las reuniones de la parroquia! ¿Lo he hecho bien?

—¡Bien! ¡Bravo, Baldini! ¡Menos mal! ¡Es un alivio oír todo eso! Quiero decir, ¿imaginas que esta bendita fuera hija de un mafioso o de un individuo con antecedentes? ¿Cómo se lo diríamos al coronel Tagliarini? ¡Ese nos mandaba a todos a Cerdeña! Claro que, ¡entre Sicilia y Cerdeña no sabría qué elegir! Bien, mejor así... ¡Márchate, Baldini! ¡Márchate y gracias! —El mariscal parecía visiblemente aliviado, se le notaba en la cara—. Ah, Baldini, espera, no te vayas... Escucha, esta es la lista de los trabajos de manutención que se tienen que hacer en la hospedería. Hazlo bien, ¡me fio de ti! —Entregó al apuntado algunas hojas con la lista de tareas por hacer.

—¡A sus órdenes! —exclamó Baldini golpeando los tacones; después dio media vuelta y salió



de la sala. Aquel día, durante el almuerzo, el mariscal Contini tuvo de qué hablar con su familia.  
¡Menos mal que todo había ido bien!

Habían pasado algunos días y fueron jornadas agitadas, tanto en casa de don Tano Lupo como en el cuartel de los carabinieri: limpiezas a fondo, pintura... Se acercaba el esperado día de la visita de la familia Tagliarini. Un martes por la tarde, por una llamada al cuartel, Giovanni supo que los suyos llegarían al día siguiente y avisó rápidamente a la familia Lupo y a su comandante de cuartel. Así, el miércoles por la mañana estaban todos en alerta. Don Tano había conseguido carne: el día era solemne y no podía faltar en una ocasión tan particular. Doña Marianna controló por enésima vez la casa de arriba abajo. Todo estaba limpio, pulcro y ordenado.

Mimma, que estaba fuera de sí, fue como cada mañana al trabajo. Sin embargo, doña Ciccina, que como siempre se daba cuenta de todo, notándola muy distraída y pensativa, decidió no ponerla en el telar y le hizo reordenar algunas labores y organizar el taller. ¡A ver si esta, nerviosa como está, se me equivoca en algún bordado!, pensaba, no sin razón. ¡Aquel día precisamente, Mimma tenía la cabeza en otro lugar!

A primera hora de la tarde, dos de aquellas carrozas descubiertas tan típicas de la ciudad de Palermo llegaron a la pequeña plaza y se detuvieron delante del cuartel. El centinela de turno, el carabiniere Coletti, mirando por la ventana, vio llegar un montón de gente con maletas de todo tipo. Supo rápidamente de quién se trataba y, precipitándose escaleras abajo, fue a avisar a Giovanni, entrando en su alojamiento sin aliento, sin siquiera llamar. ¡Había dejado la garita sin vigilancia y tenía que volver lo antes posible si no quería ganarse un buen castigo!

—Pero qué diablos, Coletti, ¿ya no se llama? —soltó un estupefacto Giovanni.

—Brigadier, ha llegado su familia. ¡Están aquí! —balbuceó Coletti y se precipitó de nuevo escaleras abajo, apenas a tiempo para abrir la puerta al primer golpe de la aldaba de bronce.

—¡Yo lo hago! —dijo Giovanni, apareciendo detrás de él—. Avisa al mariscal..., ¡corre!

Coletti se retiró y fue corriendo hacia el despacho del mariscal. Estaba atacado de los nervios haciendo de todo y de prisa porque era un momento realmente delicado, y él, un humilde militar auxiliar, no había visto nunca gente tan importante en su cuartel. Llamó a la puerta del mariscal a la vez que la abría, cogiendo por sorpresa a Contini mientras mordía una manzana. El mariscal dio un brinco por la irrupción, con la boca llena de pulpa de manzana que amenazaba con ahogarle.

—Pero ¿te has vuelto loco, Coletti? ¡Joder, casi haces que me ahogue! ¡Un poco de respeto, por Dios!

—Pero... pero... pero... —Coletti estaba colorado, nervioso y ahora también humillado.

—¡Qué pero ni pero de las narices, Coletti! ¿Te ha mordido la tarántula? —le interrumpió Contini.

—No, no..., es que han llegado. Están todos aquí, el coronel, el capitán, la familia..., todos,

todos... —dijo Coletti cuadrándose.

—¿Pero qué haces? Descansa. ¿Por qué te has cuadrado? ¿Y quién vigila la garita mientras estás aquí?

—Ahora, ahora..., sí, está Giovanni, eso es, el brigadier Tagliarini. ¡Ha bajado de los alojamientos y me ha ordenado que le avise!

—¡Vuelve a tu sitio, rápido! —ordenó el mariscal mientras hacía desaparecer la manzana en un cajón.

Coletti se fue cerrando la puerta al salir. El mariscal empezó a colocarse bien la corbata y el uniforme.

—¡Por Dios..., debo darme prisa!

Momentos más tarde llamaron de nuevo a la puerta del despacho. Se tomó su tiempo para acabar de adecentarse y dijo:

—Adelante.

La puerta se abrió, el brigadier Tagliarini hizo acto de presencia y, saludando, se puso a un lado.

—Mariscal Contini, permítame que le presente a mi familia.

El mariscal se puso en el centro de la sala, de espaldas al escritorio del siglo XIX. Se había esforzado mucho en arreglar su despacho por la visita del coronel Tagliarini: en las paredes, exhibiéndose, grabados de monumentos de Palermo; tras el escritorio, la foto de su majestad el rey y de Benito Mussolini. Encima de las fotos, un crucifijo de bronce y, en el rincón, la bandera nacional. Algunas sillas enfundadas en brocado[14] granate y una silla de estilo Savonarola completaban la austera decoración, mejorada con un espléndido ficus benjamín, regalo de la señora Contini para el cuartel.

La familia Tagliarini entró al despacho. El mariscal se exhibió con un saludo militar digno de un caballero medieval, se acercó al coronel y le dio la mano.

—Querido Contini, es un placer conocerle —dijo el coronel.

—¡Para mí es un honor, coronel!

Con talante cortés y pose firme, Contini besó la mano de la señora madre y de la joven esposa del hermano de Giovanni y después, tras haber estrechado la mano al capitán Tagliarini, acarició la mejilla de las dos sobrinitas del brigadier. Les siguieron otras pequeñas formalidades y preguntas sobre el viaje, de las que surgió que el coronel no estaba muy contento con los ferrocarriles modernos. Pero sonreía y, mientras, observaba a su alrededor, satisfecho al ver un cuartel bien cuidado. Una verdadera suerte para Giovanni, que no había querido estudiar para ser oficial, haber acabado en un buen ambiente con un superior concienzudo.

—Brigadier Tagliarini —dijo Contini a Giovanni—, haz llevar las maletas de tu familia a la hospedería. —Acomodó a los huéspedes en las sillas y les preguntó si les apetecía tomar algo.

Los Tagliarini se mostraron tímidos.

—No se moleste, mariscal, basta con un vaso de agua —dijo el coronel y añadió—: Para las niñas, sobre todo.

—Comandante, para las niñas, nuestra cocinera..., la señora Momma, ha preparado un granizado de limón... ¡exquisito! —Y haciéndole una señal con la cabeza a Giovanni, que ya se dirigía hacia la puerta, añadió—: Brigadier, ¡también la limonada!

Apenas salió Giovanni del despacho, la señora Tagliarini madre fue directa a la cuestión.

—Mariscal, díganos, díganos... Esta familia Lupo... ¿Se habrá informado sobre ellos, espero?

—Señora —la tranquilizó Contini—: Óptima familia; quizás, cómo decirlo, un poco... ¡desafortunada! ¿Sabe?, las chicas perdieron al padre y a la madre de muy jóvenes, pero para su fortuna don Tano..., el abuelo, las acogió y las crio en un ambiente temeroso de Dios.

—Ah, bien, bien... —dijo la señora, pero se calló enseguida porque Giovanni estaba entrando de nuevo al despacho, acompañado de tía Momma, la cocinera polivalente, una mujer menuda de edad indefinida, pero una óptima madre sustitutiva para todos los carabineros de aquel cuartel.

Tía Momma hizo una leve reverencia y dejó la jarra con limonada encima de la mesita de centro delante de las sillas. Después ayudó a Giovanni con la bandeja y los vasos, cogió las dos copas de granizado y se las dio a las niñas, que, educadamente, se lo agradecieron con una reverencia. Tía Momma sonrió satisfecha bajo la mirada inquisitiva del mariscal Contini, llenó los vasos con limonada y presentó la bandeja a los huéspedes, que se sirvieron agradeciéndoselo con un movimiento de cabeza y una sonrisa. Cuando estuvo delante de la señora Tagliarini nuera, tía Momma la miró unos segundos y le dijo:

—Señora, es usted muy hermosa y sus pequeñas son preciosas, ¡enhorabuena!

La señora Vera Tagliarini, cuñada de Giovanni, no estaba acostumbrada a los halagos y sobre todo no sabía lo aficionados que eran los sicilianos a ellos, que por naturaleza les agrada todo lo bello. Los sicilianos nacen con el sentido y el placer del culto a la belleza: todo aquello que sea bello o dulce es considerado un don de Dios, por lo tanto admirable... ¡Y las niñas eran verdaderamente preciosas! Sonrió y le dio las gracias, ruborizándose, aunque sin haber entendido del todo la felicitación de aquella mujer siciliana. Con sus deberes hechos, tía Momma salió despidiéndose con una sonrisa. Tras beber la limonada y haber intercambiado algún que otro escueto comentario sobre el tiempo y la situación de la ciudad, el coronel le preguntó a Contini si podían acomodarse en la hospedería.

—¿Sabe, mariscal?, al menos para refrescarnos un poco, y luego iremos a conocer a la famosa Mimma. Pero entonces, ¿realmente es tan bonita?

El mariscal miró a Giovanni, sonrió y respondió:

—Claro, coronel, ya conoce el dicho: ¡no es hermoso el que es hermoso, es hermoso el que gusta! Y si a su hijo brigadier le gusta..., háganse a la idea. Por lo demás, ¡veo que en su familia el gusto por la belleza es muy grande!

El coronel se echó a reír, y con una palmada cómplice en la espalda de Contini se dirigió a la puerta seguido por su familia.

—Brigadier, ¿acompañas a tu familia a los alojamientos? —preguntó Contini.

—¡A sus órdenes, mariscal! —dijo Giovanni, y se adentró en el pasillo hacia las habitaciones que habían sido acondicionadas.

El mariscal Contini ya saboreaba el momento en el que el coronel y el capitán Tagliarini verían la hospedería remodelada con la ayuda moral y técnica de la señora Rosalba, que, apenas supo de la llegada de aquellos huéspedes al cuartel del marido, se había puesto rápidamente manos a la obra junto a tía Momma para habilitar aquel tosco lugar destinado únicamente a hombres.

Hacia el anochecer, la familia Tagliarini al completo estaba lista para hacer la visita a la casa Lupo. Llamaron a dos carrozas. La suave temperatura primaveral incitaba a un paseo turístico,

pero ya habría tiempo para eso al día siguiente; ahora era el momento de la verdad. Todos los Tagliarini estaban en ascuas, deseosos de conocer a la familia Lupo. El coronel había conocido al abuelo, pero ignoraba cómo y dónde vivían el resto de los componentes de la familia. Se aposentaron en las carrozas y Giovanni, vestido con ropa de civil, ordenó al cochero:

—Plaza Magione, gracias.

—¡De acuerdo! —respondió el cochero y se puso en marcha seguido por la segunda carroza que llevaba a bordo la familia del capitán.

Giovanni estaba sentado al lado de la madre, que lo estrechaba junto a ella, tomándole del brazo, y le atormentaba con una cantidad de preguntas cuando menos repetitivas y bastante previsibles. La señora Elena Tagliarini, que tenía una curiosidad como poco morbosa, le preguntaba repetidamente:

—¿Cómo es esta bendita muchacha? ¿Y por qué una siciliana? Antes o después tendrás que irte de esta región, ¿por qué eres tan testarudo? Sabiendo que tu padre podía hacerte ir donde quisieras, ¿por qué has querido venir aquí? —La señora Elena nunca había entendido del todo a ese hijo suyo que no había querido estudiar, se había alistado casi a escondidas y después había decidido trasladarse lejos de Roma.

El coronel Tagliarini conocía a su mujer de toda la vida, eran del mismo barrio, habían ido a la misma escuela, en resumen, habían crecido juntos.

—Vamos, Elena, déjale en paz. ¡Pobre Giovanni! Ha tomado sus propias decisiones, discutibles, pero suyas. Veamos ahora qué más ha hecho. Además, y lo sabes, tu hijo en el fondo es como tú: ¿o no abandonaste los estudios universitarios para casarte conmigo y trasladarnos a Gorizia? ¡Fue decisión tuya! ¿Y la casa y los muebles? Elegidos por ti. Y yo te dejé hacer. Giovanni es como tú, instintivo, y se comporta en base a lo que cree, para bien o para mal. ¡Aún es un muchacho y hasta el momento no se ha equivocado ni una sola vez! ¿Podemos darle un voto de confianza? Vamos, Elena, por favor, ¿eh? —Y diciendo esto, el coronel puso fin al interrogatorio al que su mujer estaba sometiendo a Giovanni.

En pocos minutos las dos carrozas llegaron a la plaza Magione. Con las debidas indicaciones de Giovanni, el cochero se detuvo justo delante de la casa de los Lupo. La primera sensación del coronel Tagliarini fue que se trataba de una modesta vivienda de provincia.

En el umbral de la casa, un emocionadísimo don Tano atormentaba la gorra *coppola*<sup>[15]</sup> que llevaba en las manos y esperaba a que todos descendieran de las carrozas para saludarles. Cuando lo hizo, fue un saludo caluroso y cordial; se había esforzado mucho para dar una buena imagen de sí mismo y de su familia. Don Tano era herrero, pero había vivido en los hipódromos en contacto con ricos, nobles y gente de todo nivel social, aprendiendo así cuál era el comportamiento adecuado para cada ocasión. Luisa, con su vestido de domingo, echaba un vistazo tras el cristal de la ventana y, de repente, muy emocionada, le gritó a la abuela:

—¡Ya están aquí!

Doña Marianna se colocó bien el vestido y se arregló el pelo.

—Vamos, ve a llamar a Mimma —le ordenó, y la pequeña corrió escaleras arriba como una centella. Minutos más tarde bajó de nuevo, sonrojada, emocionada; no sucedía a menudo tener huéspedes y además desconocidos. Estaba muy nerviosa. ¡No estaba quieta ni un segundo!

Don Tano acompañó a los huéspedes a casa, les hizo dejar los sombreros en el modesto vestíbulo y llamó a la mujer.

—Marianna..., ¡ven!

Doña Marianna fue presentada a los huéspedes entre reverencias y sonrisas, apretones de mano y felicitaciones. La casa estaba limpia y toda renovada. Las paredes recién pintadas, el suelo encerado y brillante, los muebles y adornos cuidadosamente desempolvados. A la señora Elena le sorprendió el orden que reinaba en aquella modesta vivienda.

—Luisella, coge aquella bolsita —se dirigió a la nieta mayor mientras se la señalaba encima de una silla en el vestíbulo.

Doña Marianna intervino felicitándola por la belleza de las niñas y la señora Vera se lo agradeció.

—Su niña se llama como la mía —dijo doña Marianna refiriéndose a Luisa—. ¡Esta es mi Luisa!

La muchacha se sonrojó. Era tímida, no estaba acostumbrada a que le presentaran a extraños y empezó a dar la mano a todos y hacer reverencias. Doña Marianna la sacó del apuro.

—¿Saben?, ella es la menor, después está Mimma y luego Concetta, la mayor, ya casada. Desgraciadamente hoy no puede venir porque... —dudó, miró a Luisa y continuó— no se encuentra bien. ¡Pero no es nada! ¡Males de temporada! Un poco resfriada.

—Vaya, lo lamento —replicó la señora Elena—. Pero nuestra Mimma, ¿dónde está?

Doña Marianna miró de nuevo a Luisa con aire interrogativo y la niña, con un hilo de voz, dijo:

—Estaba a punto de bajar... —Relió un mechón de su pelo.

—Estará mirándose al espejo para ponerse guapa..., ¡más de lo que dice Giovanni! —intervino la señora Vera. Con aquella frase la alegría se hizo general.

Mientras tanto, habían avanzado hasta el salón. La mesa estaba preparada con el mantel de lino bordado por Mimma, un mantel que normalmente se reservaba para Navidad y Pascua. La vajilla, de Capodimonte, y la cubertería, de plata, eran las del ajuar de doña Marianna, regalo de bodas de la abuela materna, y las habían limpiado y abrigantado como nunca para la ocasión. Las copas de vino y las botellas de cristal deslustrado eran el regalo del barón Li Causi por aquella vez que don Tano, gracias a su experiencia, había salvado a su semental árabe.

Las risas se interrumpieron cuando la mirada de todos, siguiendo la de Luisa, se dirigió a la escalera. Apoyada en el corto pasamanos, la figura alargada de Mimma, vestida toda de rojo, deslumbraba sobre el fondo blanco de la pared. La falda plisada sobre la rodilla resaltaba las caderas y las piernas bien moldeadas; la camiseta, también de color rojo con un pequeño cuello blanco, daba color al rostro ya de por sí sonrojado por la emoción. Mimma hizo una pequeña reverencia.

En la sala se hizo el silencio y por un momento que duró un siglo ella aguantó la respiración.

La señora Vera, con un hilo de voz, exclamó:

—¡Si es preciosa!

—Estupenda —añadió la señora Elena.

El coronel Tagliarini miró primero al hijo mayor, levantando la ceja como diciendo: «¡Madre mía, qué chica!», después a Giovanni.

—No me digas que ella es...

Giovanni le quitó las palabras de la boca.

—Sí, ¡ella es Mimma!

El viejo coronel, como buen militar que era, bromeó:

—¡Por mí podéis casaros mañana!

—¡Por no decir ahora! —le siguió el capitán.

Todos echaron a reír para que ella se sintiera cómoda. Mimma bajó los últimos escalones y fue a saludar a las mujeres, besándolas en la mejilla; delante del coronel se sonrojó una vez más y, tendiéndole la mano, se inclinó. El coronel Tagliarini, como buen caballero, se cuadró y se la besó. Lo mismo hizo el capitán. Mimma y Giovanni se saludaron mirándose a los ojos y cogiéndose de la mano durante un momento intenso y también un poco embarazoso para los presentes.

Fue doña Marianna la que puso fin tanto al idilio como a la incomodidad.

—¿Qué les parece si nos sentamos a la mesa?

—Imagino que deben estar un poco cansados... —añadió don Tano.

El capitán Tagliarini se anticipó al padre.

—Sí, en efecto, a pesar del vagón dormitorio, el viaje ha sido pesado.

Un aroma a buena comida se esparció en el aire y don Tano, con tono confidencial, empezó a explicar al coronel Tagliarini las especialidades que doña Marianna había preparado.

—Hoy, querido coronel, ¡se come a la siciliana! Tal vez durante su larga carrera haya venido alguna vez a Sicilia.

—¡Nunca! —espetó el coronel—. Por desgracia, nunca, querido mío, ¡pero para compensar les he mandado a mi hijo, que nos escribe cosas extraordinarias de esta tierra suya!

La conversación entre los ancianos de las dos familias derivó después en caballos, carrozas y argumentos de diverso género. Mientras, la señora Elena, con Vera a su lado, admiraba la belleza de Mimma, educadamente sentada justo enfrente de ellas, al lado de su Giovanni. La muchacha respondía amablemente a las preguntas de la señora, y Giovanni se entretenía con el hermano y las sobrinitas.

Las señoras Tagliarini no acababan nunca las preguntas: ¿qué haces?, ¿qué no haces? Ah, ¿bordados? ¿Y qué tipo de bordados? ¿Con telar? ¿Con tambor? Doña Marianna, habiendo reclutado a una obstinada Luisa a la que le habría gustado vivir en primera persona aquel momento de euforia y felicidad mundana, se refugió en su esquina para preparar la pasta con las sardinas y la pasta *n'casciata* [16], su especialidad. Normalmente no hacía nunca dos primeros platos, pero ese era un día de celebración. ¡Como Navidad! ¡O más! Y los romanos, con inmenso placer, degustaron ambos. Después doña Marianna sirvió el segundo: potro ahumado con patatas *novelle*[17]..., ¡una delicia! Todo regado con blanco de Alcamo y tinto de Avola: el blanco ligeramente fresco para las señoras, el tinto con cuerpo para los hombres. Don Tano elogiaba los vinos como si fuera un sumiller, y, en efecto, tanto ir de aquí para allá, de vinos algo entendía.

Durante la comida se habló un poco de todo y, al terminar, doña Marianna invitó a los huéspedes a acomodarse en el salón, que estaba en un rincón de la estancia: dos butacas y un sofá de estilo español forrado de piel, con bonitos bordados en los cojines. Mientras, Luisa jugaba con las dos niñas Tagliarini: Luisella y Nicoletta. Les había despertado la curiosidad hablándoles de caballos, carrozas y del mundo ecuestre, y las niñas preguntaron al papá si podían ir con ella a ver el establo y tocar los potros. Se les dio el permiso y doña Marianna le recomendó a Luisa:

—¡Vigila a las niñas!

—Sí, mamá —respondió Luisa y salió corriendo con las niñas detrás de ella.

Los adultos esperaban que doña Marianna volviera con el café que había ido a preparar, un buen café al estilo árabe, hervido en agua y después colado. En el sofá estaban la señora Elena con Mimma en el centro y Vera al lado. En las butacas, el coronel y el capitán Tagliarini. Don Tano se había quedado al lado del coronel, sentado en una silla cogida prestada del comedor. Giovanni permanecía de pie detrás del sofá, a la altura de Mimma. Don Tano le invitó a sentarse, pero él lo rechazó.

—Estoy bien así, don Tano, estoy bien..., no se preocupe.

Tras la pausa de la comida, la señora Elena volvió al ataque con las preguntas a Mimma.

Cuando doña Marianna llegó con la cafetera y las tazas, Giovanni se lanzó a ayudarla y le quitó la bandeja de las manos.

—Ya lo hago yo, señora —dijo, y la puso encima de la mesita.

A pesar de la insistencia del capitán Tagliarini, doña Marianna no aceptó sentarse en la butaca que le quería ceder y, cogiendo una silla, se puso cerca de la señora Elena, que seguía interrogando a Mimma.

—¿Pero de verdad tienes diecisiete años?

—Sí, diecisiete cumplidos en enero, señora —respondió tímidamente Mimma.

Doña Marianna se entrometió.

—Pero, como puede ver, Mimma aparenta más edad.

La señora se volvió hacia doña Marianna y le dirigió una pequeña sonrisa, asintiendo.

—¿Nunca antes has estado prometida? —atacó de nuevo.

Siempre con la mirada al suelo y retorciéndose nerviosamente las manos, Mimma respondió con un seco y molesto «No, nunca».

Doña Marianna intervino de nuevo sin haber sido preguntada.

—Pero, por Dios... Nunca ha conocido a nadie... Hombres, además..., por Dios, ¡ni hablar de ello!

Esta vez la señora Elena ni siquiera se volvió, tomó con una mano la barbilla de Mimma, la levantó y la dirigió hacia ella. «Cierto es que, por lo que a belleza respecta, ¡esta chica es guapa! —pensó—. Quizás un poco tímida, pero eso es cuestión de tiempo. También Vera era así y ahora es una señora de la alta sociedad romana. Veremos qué puede hacerse con esta siciliana».

—¿Y vas a la iglesia? —continuó.

—Sí, claro, señora... Soy amiga de la madre Teresa..., la superiora del convento —respondió Mimma.

La señora Elena apenas tuvo tiempo para decir «Ah, me alegro», cuando, una vez más, doña Marianna intervino:

—¡Señora Elena, somos cristianos y Mimma no se pierde ni una misa! Cierto que para ustedes en Roma, con el papa, ¡es diferente!

La señora Tagliarini esta vez se volvió, miró a la cara de doña Marianna y cerró la discusión.

—Sí, también nosotros somos cristianos y seguimos la palabra de Dios. —Lo dijo con un tono tan convincente que doña Marianna, como buena matriarca siciliana, entendió que también la señora Elena era una buena matriarca, pero romana. Cogida la indirecta, ambas sonrieron, tras lo que la señora Elena dirigió una larga mirada a su marido. De cuanto se llegaron a decir los padres de Giovanni en ese instante, Mimma no pudo hacerse la más mínima idea. El coronel hizo un leve gesto de asentimiento y la señora Elena, aún más tranquila y relajada, se dirigió a Mimma y con



aire maternal le preguntó, como si fuera una última formalidad antes de una promesa:

—Pero ¿tú quieres de verdad a mi hijo?

Mimma la miró sorprendida y murmuró un tímido «sí...».

Justo entonces, finalmente la señora Elena cogió la bolsa que guardaba celosamente y sacó una cajita antigua de madera de ébano con incrustaciones de nácar. Hizo que Giovanni se sentara también a su lado, abrió la cajita y sacó un envoltorio de terciopelo negro, apoyándolo sobre sus piernas. Entregó la cajita a Giovanni y abrió el terciopelo. En su interior había un magnífico conjunto de joyas que brillaban a la luz de la lámpara.

—¡Estas son para ti! —dijo dirigiéndose a Mimma—. Eran de la abuela de Giovanni y las heredamos nosotros, pero en el testamento dejó escrito que debían ser destinadas a la esposa de Giovanni. Tú no lo eres todavía, pero te aceptamos como parte de la familia como su prometida. ¡Si Dios quiere, serás su esposa y también la voluntad de la abuela se habrá cumplido!

Conmovida y con lágrimas cayendo por sus hermosas mejillas, Mimma cogió el regalo y abrazó a la suegra. Giovanni estrechó la mano de don Tano y besó en las mejillas a doña Marianna. Los dos jóvenes, con la alegría del momento, se abrazaron y, con el debido respeto, se besaron en las mejillas.

Don Tano ordenó a doña Marianna que fuera a buscar aquella botella de moscatel añejo.

—¡Es el momento ideal para abrirla y celebrarlo!

Algunos días más tarde, la familia Tagliarini se apresuraba para volver a Roma. Una vez cargadas las maletas en las carrozas y antes de dirigirse a la estación, fueron a saludar a los Lupo. La despedida fue festiva y los abrazos, calurosos. Don Tano y doña Marianna repitieron las frases de rigor: «Vuelvan pronto»... Entonces don Tano apartó al coronel Tagliarini.

—Señor coronel, estoy verdaderamente feliz de haberles recibido en mi casa, y honrado con el compromiso de Mimma y su hijo.

El coronel Tagliarini se mostró a su vez orgulloso y tímido.

—¡El honor es mío, querido don Tano! ¡Espero verle de nuevo pronto! Vigile a mi hijo, haga como si fuera el suyo y no dude en decirme si necesita algo.

—¡Desde luego! Gracias... —respondió don Tano.

El coronel instó a su familia a apresurarse.

—¡Vamos, no querréis perder el tren! Vamos, Luisella, Nicoletta, despedíos de los señores y subid a la carroza. —Saludó a todos una vez más, besó a Mimma en la frente, mirándola con admiración y quizás también con algo de envidia: ¡una lástima no ser más joven!—. ¡Vigila, hija mía! ¡Mira que ese chaval es un gallito!

Mimma sonrió y se sonrojó.

Doña Elena regañó al marido.

—Pero Romolo..., ¿te crees que son cosas para decir a una muchacha? ¿No te da vergüenza? —dijo con tono irónico y todos se rieron. Después se acercó a Mimma y la abrazó—. ¡Estoy contenta! Giovanni ha elegido bien. ¡Eres una muchacha estupenda! —Y le cayó una lágrima de los ojos: ¡también las matriarcas romanas eran madres!

## 8

Desde aquel día, el compromiso entre Mimma y Giovanni pasó a ser oficial y fueron días felices para ambos jóvenes. Cada mañana, antes de dirigirse al trabajo, Mimma esperaba en el balcón la llegada de Giovanni, que lo primero que hacía durante la ronda de guardia junto al fiel Baldini era pasar por plaza Magione. Antes de que los dos caballeros doblaran la esquina de la calle, ya cuando sus sombras se empezaban a reflejar en los muros blancos de las casas, Mimma se ponía los zapatos, se despedía rápidamente de la abuela y bajaba a la calle a ver a su carabinero. Baldini se quedaba algunos metros más atrás.

Sabiendo que la gente les espía desde detrás de las persianas, Giovanni se limitaba a saludar a Mimma montado en su caballo. Se tocaban las manos, se hablaban con los ojos y, como estaba de servicio, después de un tímido y susurrado «Te amo», Giovanni continuaba su ronda de guardia. Y, como siempre, Mimma corría alegre hacia el taller de bordado. La misma escena se repetía cuando salía: puntuales, los dos caballeros estaban allí esperándola. Después Mimma corría para casa, salía al balcón y disfrutaba viendo a su Giovanni, que, con su capa al viento, daba la vuelta a la plaza y, con una última mirada antes de doblar la esquina, le confirmaba en silencio la cita para la mañana siguiente, desapareciendo después, tras la última casa, hacia el cuartel.

Los domingos, Giovanni, tras haber ensillado el mejor caballo, siempre seguía a don Tano, que, con su elegante landó, llevaba a todos a pasear al campo o a la playa de Mondello. Giovanni estaba cada vez más integrado en la vida cotidiana de la familia Lupo. Los días que no tenía servicio, gracias a sus conocimientos en cuestión de caballos, ayudaba a don Tano, al que le parecía imposible haber reencontrado al hijo varón desaparecido en la nada: aquel muchacho le estaba devolviendo la alegría de vivir. Giovanni empezó a disfrutar de ciertos platos sicilianos que en el cuartel no hacían. La señora Marianna era una gran cocinera, Mimma no tenía nada que envidiarle, y Luisa, como buena niña que era, empezaba a conseguir hacer buenos platos que le preparaba a Giovanni, convertido en su cobaya, seguramente mejores que el rancho del cuartel cuando tía Momma no tenía un buen día.

Tuvo que probar también alguna de aquellas extrañas especialidades culinarias, como los caracoles en su salsa, patrimonio y orgullo de la cocina francesa. Giovanni tuvo que participar no solo en su recogida, ya de por sí pesada, sino también en su consumo, cosa que, para un «romano de Roma» era cuando menos impensable. Había oído hablar de ellos, ¡pero una cosa era oírlo y otra, tener que tragártelos! El resultado fue desastroso. En la cena, poco después de habérselos comido, el pobre Giovanni, disculpándose, se levantó corriendo de la mesa, llegó hasta la puertecita que comunicaba con el establo y allí lo vomitó todo. Mimma habría querido ir

corriendo hacia él, pero miró a la abuela, que con la mirada le señaló a don Tano. Entonces Mimma dirigió la mirada hacia el abuelo, que, contrariado y también sintiendo lástima, pensó: «Pero mira estos romanos, no entienden nada de cocina siciliano-francesa». Y dijo:

—¡Ve, ve..., ve a ver cómo está el brigadier! ¡Esto es de locos!

Preocupada, la joven llegó hasta Giovanni, le acercó un pañuelo e intentó disculparse. Nunca habría pensado que los caracoles pudieran tener un efecto tan devastador sobre él.

Los prometidos se habían quedado a solas en el establo, cosa que no sucedía nunca. Era un momento verdaderamente extraordinario. Pero entonces, de repente, un carraspeo. Giovanni levantó la mirada y en la ventana que daba a las escaleras apareció el rostro simpático y curioso de Luisa, que sacaba la cabecita.

—¡Ya me parecía a mí! —exclamó desilusionado. Y a Mimma—: ¿La ves allí? —Señaló la ventana con la cara de Luisa—. ¡Esa sería un fantástico carabinero! ¡Es una verdadera lástima que en el Arma no alisten también mujeres!

—Si lo hicieran, me alistaría también yo —declaró Mimma divertida.

Aprovechando que estaban fuera de la vista de don Tano y doña Marianna, Giovanni preguntó:

—Pero tu hermana, la mayor, ¿por qué no está nunca por aquí?

Mimma esperaba que aquella pregunta, antes o después, saliera a la luz.

—Mi hermana Concetta no se lleva bien con mis padres.

—¿Y por qué? —quiso saber Giovanni.

Mimma le explicó que Concetta se había casado con un chico que por mala suerte vivía haciendo trabajos precarios duros y mal pagados, tanto como para no poder mantener a la familia, y que esto le hacía enfurecerse a menudo: bebía hasta emborracharse, se volvía violento y agresivo y por eso le despedían enseguida. Don Tano estaba dispuesto a readmitir en casa a Concetta y a la hija, pero no al marido, sin embargo ella prefería mantenerse donde estaba. Infeliz, sí, pero con el marido.

—En pocas palabras —dijo Giovanni—, ¿un trabajo y un sueldo seguro podrían resolver el problema?

—¡Ojalá! —respondió Mimma.

En ese momento se abrió la puertecita del establo y apareció don Tano.

—Entonces, ¿cómo va? ¡Unos minutos más y llamaba a los carabineros! ¡Pensaba que os habían secuestrado!

Giovanni echó una mirada a Mimma, otra a Luisa y sonrió. Luego, mostrando el camino a la prometida, dijo:

—Vamos, entremos...

A la mañana siguiente, la patrulla de ronda recorría como siempre, diligente y alerta, las calles del barrio. Entre una y otra vuelta, los dos carabineros se encontraron en la periferia, donde, en la zona artesanal en vías de desarrollo, estaba a punto de surgir una industria. Se pararon delante de una fábrica. Un cartel en lo alto de una verja entrecerrada indicaba la actividad y el nombre del propietario: MANUFACTURAS EN HIERRO PALAZZO.

El brigadier Tagliarini detuvo el caballo y leyó en voz alta:

—Manufacturas en hierro Palazzo..., ¿y eso qué quiere decir?

—¿Cómo que qué quiere decir? Brigadier, ¡esta es la fábrica del caballero don Ferdinando Palazzo! Aquí trabajan casi ochenta personas. ¿Pero en serio no sabe quién es? —preguntó

Baldini.

—¿Y quién es? —reaccionó irritado Giovanni—. ¿Sabes, Baldini?, yo no tengo una ferretería.

—Pero, brigadier, ¿de verdad no se acuerda de don Ferdinando Palazzo, aquel distinguido señor a quien salvamos la vida y también la cartera? ¿Se acuerda? Creo que sucedió hace un año, cerca de la plaza Marina.

—¡Ah! ¡Aquel señor elegante tan educado! ¡Ahora me acuerdo! ¡Don Ferdinando! Pero entonces... —Giovanni se calló, desmontó de su caballo y le pasó las riendas a Baldini—. Espera aquí un momento, vuelvo enseguida.

—Brigadier, ¿dónde va?

Giovanni se volvió para mirarle y se llevó un dedo a la boca, como diciendo: «¡Silencio!». Pasó por la verja y llegó a la gran puerta de hierro del establecimiento. Había una puertecita en una esquina y Giovanni la abrió y entró. Los operarios, concentrados en su trabajo, no oyeron nada y continuaron con sus cometidos. Uno de ellos se volvió y, reparando en el brigadier, dejó el martillo que tenía en la mano y se le acercó. El ruido era ensordecedor. El joven se le acercó más.

—Buenos días, brigadier, ¿puedo serle de utilidad?

Giovanni le miró. Estaba hecho un desastre, pantalones grasientos y rotos, la camisa, peor.

—Buenos días, ¿sabe decirme dónde puedo encontrar a don Ferdinando?

—Mire, brigadier, está allí, en su despacho. —El operario le señaló una pequeña construcción situada justo detrás de Giovanni.

El brigadier se dio la vuelta y vislumbró al titular del negocio que precisamente en ese momento estaba volviendo a su despacho. Dando las gracias al operario, se dirigió hacia don Ferdinando, que a su vez notó la presencia del brigadier, lo reconoció inmediatamente y fue a su encuentro.

—Querido brigadier, ¡qué honor tenerle por aquí! Pero... ¿no habrá sucedido algo?

—Ah, no, don Ferdinando, ¡nada grave!

—Entonces, ¿a qué debo el honor de esta visita? —le apremió el caballero Palazzo.

—Es más que nada por un tema personal, un pequeño favor —dijo Giovanni un poco tímidamente porque no le resultaba fácil pedir favores.

—Venga a mi despacho, así lo hablamos con calma. —El caballero le indicó la puerta.

Apenas entraron, don Ferdinando le invitó a acomodarse, y Giovanni, con cierta cautela y discreción, explicó al caballero de qué se trataba. Unos minutos más tarde, los dos estaban nuevamente fuera del despacho y se despedían cordialmente.

—Brigadier, quédese tranquilo, no hay problema, está hecho. Y, por favor, ¡vuelva a verme otro día! ¡Será siempre un placer y un honor!

—Querido don Ferdinando, ¡se lo agradezco mucho! Imaginaba tener un amigo en usted, ¡ahora tengo la certeza! ¡Le prometo que de vez en cuando vendré a molestarle!

—Que vaya bien el trabajo —dijo el caballero Palazzo y, sonriendo, acompañó a Giovanni a la verja.

Un apretón de manos más y Giovanni se encaminó hacia donde estaba Baldini. Pero no había rastro ni de él ni de los caballos. ¿Dónde se habrá metido?, pensó. Miró a su alrededor, dobló la esquina de la fábrica y allí, a unas pocas decenas de metros, vio a los caballos atados a la valla de una casita de la que salía un humo negro y denso.

—Pero ¿dónde diablos ha ido? —Giovanni hablaba solo mientras se acercaba a paso ligero a

los caballos. El bueno de Baldini, cansado de esperar, había ido a la casita donde los pastores estaban concentrados preparando requesón. Cuando vieron al apuntado, a los pobres pastores no les parecía verdad poder invitarle y Baldini rápidamente se aprovechó de eso. Se había sentado sobre un bloque de piedra tosca y dejado servir un buen tazón humeante de requesón de oveja. Y allí estaba, saboreando aquel queso blando cuando las botas del brigadier Tagliarini se pararon delante de sus ojos. Levantó lentamente la cabeza. La dura expresión de Giovanni no presagiaba nada bueno.

—¡Baldini! —dijo Giovanni con tono decidido.

El apuntado se incorporó de golpe con el tazón entre las manos y, balbuceando, intentó excusarse.

—¡Brigadier, estos señores me han invitado a comer este requesón tan bueno recién hecho! ¡Me pareció poco educado rechazarlo!

Mientras, uno de los pastores se había acercado con otro tazón.

—Mariscal —dijo—, mariscal, se lo ruego, coma, está bueno y además *è bella cavura*[18]!

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Giovanni, todavía más molesto, mirando a Baldini.

—Dice que está caliente. Cómaselo, si no, ellos se ofenderán —insistió Baldini.

Giovanni habría querido volcarle el tazón sobre la cabeza, pero después le miró y, suspirando, con la cuchara que le había dado uno de los pastores, se llevó una cucharada de requesón a la boca.

—¡Ay!... Me cago en...

—¡Eh, ya le habían dicho que estaba *cavura*! —dijo Baldini ahora con una sonrisa más relajada.

## 9

Pasaron algunos meses y, en un caluroso septiembre, la familia Tagliarini volvió a Sicilia para estar un poco con su propio retoño y para conocer mejor a Mimma. Como la vez anterior, los alojaron en la hospedería. El domingo fue un día perfecto para reencontrarse todos para comer en casa de los Lupo, en la pequeña galería que limitaba con el establo, con los prados que se extendían hacia el campo. Estaban también Concetta y el marido, Gaspare, que desde que, gracias a Giovanni, había sido contratado en la fábrica de don Ferdinando Palazzo, se había convertido en otro hombre, más sereno y tranquilo. ¡Había dejado de beber y había sido acogido de nuevo en la familia! Además, todos ya sabían que era cuñado (o casi) del brigadier Tagliarini y le trataban con mucho respeto. ¡Concetta parecía haber florecido! Mientras Gaspare asaba carne en el brasero, don Tano conversaba con el coronel y el tema era siempre el mismo: caballos y matrimonios.

La familia Lupo habría querido hospedar a los Tagliarini en su propia casa, pero el coronel se opuso.

—Pero don Tano, ¡tenemos la hospedería del cuartel a nuestra disposición!

Don Tano no quiso insistir más y los dos volvieron a hablar de caballos e hipódromos. Doña Marianna y la señora Elena confabulaban como hacían las mujeres de su edad, muy ocupadas entre ellas. Giovanni y Mimma estaban cogidos románticamente de la mano susurrándose dulces y tiernas palabras. Las pequeñas de la familia Tagliarini, en cambio, correteaban por el jardín: ahora tenían una nueva compañera de juegos, la hija de Concetta. Hubo un momento en el que se dieron cuenta de que el agua de la mesa se había terminado.

—¡Menos mal que hay vino! —observó sonriendo el coronel Tagliarini.

—¿Ha visto, coronel, qué tinto? Es de Avola, ¡es un vino fabuloso! —Don Tano vertía con énfasis el vino que había sobre la mesa.

El agua, sin embargo, faltaba tanto en la mesa como en las jarras de casa, así que doña Marianna pidió a Mimma que fuera a una fuente cercana. Mimma se levantó rápidamente, cogió una jarra y se fue.

Giovanni no podía creerse que se estuviera yendo ella sola.

—Te acompaño —le dijo en voz alta mientras andaba hacia ella.

Don Tano primero le miró; después, con calma:

—No hace falta, Giovanni, no está lejos; además, ¡es capaz de hacerlo ella sola!

Desilusionado, Giovanni estaba volviendo sobre sus pasos cuando vio a Concetta que hacía una señal con la cabeza hacia el padre y este bajaba durante una milésima de segundo la suya: en dos gestos, una discusión entera. La es verdad que, pensó Giovanni, ¡gestos sicilianos son extraordinarios! ¡Se hablan sin hablar!

La mayor de las hermanas Lupo se excusó, dejó la mesa y se acercó a Giovanni.

—Venga, vamos también nosotros a la fuente. —Juntos siguieron a Mimma, que ya se había ido. Por el camino intentó recordar al cuñado algunos cánones de la mentalidad siciliana—. ¿Sabes que aquí es muy difícil que los prometidos se queden a solas? Todavía no te has acostumbrado a las duras leyes de Sicilia, ¿eh?

—Lo estoy intentando..., cuestión de tiempo..., ¡pero es difícil! —respondió Giovanni con tono de derrota.

—¿Sabes, Giovanni?, ¡no sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por nosotros! —continuó Concetta.

Giovanni negó con la cabeza.

—¡Vamos! ¡No es necesario que me des las gracias!

Ella miró hacia la casa.

—¿Has visto? Gaspare se ha convertido en otro hombre, ya no bebe, ¡y todos le respetan! ¡Tú has devuelto la felicidad a nuestra familia! ¡Mi marido ha encontrado trabajo gracias a ti! ¡Que Dios te bendiga!

Alcanzaron a Mimma y, tras llenar la jarra, volvieron los tres a casa a tiempo para ver a Gaspare, que, con la ayuda de Luisa, servía en la mesa una bandeja de carne de cordero asada: ¡una exquisitez de la que se jactaba!

—¡Como asa el cordero Gasparino no lo asa nadie! —dijo Luisa riendo mientras servía platos colmados de carne a todos.

—¡Por fin! —prorrumpió don Tano con un suspiro.

—Os confieso que tenía un poco de hambre —se hizo eco el coronel.

La señora Vera llamó a las niñas y las acompañó a lavarse las manos. La comida prosiguió entre bromas y comentarios sobre el tiempo, sobre la carne y otros argumentos frívolos. En un momento dado, don Tano propuso un brindis por Giovanni, Mimma y la felicidad de toda la familia.

## 10

Dos años volaron entre festividades y visitas de los Tagliarini. Ahora Mimma tenía diecinueve años, estaba cada día más hermosa y Giovanni se sentía encantado con ese amor suyo convertido en una flor de muchacha. La ciudad estaba cambiando y se expandía cada vez más hacia el barrio. Algunos habitantes del centro de Palermo solían ir al barrio Brancaccio con más frecuencia, trayendo aires nuevos, más modernos, pero también la parte podrida de la ciudad. Por desgracia, se mezclaba la gente honesta con los matones y pequeños mafiosos en busca de espacio para sus sospechosas actividades. El cuartel del pequeño barrio trabajaba para evitar episodios graves relacionados con el hampa, pero a pesar de todo algún robo de animales, alguna riña y algún muerto de vez en cuando se les escapaba.

Una mañana de verano, un brillante Lancia Aprilia de color negro, uno de los pocos coches que rondaban por la ciudad en aquel periodo, apareció en las calles del barrio; solo los nobles, políticos y mafiosos podrían permitirselo. El coche se detuvo justo delante de la tienda del maestro Antonio. Descendieron con actitud arrogante cuatro jovencitos sobre la treintena, vestidos vistosamente. Se mostraban orgullosos cuando alguien se paraba a mirarles, y sobre todo al coche, símbolo en aquel momento de poder y riqueza. El hombre que bajó del asiento del conductor entró en la tienda de 'U Canigghiaru. Al reconocerle, el maestro Antonio dejó de trabajar. En los tiempos que corren, ¡mejor estar a buenas con ciertas personas!, pensó.

—Querido Vito, ¿cómo tú por esta zona? —'U Canigghiaru conocía bien al «querido» Vito Caronia porque era a quien todos los meses le pagaban la protección todos los artesanos y comerciantes del barrio, el maestro Antonio incluido. Todos pagaban y se mantenían en silencio. «Pero yo ya he pagado, ¿ahora qué quiere este hombre?», pensó.

—Nada importante, maestro Antonio, necesitaría un buen caballo. Cuando digo bueno, usted ya me entiende, ¿verdad, maestro Antonio? ¿Y quién mejor que usted puede indicarme dónde encontrarlo? —dijo Caronia.

El maestro Antonio sabía que Vito hacía correr a su caballo en las carreras clandestinas amañadas, así que preguntó interesado.

—Pero a tu buen bayo, ¿qué le ha pasado?

—Nada, se rompió una pata —respondió Vito.

El maestro Antonio levantó los ojos al techo.

—Bueno, ¿son cosas que pasan!

—Entonces, maestro Antonio, ¿me puede ayudar? ¿Dónde puedo encontrar un buen caballo? —inquirió Vito.

—¡Aquí, querido Vito, solo hay una persona que tiene caballos como los que buscas tú! ¡Don



Tano Lupo! ¡Ese tiene caballos de carreras recién salidos de la Favorita! Ve a la plaza Magione y lo encontrarás justo después de la fuente —dijo el maestro Antonio.

—Gracias, maestro Antonio. —Caronia hizo una señal con la cabeza a sus tres compadres y los cuatro se dirigieron hacia el Lancia.

El maestro Antonio salió de la tienda.

—Hazme saber cómo ha ido.

—Sí, sí, de acuerdo... —respondió Vito ya con un pie dentro del coche.

Para Mimma aquel era un día de reposo y, junto a la abuela, estaba poniendo en orden la casa cuando llamaron a la puerta. Para no dejar a medias lo que estaba haciendo, doña Marianna le pidió que fuera a ver quién era.

—¿Quién es? —preguntó la muchacha antes de abrir.

—Amigos —respondió una voz de hombre.

—Pero ¿a quién buscáis?

—¿Vive aquí don Tano Lupo? —contestó con otra pregunta la voz.

Mimma se armó de valor, abrió la mitad superior de la puerta, sacó la cabeza y se encontró con la mirada de Vito, que, impresionado por su belleza, arqueó las cejas e hizo una pequeña mueca de placer.

—Buenos días —dijo con voz melosa.

—Buenos días —respondió educadamente Mimma.

—Entonces don Tano Lupo, el vendedor de caballos, ¿vive aquí? —repitió Vito Caronia.

Mimma notó que aquel hombre la estaba observando de un modo extraño y, con cierta incomodidad, respondió:

—Sí, sí, vive aquí, pero ahora no está en casa.

—Y... ¿cuándo lo puedo encontrar? Tengo que comprar un caballo —añadió el hombre que tenía delante.

Mientras, los tres compinches, apoyados en el brillante coche, miraban con atención la escena y sobre todo a Mimma, que no veía la hora de quitarse de la vista de aquellos sucios petimetres.

—Si queréis, podéis encontrarle en el hipódromo..., ¡en la Favorita! Ha ido a herrar caballos —explicó.

—Entonces iré allí —dijo con arrogancia Caronia—. De todas maneras, por si no consigo encontrarle, dile que ha venido a buscarle Vito Caronia.

«¿Y quién será? —pensó Mimma—. ¡Ni que fuera Mussolini! ¡Ha venido Vito Caronia, el hombre más elegante de Palermo! ¡Venga, hombre apestoso!».

Vito se alejó hacia el coche, se volvió un poco y lanzó una media sonrisa a Mimma, que, desconfiando de sus maneras engreídas, entró de nuevo a casa rápidamente cerrando de golpe la media puerta.

—¿Quién era? —preguntó doña Marianna.

—¡Y yo qué sé! —respondió Mimma un poco contrariada—. ¡Un tal Vito Caronia! ¡Un tipo todo engominado que quería comprar un caballo y buscaba a papá!

\* \* \*

Un frenazo hizo sobresaltar al maestro Antonio 'U Canigghiaru, que estaba colocando unas madejas de cuerda.

—¿Qué diablos pasa? —Salió de la tienda y se encontró de nuevo con Vito Caronia delante de él—. Ah, tú, sí..., ¿has comprado ya el caballo?

—No, don Tano no estaba en casa —respondió Vito apresurado.

—Habrá ido a herrar algún caballo al hipódromo —replicó el maestro Antonio.

—Exacto, maestro Antonio, ¡precisamente eso! Pero, dígame una cosa, ¿quién es aquella chica? —preguntó con curiosidad Vito.

El maestro Antonio le entendió, pero se hizo el loco.

—¿Chica? ¿Qué chica?

—¡Maestro Antonio! —El tono de Vito se volvió más serio—. Maestro Antonio, ¡lo ha entendido perfectamente! La chica que vive en casa de Tano Lupo, ¿quién es?

—Ah..., ¿hablas de Mimma? ¡La nieta es! Hermosa, ¿eh? A esa no le falta nada..., una estatua griega. —El maestro Antonio sonrió. ¡Uno de los privilegios de su edad era que podía permitirse hacer comentarios sobre las muchachas! Pero la sonrisa se le borró de la cara cuando se encontró con la mirada de Vito. Era viejo el maestro Antonio, pero conocía muy bien a los hombres, y con un hombre que tenía una mirada como aquella era mejor no jugar. No obstante, se atrevió a decir —: ¡Eh, Vito, no pienses cosas raras! La pequeña está prometida oficialmente —aquí remarcó el tono de voz— ¡con un bri-ga-dier de los carabineros! ¿Me he explicado bien?

Al oír la palabra «carabineros», los tres que estaban con Vito empezaron a hablar entre ellos. Si Vito buscaba problemas, los había encontrado y, dado que estaban con él, significaba problemas también para ellos.

—¡Ah!... Espera... —soltó el maestro Antonio, que, armándose de valor, se acercaba cada vez más a Vito. Este lo miraba como diciendo: «A mí los carabineros no me importan». Con un hilo de voz, como si estuviera a punto de hacerle una confesión secreta, 'U Canigghiaru continuó —: ¡Te diré más, querido Vito! El padre del prometido de Mimma es, mira qué casualidad, ¡un coronel de los carabineros! Pero la gota que colma el vaso, Vito querido, ¡es que el hermano del brigadier es un capitán! ¡Toda una familia de carabineros!

Uno de los tres secuaces no consiguió aguantarse:

—¡Pero qué diablos! ¡Una familia de carabineros!

Todas las miradas apuntaban a Vito, que permanecía allí inmóvil, en silencio y pensativo. Cuando estaba así, sus amigos hacía tiempo que lo sabían, significaba problemas en el horizonte.

—De acuerdo, ¡entonces arriesgaremos! —dijo al fin Caronia volviéndose hacia los amigos—. Esa chica tiene que ser mía.

Los tres amigos ahora estaban preocupados de verdad. Se miraron entre ellos. Esta vez no se trataba de la típica chulería. El riesgo era grande. Uno de los tres dijo en voz baja a los otros:

—Tendremos problemas, ¡estamos de mierda hasta el cuello!

El maestro Antonio persiguió a Vito, que estaba yendo hacia el coche, y para disuadirle de su loco plan le gritó:

—Pero ¿estás loco? ¡Déjalo estar!

Vito se volvió y le cortó con un seco: «¡Venga, hombre...!» Subió entonces al coche, lo puso en marcha y desapareció derrapando por el cruce.

Al atardecer del día después, Mimma había vuelto del taller un poco antes y estaba remendando un delantal sentada delante de la puerta de casa. La voz de la abuela la sacó de su labor.

—Mimma, antes de que oscurezca del todo, ve a coger algo de agua a la fuente. —Mimma, que quería acabar el trabajo lo antes posible, un poco molesta respondió—: Pero ¿es que el agua en esta casa se acaba cada cinco minutos?

—¡Entonces haz que Luisa te acompañe y rellenáis dos jarras de agua! ¡Veamos si esta vez dura un poco más! —dijo doña Marianna.

—¡De acuerdo, mamá! —Mimma se levantó, dobló el delantal, lo apoyó sobre la silla y estaba a punto de llamar a Luisa cuando oyó el sonido de un motor..., algo bastante insólito. Se detuvo en seco, levantó la cabeza y vio pasar el Lancia negro. En el interior del coche le pareció reconocer a alguien que ya había visto antes... Pero bueno, todas las caras se parecían. Llamó a la hermana —: ¡Venga, Luisa, vamos a la fuente! —Luego a doña Marianna—: ¡Mamá, nosotras nos vamos! ¿De acuerdo?

Desde la planta superior llegó la voz apagada de doña Marianna.

—¡Vigilad, tened cuidado!

Era pleno verano, los días eran bonitos y más largos. La gente prefería estar delante de casa, al aire libre, bromear y charlar con los vecinos... Los ojos vigías de las madres seguían a los niños que correteaban por la plaza. Mimma, en aquel agradable ambiente, caminaba hacia la fuente. Con un vestidito de flores, estaba preciosa, como siempre. Luisa la seguía de cerca imitando los andares de la hermana: un ligero movimiento de caderas común en todas las mujeres.

Una vez en la fuente, Mimma notó que, aparcado en una esquina de la plaza, estaba el coche negro que había visto pasar pocos minutos antes por delante de su casa. Era casi de noche y no conseguía ver si dentro del vehículo había alguien o no, pero no le dio tiempo a poner la jarra bajo la fuente porque, en un segundo, cuatro manos como zarpas de águila la levantaron del suelo. Una le tapó la boca y la nariz, de hecho, toda la cara, y ella pudo solo patalear y emitir gemidos silenciosos. Luisa se abalanzó sobre los secuestradores chillando, pero un potente revés la lanzó contra la acera. La niña se hizo daño y empezó a llorar sujetándose la pierna herida. En el transcurso de un segundo, en la plaza ya no había nadie: todos desaparecidos, eclipsados; había sido una verdadera huida en masa.

Mimma fue arrojada al interior del coche. Apenas le quitaron la mano de la boca, empezó a chillar, pero una bofetada hizo que se callara. En el momento en el que el coche arrancaba a toda velocidad, se encontró de nuevo delante del rostro de Vito. Era aquel engominado que había ido a buscar al abuelo por el asunto del caballo. ¡Era él! Pero si ni siquiera le conocía, ¿por qué la había secuestrado? Decidió intentarlo de nuevo y comenzó a chillar.

—¡Suéltame!... ¡Suéltame!... —Una segunda bofetada la hizo callar otra vez. «Si sigo chillando, estos me matan; mejor estar callada», pensó Mimma.

\* \* \*

Mientras el coche corría por empolvados caminos de campo, Luisa volvía a casa sola

cojeando para contar lo que había sucedido. Ni siquiera un perro había salido a la calle para confortarla. La regla era clara: mejor no inmiscuirse en ciertas cosas.

La agitada carrera del coche por los aislados campos de la provincia de Palermo duró un buen rato. En la colina de una montaña se paró delante de una decrepita casa de campo. Los dos que estaban sentados delante bajaron del coche y fueron a abrir la puerta trasera. Vito salió arrastrando a Mimma, que forcejeaba.

Dentro del caserío, un penetrante olor a ajo mezclado con moho golpeó en la nariz a Mimma. En una esquina había una mujer en un estado lamentable, despeinada y con un vestido de un color indefinible de lo sucio que estaba. La edad era realmente imposible de establecer: cuarenta, cincuenta, tal vez sesenta años. Viéndola, Mimma hizo de todas formas un pequeño intento.

—Señora..., por favor..., ¡ayúdeme! —La mujer no se movió, no se dignó a dirigirle ni una mirada. ¿Será sorda?, pensó Mimma. Mientras tanto, Vito la zarandeaba y le gritaba a la cara:

—¡Cállate, por Dios! Es inútil que grites, aquí no puede oírte nadie. —La mujer se acercó. ¡Dios, de cerca apesta todavía más!, pensó Mimma. Vito la obligó a sentarse, le ató los brazos detrás del respaldo de la silla y con maldad le susurró—: ¿Lo has entendido? ¡No te oye nadie! ¡No vive nadie cerca de aquí!

Mimma le miró desafiante, luego habló:

—¡De todos modos, él te encontrará y acabaréis todos en la cárcel! —Como única respuesta, Vito hizo un gesto con la mano como diciendo: «¡Venga, hombre!». Mimma siguió—: Pero ¿qué quieres de mí? ¿Por qué no me sueltas? ¡Yo ni siquiera te conozco!

El hombre cogió una silla, la puso delante de ella, se sentó y con toda la calma del mundo se encendió un cigarrillo. Le echó una bocanada de humo a la cara, haciéndola toser, y finalmente dijo:

—Lo quieras o no, ¡tú vas a ser mi esposa!

A Mimma le sorprendió esa respuesta. Pero ¿este de dónde ha salido? ¿Qué quiere? ¿Quién es?, pensó. Después, casi chillando:

—¡Pero tú estás loco!

Vito se levantó y Mimma se preparó para recibir otro golpe. El loco, en lugar de eso, intentó acariciarle la cara e hizo una inocente tentativa de besarla. La muchacha, cada vez más enfurecida, reunió todo el valor que tenía y le escupió en la cara. Vito se detuvo de golpe, alzó la mano para golpearla, pero se paró y en su lugar se la metió dentro del bolsillo de los pantalones. Mimma pensó aterrorizada: ¿a que en el bolsillo tiene un cuchillo y me marca? Pero Vito sacó un pañuelo y se secó el salivazo. Después se sentó otra vez, volvió a coger el cigarrillo del cenicero y de nuevo echó el humo a la cara de Mimma, que esta vez bajó la mirada al suelo. Con crueldad, él dio el golpe final.

—Ves, Mimmina, ¡es inútil que hagas esto! ¿Qué quieres conseguir poniéndote tan nerviosa? No sirve para nada, ¡todos a estas alturas saben ya que tú te fuiste y nadie querrá ya casarse contigo! Queriéndolo o no, a ojos de la gente has sido deshonrada. No habrá ya nadie que quiera casarse contigo..., ¡excepto yo, se entiende! Dio una gran carcajada, contento por la broma, para él muy graciosa.

Se rieron también sus tres amigos, aunque con la boca pequeña; ellos sabían que tendrían problemas..., pero ¿cómo se podía decir que no a Vito? Mimma entendió que aquel cerdo tenía razón. La situación para ella era trágica y no había nada que hacer. ¡Demasiada gente había visto

lo que había pasado! Era una fugitiva de verdad, sin su consentimiento, ¡pero ve a explicárselo a los habitantes del barrio! Ahora ya la grasa estaba en el fuego. Le quedaba solo la posibilidad de gritar su rabia y su odio hacia Vito.

—¡Eres un bastardo! ¡Pero que sepas que en poco tiempo vendrán a liberarme!

Vito afirmó con la cabeza.

—Sí, sí, de acuerdo... ¡Ya veremos! —Dirigiéndose a los tres que estaban apoyados en la mesa viendo la escena, les hizo una señal con la cabeza. Los tres se pusieron de pie al mismo tiempo, levantaron a Mimma con silla y todo y desaparecieron en una habitación. Salieron poco después sin ella.

Desde la habitación cerrada, Mimma continuó gritando su desesperación.

—¡Dejadme salir..., quiero ir a casa!

Cayó en un llanto desesperado y Vito se dirigió a la vieja.

—Eh, mamá..., vigila a esta loca, ¿lo has entendido?

La mujer, que era la madre de Vito, medio demente y deprimida por tantas penas y tantos golpes, primero del marido (muerto asesinado) y después del hijo, dijo que sí con la cabeza, tras lo cual Vito y sus compinches salieron de la casa.

## 11

Era tarde ya. En casa Lupo reinaba la desesperación. Cuando se enteró, también Concetta había ido precipitadamente a casa de la abuela. Estaban todos alrededor de la cama donde Luisa yacía tendida con la pierna y la espalda doloridas.

Don Tano iba de arriba abajo por la habitación como una fiera enjaulada. No paraba de repetir obsesivamente:

—¡Pobre hija mía, ahora ya está todo perdido! Su matrimonio..., ¡todo ha acabado!

Doña Marianna intentaba consolarle de alguna manera, pero estaba más desesperada que él.

—¿Y decírselo a Giovanni? ¡Si ponemos una denuncia por raptó, él irá a liberarla!

Don Tano explotó.

—Pero ¿qué narices dices, Marianna? A Giovanni..., ¡una denuncia! Mimma no tiene elección, deberá casarse con aquel que se la llevó, ¿entiendes esto? Pero ¿entonces quién demonios es este tipo? ¿Quién lo conoce? ¿De dónde ha salido? ¡No consigo entenderlo!

Doña Marianna hizo una tímida alusión a la fuerza moral de la nieta.

—¡Pero Mimma no cederá!

Don Tano intervino.

—Sí, sí, no cederá..., pero qué es, ¿una trinchera? ¡Además, explica tú a la gente si ha cedido o no! —Seguía dando vueltas con los nervios a flor de piel cuando, en un tan extremo como inútil intento de salvar la situación, le preguntó a Luisa—: ¿Quién estaba cuando pasó todo?

Luisa miró al abuelo, a la abuela y a su hermana Concetta y dijo:

—¡Me parece que nadie! —Sabía que estaba mintiendo y lloraba; sabía perfectamente que había muchísima gente que rápidamente había desaparecido, pero quería salvar a Mimma. Por ella se habría partido por la mitad.

Don Tano se dirigió a la mujer.

—¿Cuándo vuelve Giovanni?

—Mañana por la noche —respondió doña Marianna—. ¿Qué intenciones tienes? ¿Qué quieres hacer?

Don Tano se puso la chaqueta.

—Voy a buscarla, intentemos salvar lo insalvable.

Salió de casa y partió con la calesa. Era de noche y las farolas iluminaban poco y mal las calles, pero era irrelevante. Don Tano las conocía de memoria, incluso vendado habría sabido dónde ir. Tenía un plan en la cabeza, pero tenía que hacerlo lo más rápido posible. Corrió hacia la tienda de ‘U Canigghiaru, pero la puerta estaba cerrada, hecho comprensible debido a la hora que era. Una luz se filtraba desde el interior, por lo tanto había alguien. Don Tano bajó de la calesa y

llamó.

—¿Quién es? —preguntó una voz.

—¡Antonio, abre la puerta! Soy Tano Lupo.

La puerta de la tienda se abrió y don Tano entró. Estaba cansado y se sentó con el corazón roto encima de un saco de comida para animales.

—Don Tano, ¿qué pasa? —preguntó el maestro Antonio. Sabía qué había pasado, de hecho lo había entendido incluso antes de que ocurriera. Pero era un pobre hombre y, como todos, tenía miedo de los violentos; habría podido avisar a don Tano de las intenciones de Vito, pero no lo había hecho... y ahora don Tano tenía problemas.

—Tengo que hablar con usted —empezó el otro con una expresión desesperada.

—Hable..., estoy a su disposición —dijo 'U Canigghiaru.

—¿Puede saberse a quién me mandó hace unos días? —preguntó don Tano.

—¿Quién? ¿Aquel que buscaba un caballo?

—¡Bravo! ¡Ese, precisamente ese!

—Pero, don Tano, aquel es Vito Caronia..., hijo de Turi Caronia, el que murió asesinado hace diez años en el barrio Pitursu.

—¡Ah!... —Don Tano ahora lo recordaba.

El maestro Antonio prosiguió.

—Ahora es propietario de terrenos, ha estado fuera un tiempo, poco, dicen, en América, y ahora ha vuelto y vive con su madre.

—¿Y dónde vive? —preguntó don Tano.

—Vive por la plaza Indipendenza, pero tiene también una casa fuera de la ciudad, por la montaña. Para que se haga a la idea, todo aquel trozo de tierra es suyo —dijo el maestro Antonio indicando con la mano una zona de la montaña.

—¡Gracias, maestro Antonio! —Don Tano se dirigió a la puerta.

El maestro Antonio lo detuvo cogiéndole del brazo.

—Disculpe, don Tano, ¿a esta hora dando vueltas para intentar saber quién es Vito Caronia? Pero ¿por qué, si puede saberse?

—Ya que me ha comprado el caballo a mí, quería regalarle una silla y entregársela en persona —mintió descaradamente don Tano, molesto, mientras caminaba hacia la calesa.

El maestro Antonio sabía que el motivo era otro y, permaneciendo bajo la farola para mirar al amigo que se alejaba en la calesa, le gritó:

—¡Tenga cuidado, don Tano! ¡Esa gente es peligrosa y usted ya no es un jovencito!

Era de noche, y dondequiera que don Tano hubiera ido no habría encontrado a nadie. No era una de las mejores épocas. Rondando había demasiados delincuentes que, empujados por el hambre, intentaban robar a todos y de todo. Así que decidió volver a casa: saldría nuevamente al amanecer para ir a buscar a Vito Caronia.

El alba lo atrapó adormecido en una silla con la cabeza apoyada sobre la mesa. Se montó en la calesa y tomó la dirección de la plaza indicada por el maestro Antonio, que se encontraba al otro lado de la ciudad. Cuando llegó a su destino, el sol ya había salido en Palermo. En la plaza Indipendenza empezó a preguntar a la gente por Vito Caronia, pero parecía que nadie le conocía, o al menos eso hacían ver. Tras muchas vueltas, por fin encontró una señora que le indicó una casa medio en ruinas.

—Aquella es su casa..., ¡pero mire que hace ya años que no vive allí! ¡Su madre se puso enferma y se fueron a vivir al campo!

—Y, perdone, ¿dónde está ese campo? ¿Me lo puede decir? —preguntó don Tano.

—Escuche, ¡yo realmente no lo sé! Mucha gente de aquí conoce a los Caronia, intente preguntar a algún otro, ¡aunque estoy casi segura de que nadie le dirá nada! —respondió la mujer.

Don Tano lo entendió: silencio y complicidad eran un muro que nadie podía rayar, y menos él, que era un pobretón cualquiera. Desolado y frustrado, retomó el camino de vuelta.

En casa, mientras, alguien llamaba a la puerta. Doña Marianna fue corriendo con la esperanza de que hubiera vuelto Tano trayendo consigo a Mimma sana y salva. Abrió la puerta y la sorpresa se le reflejó en la cara: era Giovanni. También Luisa había ido a la puerta y, al ver a Giovanni, se paró en seco, ella, que cada vez que llegaba le abrazaba y le llenaba de preguntas. Giovanni no sabía todavía nada de lo sucedido, pero entendió que algo no iba bien.

—Buenos días —dijo.

—E... entra, ¿cómo tú por aquí ya? —preguntó doña Marianna.

Giovanni hizo caso omiso y preguntó:

—¿Dónde está Mimma? ¿Y dónde está don Tano?

Las dos mujeres dudaron; entonces doña Marianna dijo:

—Han ido al médico.

Luisa lo confirmó.

—Sí, sí, al médico...

Algo olía mal y Giovanni empezó a sospechar. Vio que Luisa cojeaba cuando se dirigía a una silla y estalló, perdiendo la paciencia.

—Pero, a ver, ¿me decís qué diablos pasa?

Detrás de él, un triste y sorprendido don Tano había aparecido en la entrada y no parecía para nada feliz de verle.

—¡Ay, Giovanni! —exclamó doña Marianna y se cogió las manos moviéndolas adelante y atrás—. Ay, Giovanni, Giovanni... ¡Es difícil decírtelo! ¡Por desgracia, han secuestrado a Mimma!

Giovanni no se movió, estaba aturdido, y pensó: «¿Es una broma?». Miró hacia la escalera esperando ver a Mimma con su vestido rojo. Después miró a don Tano y dijo:

—No lo he entendido bien..., ¿qué ha pasado? ¿Han secuestrado a Mimma? ¿A mi Mimma? Pero ¿cómo se secuestra a una chica? Quiero decir, ¡estamos locos o qué! ¿Quién ha sido..., sabéis dónde está? —Estaba a punto de explotar.

Don Tano respondió con un hilo de voz.

—Sabemos que ha sido un tal Vito Caronia, ¡pero no sabemos dónde está!

Giovanni hizo ademán de salir.

—¡Voy a buscarla! —gritó, pero don Tano le detuvo rápidamente dándole un abrazo mientras lloraba. A Giovanni le sorprendió aquella reacción y seguía sin entender nada.

—¡Giovanni, perdóname! —murmuró don Tano.

El joven miró a las dos mujeres, que ahora estaban llorando también.

—¿Perdonarle el qué? —preguntó estupefacto.

Don Tano intentó retomar el control de una situación que se volvía cada vez más difícil.



—Giovanni, no sé cómo decirte esto. Por tu bien y por el bien de Mimma, ¡olvídate de ella!  
Giovanni ahora estaba realmente enfadado.

—Pero qué dice..., ¿qué diablos está farfullando? ¿Por qué debería olvidar a Mimma? ¿Por qué debería hacerlo? ¡No lo entiendo!

Don Tano entonces intentó explicarle cómo estaban las cosas.

—Escucha, tú eres como un hijo para nosotros, ¡pero en Sicilia se hace así! Por desgracia, una mujer secuestrada por un hombre se convierte en su esposa..., ¡es así!

—Pero ¿cómo puede decirme esto? —rebatía Giovanni—. ¡Yo amo a Mimma más que al aire que respiro!

Ahora los tres lloraban desesperadamente, pero Giovanni, que no conseguía entender aquella bárbara costumbre, no estaba dispuesto a ceder.

—Pero ¿os dais cuenta de que se trata del secuestro de una persona y que actualmente te arriesgas a muchos años de prisión? —Salió cerrando con un portazo y se fue hacia el cuartel. Llegó muy nervioso y fue directo a los alojamientos. El mariscal Contini se lo encontró de frente, a los pies de la escalera.

—Buenos días, brigadier Tagliarini, ¿cómo es que está paseando a estas horas? —Giovanni no respondió, ni siquiera saludó, estaba demasiado oprimido por su dolor—. ¡Digo, Tagliarini, que podrías al menos saludar! —le reprendió Contini. Al darse la vuelta, vio que el brigadier tenía mirada melancólica y subía las escaleras con prisa. Habrá discutido con la novia, pensó, y se fue hacia su despacho.

Giovanni, una vez en su habitación, se apoyó en la ventana y miró al exterior: la gente iba, venía, vivía. Solo tenía ganas de llorar y... las lágrimas le caían sin control. No paraba de intentarlo, intentaba entenderlo, ¡pero no había nada que entender! Quería hacer algo, pero ¿qué? ¿A quién preguntar? ¡Allí imperaba la ley del silencio!

A la mañana siguiente, de ronda con Baldini, tenía la mirada perdida. El apuntado había oído rumores, pero prefería no preguntar nada. Habría querido ayudarle, pero ¿cómo? ¡Tal vez era mejor estar callado! Motivo de mayor sufrimiento eran las miradas que la gente dedicaba a Giovanni. El brigadier les habría mandado a todos a tomar viento; si hubiera podido, ¡habría disparado a cualquiera que se le pusiera delante!

\* \* \*

En la casa de campo, el cautiverio de Mimma tenía aspectos casi cómicos que contrastaban con lo trágico del momento. La muchacha estaba todavía atada a la silla, pero durante la noche la habían tumbado sobre un colchón. Vito Caronia no había dado señales y seguramente había sido mejor para él, porque, enfadada como estaba, Mimma le habría despedazado a mordiscos si hubiera osado acercarse a ella.

La madre de Vito apareció en la habitación con un plato de sopa humeante: pasta y judías. Se le acercó.

—Tienes que comer..., ¡así te harás grande! —le dijo.

Mimma le apartó la mirada y mentalmente la mandó al diablo... La mujer empezó a rodear la

silla con el plato en la mano y se le cayó el contenido al suelo. Se arrodilló, lo recogió con las manos y lo volvió a poner en el plato; después, con la cuchara intentó de nuevo metérselo en la boca a Mimma. Asqueada, la muchacha sacudió la cabeza.

—Ah, ¿no la quieres? ¡Entonces me la como yo! —Sentada en el suelo, la loca se tragó todo en un abrir y cerrar de ojos y tiró a una esquina el plato vacío y sucio. Después, con un extraño bailecito, desapareció.

En aquel momento entró Vito.

—Es inútil que hagas eso..., ¡no tienes elección! Y además, como ves, ¡tu príncipe azul no ha venido a liberarte!

Mimma le lanzó una mirada amenazante y escupió al suelo con desprecio. Vito salió de la habitación canturreando.

—¡De todos modos, no puedes hacer nada; antes o después cederás! —Y cerró con un portazo, dejando a Mimma llorando.

\* \* \*

Otro día terminaba y al anochecer Giovanni y Baldini estaban volviendo al cuartel. El farolero hacía su trabajo en las esquinas de las calles. Giovanni se detuvo de pronto.

—Espera un momento. Vuelvo enseguida —le dijo a Baldini y se acercó a caballo al farolero, que, a la luz de la farola recién encendida, resultó ser el ladrón de queso pestilente que Giovanni había dejado libre.

Cuando el hombre vio la sombra del carabinero que se acercaba, se quedó quieto. No había hecho nada malo, ahora era un honrado farolero. Entonces reconoció a Giovanni. Había pasado algo de tiempo, pero se acordaba del brigadier. Se le iluminó la cara y sonrió tranquilo.

—¡Brigadier, qué sorpresa! Estoy contento de verle. Pero ¿todavía es brigadier? Mariscal deberían nombrarle. ¡Usted es un caballero! —dijo acercándose al caballo.

También Giovanni, desde lo alto de su montura, le reconoció.

—Me alegra ver que ya no tienes necesidad de robar.

—Ah, sí, soy un empleado municipal ahora; se gana poco..., pero me basta para vivir de manera honesta. ¿Le puedo ser de utilidad, brigadier?

Giovanni bajó del caballo y se le acercó.

—Escucha..., ¿cómo te llamas?

El farolero respondió con una cantinela:

—Pinuzzu el Turco, para servirle.

—Escucha, Pinuzzu..., ¿puedo pedirte un favor?

—Pero ¿está de broma? Brigadier, ¡todo lo que quiera!

A lo lejos, en la penumbra, Baldini intentaba seguir el diálogo, pero desde aquella distancia no entendía nada; intuía de todos modos que Giovanni estaba intentando por todos los medios localizar a Mimma, y por tanto se aferraba a todo y a todos para conseguir algo de ayuda. Tras unos minutos, el brigadier volvió con Baldini, y ambos, sin mediar palabra, fueron al paso hasta el cuartel. Al rato, Giovanni se dirigió al compañero en tono confidencial.

—Andrea...

—¡Diga, brigadier!

—¿Serías capaz de hacer algo muy importante para mí?

—Claro que sí..., ¡siempre a su disposición!

—¡Entonces vamos al cuartel, entregamos la orden de servicio, preparamos las armas y nos vamos de nuevo! —Giovanni estaba encendido y con semblante decidido.

Al oír la palabra «armas», Baldini detuvo el caballo.

—¿Armas, brigadier? ¿Qué armas?

—¡Vamos, Andrea! ¡Armas!..., yo qué sé..., la pistola..., el mosquete, ¡piensa tú también algo! —Giovanni notó que su compañero había palidecido un poco y le preguntó—: Eh, ¿no tendrás miedo?

—No..., no —respondió no muy seguro el bueno de Baldini.

Mientras, habían llegado a los establos del cuartel. Quitaron las sillas a los caballos, los secaron, pusieron avena y heno en el comedero y cerraron el box con la barra. Baldini quiso saber una cosa.

—Disculpe, brigadier, ¿el lugar al que tenemos que ir está cerca?

—No, Baldini, está lejos.

—Y, perdone, ¿cómo iremos?..., ¿a pie?

—No, con los caballos.

—¿Y entonces por qué no los hemos dejado ya ensillados? —insistió Baldini poco convencido.

Entonces Giovanni lo cogió por un brazo y le llevó hacia un montón de heno.

—¡Joder, Andrea! Es un asunto serio. ¡No debe saberlo nadie, y nadie tiene que darse cuenta! El farolero me ha dicho dónde tienen prisionera a Mimma. ¡Cuando caiga la noche, bajamos, ensillamos los caballos y nos vamos! ¡Esta vez seremos nosotros los que enseñaremos cómo se hacen las cosas... a esos delincuentes!

Baldini enmudeció, asintió y siguió a Giovanni. En el cuartel, el mariscal Contini estaba ordenando expedientes. Como todas las noches, esperaba la llegada de sus chicos para dejar el cuartel e ir a casa.

—¡Mira a quién tenemos aquí! ¡Estaba pensando precisamente en vosotros dos! —dijo al toparse con los dos suboficiales.

—A sus órdenes, mariscal —dijo Giovanni.

—¿Todo bien? —preguntó el mariscal. Después, viendo a Baldini un poco pensativo, añadió —: Baldini, ¿tienes algo que decir?

—¿Eh...?, ¡no..., mariscal! Todo bien..., ¡de hecho, perfectamente bien!

El mariscal Contini llevaba demasiados años rodeado de carabineros como para no darse cuenta de que Baldini escondía algo. No era difícil: ¡se le leía en la cara! «Este no me está diciendo la verdad... Giovanni, además, hace dos días que está encerrado en sí mismo y no dice una palabra que no sea relacionada con el servicio», pensó.

—De acuerdo, chicos, ¡me voy a casa! Ah, el carabinero Coletti os ha preparado una especialidad toscana, *acquacotta*[19]; yo la he probado: ¡excepcional! ¡Buenas noches! —El mariscal se dirigió hacia la salida del cuartel de los carabineros.

Para no llamar la atención, Giovanni y Baldini cenaron con el resto de militares, después se

despidieron y se retiraron a sus alojamientos. Pasadas un par de horas, con el cuartel inmerso en un profundo silencio, se deslizaron hasta los establos, ensillaron los caballos y, sin hacer el más mínimo ruido, se movieron bajo la poca luz que les llegaba de la plaza.

—Ten cuidado —susurró Giovanni. Pero Baldini, en el momento de montar en su caballo, normalmente muy manso, lo puso nervioso y soltó una coz golpeando una vigueta del recinto. El ruido seco que hizo la vigueta, en el silencio total, pareció un cañonazo.

—¡Joder..., Baldini! —espetó con los dientes apretados Giovanni.

—Ha sido el inútil del caballo..., ¡no ha sido culpa mía!

Abrieron la puerta de los establos y, tras asegurarse de que todo estuviera en calma y que nadie se hubiera despertado con el ruido, salieron muy despacio y cerraron de nuevo. Después, lentamente, atravesaron la plaza y doblaron la esquina, lanzándose por fin al galope hacia la montaña. Era noche serena y en el cielo brillaba una espléndida luna casi llena que iluminaba el campo. Después de un buen tramo de camino, vieron una casa que se alzaba a contraluz.

—Ahí está..., ¡tiene que ser esa! —dijo Giovanni.

—Disculpe, brigadier, pero ¿podemos estar seguros de que ese ladrón ha dicho la verdad? Sigue siendo un ladrón..., ¿podemos fiarnos de él?

—Vamos, Baldini, ahora aquel ladrón, como tú le llamas, es farolero. Además, ¿por qué debería haberme mentido? En realidad, le hemos ahorrado unos meses de prisión, ¿o no?

—¡Cierto! —convino Baldini.

En las cercanías de la casa, en un bosquecillo de fresnos, Giovanni y Baldini desmontaron de sus caballos.

—Atemos a los animales a un árbol y prosigamos a pie —ordenó el brigadier.

Cuando acabaron de asegurar sus monturas, empezaron a moverse en el más absoluto silencio: a hurtadillas, mosquete cargado, ¡ni siquiera pisaron una rama seca! De repente, la puerta de la casa de campo se abrió, un rayo de luz invadió el patio y unas voces agitadas rompieron el silencio. Giovanni y Baldini se escondieron detrás de un árbol, mimetizándose con la noche. Los tres compinches de Vito se despidieron de su jefe y se alejaron por el camino que llevaba al centro habitado.

—¿Les bloqueamos? —susurró Baldini.

Giovanni se volvió hacia él y le contestó:

—¡Chis!... ¡Silencio!... ¡Ya pensaremos en ellos después!

Los dos carabineros siguieron con la mirada cómo se alejaban los tres hasta que, bajo la luz de la luna, desaparecieron tras la curva.

—¡Esperemos que los caballos no se asusten! —dijo Baldini.

Giovanni estaba concentrado en lo que tenía que hacer. Se acercó con cautela a la casa y echó un vistazo a su interior por una ventana: había un quinqué encima de la mesa del centro de la estancia, aunque no se veía a nadie. Dieron la vuelta a la casa de campo, pero seguían sin ver un alma.

—¿Y ahora qué hacemos? —susurró Baldini.

Giovanni, llegados a ese punto, quiso arriesgarlo todo.

—¡Tiremos la puerta al suelo y entremos!

Baldini dio una poderosa patada a la puerta, que se abrió de par en par. Giovanni se precipitó dentro, pistola en mano y mosquete al cuello.

—¡Todo el mundo quieto! ¡Carabineros! —gritó.

En la esquina más escondida de la cocina, una mujer..., la madre de Vito..., empezó a gritar como una loca: se echó al suelo, rodando sobre sí misma y gritando muy fuerte. Un hombre, en la sombra, corrió hacia la escalera con la velocidad de un gato.

—¡Tú, quieto! —gritó Giovanni, pero él siguió corriendo hacia la planta superior. Giovanni le gritó a su compañero—: ¡Baldini! ¡Sal fuera..., rápido!

Baldini siguió la orden, que resultó ser muy acertada, porque Vito había saltado por la ventana del entresuelo y ahí estaba Baldini esperando.

—¡Quieto o disparo! ¡Manos en alto y de cara a la pared! —le intimidó.

Asustado por el tono del apuntado, Vito, para evitar cosas peores, se levantó y, volviéndose, puso las manos en alto y las apoyó en la pared. Sin bajar su arma, Baldini se le acercó con las esposas y le ató primero una muñeca, luego la otra. Giovanni se precipitó escaleras abajo, derribó todas las puertas y en una habitación encontró a Mimma todavía atada y amordazada. La liberó y los dos jóvenes, aun en unas circunstancias tan dramáticas e inusuales, se abrazaron y se besaron: ¡su primer beso! Lo habían soñado en un lugar más romántico y quizás en un momento más bonito, pero... ¡las cosas habían salido así!

Mientras, los tres compinches de Vito, al pasar la curva, se habían parado para encenderse un cigarrillo y se habían sentado sobre un tronco a hablar. Al oír los gritos de la madre de Vito, habían vuelto para ver qué estaba pasando. A todo eso, Giovanni había bajado al piso de abajo con Mimma bajo el brazo. La madre de Vito yacía acurrucada en una esquina y recitaba canciones infantiles sin sentido. Baldini estaba delante de la puerta, en el patio débilmente iluminado por la luz proveniente de la habitación y de la luna.

De todos modos, las cuatro figuras se veían perfectamente y los tres compinches, al pasar la curva, pudieron vislumbrar a Vito con las manos detrás de la espalda y a Mimma abrazada a un muchacho. Entendieron que había pasado algo.

—¡Pero qué diablos...! ¿Han llegado los liberadores? —soltó uno de ellos.

—¿Son carabineros? —preguntó otro.

—¡Y yo qué sé! —respondió el primero.

Silenciosos y resguardados por un conjunto de nopales[20], se acercaron a la casa. Giovanni, que entonces estaba dando la enhorabuena a Baldini, enmudeció de golpe: habían aparecido de repente tres hombres armados con recortadas. ¡Se le heló la sangre de las venas! Baldini no sabía qué hacer y, protegiéndose con el cuerpo de Vito, se apoyó contra el muro.

—Dicen que los carabineros siempre llegan en el momento justo, ¡pero esta vez hemos sido nosotros! ¿Está de acuerdo, brigadier? —dijo uno de los tres con ironía y desprecio. Una vez cerca, los tres delincuentes habían reconocido a los dos carabineros—. ¿Entonces qué hacemos? —insistió el tipo—. ¿Tiramos las armas y nos ponemos de acuerdo dentro de casa... u os reventamos la cabeza a los tres: primero a la parejita y después al imbécil del apuntado?

De repente, una voz sonó en la oscuridad de la noche, no se sabía desde qué dirección.

—De momento, los imbéciles sois vosotros, y si no tiráis al suelo esos fusiles os disparo yo... ¡y os dejo como un colador!

Los tres compadres se dieron la vuelta apuntando con las recortadas, pero rápidamente sonó un disparo de mosquete y, asustados, dejaron caer las recortadas.

Una orden seca llegó desde las plantas de nopal.

—Coletti, Mancione, La Buia..., ¡arrestad a esos delincuentes!

Tres carabineros en posición de combate salieron de sus escondites y, una vez reducidos los tres criminales, les esposaron. El mariscal Contini, al que Giovanni ya había reconocido en la voz, salió al descubierto. Ahora estaba todo claro y el apuntado Baldini exclamó fingiendo sorpresa:

—¡Mariscal!...

—¡Sí, sí, mariscal...! —dijo Contini entre enfadado y satisfecho—. ¡Ya echaré luego cuentas con vosotros dos!

Giovanni dejó a Mimma en la puerta y se acercó al mariscal.

—Mariscal, pero ¿cómo sabía que estaba aquí?

—Brigadier Tagliarini, a ver si lo entiendes de una vez por todas: ¡al mariscal Contini no se le engaña! ¿Pensabais que no sabía lo que estabais tramando? Hace tiempo que os controlaba y os hacía seguir; además, ¡todo ese escándalo cuando habéis salido! Se ha despertado el cuartel entero. ¡Evidentemente, ha sido fácil seguiros! Pero dejemos el tema..., ¡de esto ya hablaremos después! —El mariscal Contini esquivó en silencio al brigadier y se acercó a Mimma—. Perdone, señorita, ¡pero su Giovanni es demasiado impetuoso y está demasiado enamorado! ¿Está todo bien? ¿Cómo se siente?

—Ahora bien, gracias a ustedes —respondió Mimma.

—No tiene que darme las gracias a mí, sino a él..., ¡su salvador! —Contini señaló a Giovanni—. He hecho avisar a su padre, que ahora viene a buscarla.

Antes de acabar la frase, un galope de caballos y ruido de ruedas le hicieron mirar hacia la curva. El landó se detuvo en el patio, don Tano bajó de un salto y, sin siquiera saludar ni mirar a nadie, fue hacia Mimma, la cogió del brazo y la llevó al carruaje. A Mimma solo le dio tiempo de cruzar su mirada con la de Giovanni, que estaba hablando con el mariscal.

—Pero ¿qué demonios le pasa a don Tano? —preguntó a Contini—. ¡No parece muy feliz de ver a la nieta en libertad!

El mariscal, que conocía bien la realidad y los sentimientos de la gente del sur, le miró con tristeza negando con la cabeza.

Sin haber entendido aún lo que estaba pasando, Giovanni intentó ir a su caballo.

—Ahora voy a su casa..., ¡me debe una explicación!

El mariscal Contini le detuvo cogiéndole del brazo.

—Déjalo, Tagliarini. ¡Es tarde! Tendrán muchas cosas que contarse y tu chica está muy cansada. Deja que repose, después ya se verá...

Giovanni notó que el tono de voz del mariscal había cambiado: antes era fuerte, seguro e imperativo con las órdenes, ahora, un poco más emocionado y paternal. Le miró fijamente y vio que estaba pensativo. No entendía...

\* \* \*

El landó de don Tano se deslizaba veloz en la noche y en pocos minutos llegó al barrio. A

través de la ventanilla, Mimma se dio cuenta de que no estaban tomando el camino hacia casa. Había algo extraño. Asomándose, gritó al abuelo:

—Pero ¿adónde estamos yendo? —Ninguna respuesta. Mimma estaba cansada y sucia; la felicidad que poco antes había recuperado se transformó en angustia—. Pero ¿adónde estamos yendo? —seguía repitiendo con una monótona cantinela entre el mar de lágrimas que caían por sus preciosos ojos.

La frenada repentina la sorprendió. Se apartó las manos de la cara y vio a don Tano que le ofrecía la suya para ayudarla a bajar. Lo hizo y de pronto reconoció el lugar.

—Pero esto es el convento de las hermanas capuchinas. ¿Qué hemos venido a hacer aquí? —preguntó.

Don Tano seguía sin responder. Se acercó a la puerta del convento y llamó. Una anciana monja se asomó a una ventana a la altura de la cabeza, echó un vistazo rápido y cerró de nuevo la ventana, abriendo poco después la puerta peatonal. «¡Pero qué! ¿Abren por la noche al primero que llama? Me parece que esto estaba todo preparado..., lo único que no entiendo es qué intenciones tienen», pensaba Mimma estupefacta.

Don Tano entró y saludó educadamente a la monja.

—Me deberá perdonar lo tarde que es, madre.

—¡No se preocupe, don Tano! Hola, Mimma..., venid, venid..., ¡seguidme! —respondió sor Teresa, que conocía bien a toda la familia Lupo.

Se ha tomado muchas molestias la madre superiora, pensó Mimma. La monja, seguida por los dos visitantes, recorrió un largo pasillo. La luz del quinqué que llevaba en la mano iluminaba rostros de curas, papas y santos que parecían espiarles mientras avanzaban desde los viejos cuadros que colgaban en las paredes. La madre superiora se detuvo delante de una pequeña puerta, la abrió, entró y encendió una lámpara y una vela que estaban encima de la mesita que había en una esquina. La pequeña habitación tenía una cama limpia con un crucifijo en el cabezal y, al lado, un cuadro representando a santa Rita.

—Esta es tu celda —dijo la madre superiora mirando a Mimma e intentando tranquilizarla con una sonrisa—. Allí tienes todo lo necesario para lavarte. Mañana por la mañana vendré a recogerte.

Mimma miró estupefacta primero a la monja y luego la celda. «Pero ¿esto qué es? ¡Yo no quiero ser monja!» Después, volviéndose hacia don Tano, que retorció nerviosamente la gorra entre las manos con la mirada clavada en el suelo porque no tenía el valor para mirarla a los ojos, le chilló:

—Papá, ¿qué significa todo esto? ¿Qué significa?

Don Tano por fin la miró y sus ojos estaban tristes. Las lágrimas le caían por la cara y él intentaba secarlas con las mangas de la chaqueta.

—Significa que ahora... ¡esta es tu casa!

Mimma se agarró a la chaqueta del abuelo.

—Pero yo no quiero estar aquí... ¡No podéis hacerme esto!

Don Tano no contestó y se volvió hacia la madre superiora.

—Madre, buenas noches, y loado sea Jesucristo.

—¡Loado sea siempre! —respondió la madre superiora.

Don Tano salió al pasillo, apenas iluminado por la luz de la luna que se reflejaba en las

vidrieras, y desapareció.

\* \* \*

Giovanni había pasado la noche en vela. El recuerdo de Mimma le atormentaba. No sabía qué hacer y no entendía qué estaba sucediendo. A la mañana siguiente, una vez ensillados los caballos, salió con Baldini. Ambos se habían ganado una amonestación por escrito por parte del comandante del cuartel por no haberle avisado de lo que habían planeado, ¡poniendo así en riesgo sus vidas y la del rehén! Abatidos por el castigo pero felices por haber conseguido, gracias también al mariscal Contini, la liberación de Mimma, tomaron a paso lento el camino hacia casa de los Lupo. Pero antes pasaron por el taller de doña Ciccina.

Estaba abierto. Sabía que era poco probable que Mimma estuviera trabajando, pero valía la pena intentarlo. Por eso, Giovanni detuvo su caballo, desmontó de la silla y fue a llamar a la puerta. La trabajadora más joven apartó la cortina, abrió la parte superior de la puerta y se encontró de frente con el busto de Giovanni: el uniforme la asustó. Era tímida y se quedó con la boca abierta y en silencio.

—Disculpe, ¿podría hablar con Mimma? —preguntó el brigadier.

La voz masculina hizo levantar la cabeza al resto de las chicas ocupadas en el bordado. La que estaba más cerca de la puerta se levantó y se acercó.

—No, brigadier, no puede hablar con Mimma. Hoy no ha aparecido, ¡pero si necesita algo estoy yo!

Tomado por sorpresa por aquel comportamiento tan inusual para una chica siciliana, Giovanni se despidió con una sonrisa forzada, montó de nuevo y continuó con Baldini hacia la plaza Magione. Se detuvieron justo delante de la casa de los Lupo.

Giovanni desmontó del caballo, le entregó las riendas a Baldini y fue a llamar a la puerta. No obtuvo respuesta. Llamó nuevamente pero seguía el silencio. Entonces dio la vuelta a la casa y se dio cuenta de que la puerta del establo estaba entrecerrada. Se acercó y entró después de haber preguntado:

—¿Se puede?

De nuevo no obtuvo respuesta, pero en la penumbra apareció la figura de don Tano Lupo, que intentaba herrar a un caballo.

—¡Buenos días, don Tano!

Don Tano no se volvió, no respondió, pero dejó de golpear con el martillo el clavo que estaba poniendo a la herradura. Se paró durante unos segundos, después pareció que quisiera volverse, pero continuó en su posición inicial y empezó a dar martillazos de nuevo.

«Digo yo: ¿se han vuelto todos locos?», pensó Giovanni cada vez más desconcertado. Miró más allá de la espalda de don Tano y preguntó:

—¿Mimma?

Don Tano detuvo el martillo en mitad del aire, después lo apoyó en el suelo, se levantó y se volvió hacia él. Tenía la mirada triste y los ojos rojos de haber llorado en lugar de dormir. Se quitó la gorra y dejó caer los brazos, símbolo de desesperación y dolor inmenso. Hasta habló con



voz pesada.

—Escucha, Giovanni, a lo mejor no lo has entendido bien, ¡pero el destino de Mimma ha sido cambiado!

—¿Qué quiere decir con que ha sido cambiado? ¿Qué intenta decirme? —Giovanni no conseguía entender nada.

Don Tano tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Giovanni, ¿realmente no lo entiendes? ¡Ya no está destinada a ti!

Giovanni sentía la rabia creciéndole dentro, sabía que tenía que controlarse por muchos motivos, pero seguía siendo un hombre joven y enamorado, no podía comportarse y estar tranquilo mientras escuchaba las estupideces que decía aquel viejo.

—¿Se puede saber dónde está ahora?

—¡Sí, se puede saber! ¡Está encerrada en un convento! —respondió don Tano.

—¿En un convento?! —explotó Giovanni—. Quiero decir, ¿estáis todos locos en esta zona? ¿Cómo? ¿Una muchacha es secuestrada y vosotros, en lugar de poner denuncia tras denuncia, metéis a la víctima en un convento? ¡Pero vosotros estáis locos de atar! —Salió de la estancia hecho una furia y cerró la puerta de un portazo dejando a don Tano mudo y pálido. Nunca había visto a Giovanni así de airado.

El brigadier Tagliarini saltó sobre su silla y Baldini, que había entendido que las cosas iban mal, por pudor, pero también por respeto a la amistad y al grado, no dijo una palabra. Giovanni estaba enfadado, se le notaba en la cara y en los movimientos nerviosos con los que azotaba al caballo.

—¡Malditos! ¡Estúpidos! ¡Retrógrados! ¡En un convento! ¡En un convento! ¡La han metido en un convento! ¡Imbéciles! —gritó. Después, dirigiéndose al apuntado—: ¡Vamos, Baldini, volvemos al cuartel!

\* \* \*

Mientras tanto, doña Marianna, Luisa y Concetta llamaban a la puerta del convento de las capuchinas. La madre tutora las vio por la mirilla y abrió la puerta.

—Buenos días, hermana, y loado sea Jesucristo —dijo doña Marianna.

—¡Loado sea siempre! —respondió la monja—. Decidme, ¿puedo ayudaros?

—Soy la abuela y estas son las hermanas de Mimma Lupo. ¿Podemos verla? —preguntó doña Marianna.

—¡Sí, ahora recuerdo quiénes sois! ¡Acomodaos en el locutorio! ¡Voy a llamarla!

Las tres mujeres se sentaron alrededor de una mesa en el centro de una habitación sin adornos. En la ventana que daba a la plaza había unas cortinas un poco harapientas; en la pared, un enorme crucifijo; en una esquina, una estatua de san Antonio de Padua sobre un pequeño pedestal de madera; en otra, una planta grande. La pared de la derecha estaba ocupada por una pintura representando el inquietante martirio de san Giovanni Battista con la cabeza cortada sobre una bandeja llevada por un soldado sombrío. Mientras las mujeres miraban a su alrededor, la puerta de cristal deslustrado se abrió. La madre tutora acompañó a Mimma y, haciendo una pequeña

reverencia, se retiró.

Mimma estaba cambiada: tenía los ojos demacrados de llevar días sin dormir, la cara hinchada, el vestido roto y los zapatos sucios. Sintiendo lástima por su desgraciada nieta, doña Marianna se levantó para ir a su encuentro. Mimma estaba inmóvil al lado de la puerta. Miraba a sus familiares, pero era como si no las estuviera viendo.

Después, en un silencio irreal, llorando, preguntó:

—Pero ¿por qué lo habéis hecho..., por qué? —Doña Marianna se le acercó con un pañuelo para secarle las lágrimas, pero la joven le separó la mano con desdén y, mirándola fijamente a los ojos, repitió—: ¿Por qué?

—Lo hemos hecho por tu bien —respondió doña Marianna con un hilo de voz. —No teníamos elección. ¡Todo el barrio habla de tu huida!

—¡Pero qué huida! —gritó Mimma—. ¡Secuestro se llama! ¡Secuestro de persona, no huida!

—Mira, Mimma —dijo con tono persuasivo doña Marianna—, ahora ya el daño está hecho y para hacer callar las malas lenguas tienes que casarte con Vito Caronia.

—¡No hay ninguna lengua que hacer callar! —empezó a gritar Mimma bajo los aterrizados ojos de las hermanas—. ¡Aquel cerdo ni siquiera me ha rozado con un dedo! ¡He estado atada a una silla todo el tiempo!

Concetta se aventuró tímidamente:

—Sí, Mimma, pero la gente...

Mimma la interrumpió rápido:

—¡No me importa nada lo que diga la gente! Yo no puedo vivir según la gente dice o piensa, ¿lo habéis entendido? —La joven estaba fuera de sí.

Concetta se armó de valor.

—¡Mimma, razona! ¡Este es nuestro mundo, nuestra realidad, nuestro país, y tú, quieras o no quieras, te tienes que adaptar!

—¿Y yo qué tengo que hacer? —gritó Mimma—. ¡Os habéis vuelto locos! Entonces, según vosotros, yo debo casarme con aquel ser baboso y asqueroso..., ¡y pensáis realmente que podréis convencerme!

Doña Marianna esta vez intervino de un modo autoritario:

—¡Mimma, tú eres todavía menor y tu abuelo ha dicho que o te casas con Caronia o te quedas encerrada en el convento para toda la vida!

—¡Ah! ¡Bien!... ¡Muy bonito!... ¡Interesante! ¿Entonces sabéis qué os digo? ¡Mejor monja que casarme con aquel asqueroso! —Mimma no paraba de gritar: estaba enfadada y enfurecida.

Doña Marianna asumió un tono un poco más sosegado.

—¡Pero nosotros lo hacemos por ti!

A Mimma entonces le superó la rabia y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Vosotros no estáis haciendo nada por mí! ¡Nada! Lo hacéis por vuestro nombre y vuestro honor. —Los sollozos se mezclaron con la ira—. Fuera..., ¡fuera! ¡No quiero volver a veros!

La puerta de la sala se abrió de golpe y entró la madre superiora con otras monjas que la seguían.

—¡Hablad más flojo, por el amor de Dios! ¡Estamos en un convento, no en un mercado! —dijo haciendo señales a las tres mujeres para que salieran.

Mimma, mientras, se había derrumbado sobre una silla, había apoyado la cabeza sobre la

mesa y lloraba desconsoladamente. Una de las monjas más jóvenes se le acercó y la abrazó por la espalda para consolarla.

\* \* \*

Giovanni volvió hecho una furia al cuartel y, tras encargar a Baldini que cuidara de los caballos, fue a toda velocidad al despacho del mariscal Contini. Llamó a la puerta y cuando oyó «Adelante» entró. Su expresión dura hizo entender al mariscal que era la hora de la verdad. Contini sabía que para el brigadier no era un buen momento y que pronto no lo sería tampoco para él.

—Dime, Giovanni... —empezó a decir con tono paternal. No le llamó por grado ni por apellido.

—Pero ¿se da cuenta, mariscal? —explotó Giovanni—. ¡Estos ignorantes, analfabetos y retrógrados han metido a Mimma en un convento! Y, además, ¿han puesto una denuncia? ¡No! ¡No lo han hecho! ¡Es como yo digo, aquí son todos, digo todos, mafiosos, unidos los unos a los otros, y entre ellos no se muerden nunca, nunca! ¡Se dediquen a lo que se dediquen, en el bien o en el mal, son todos mafiosos! —Era como una avalancha.

El mariscal Contini, piamontés de Moncalieri, lo miraba y asentía porque entendía su rabia y su arrebato.

—Tagliarini, siéntate —ordenó entonces, hablándole con un tono sosegado. Giovanni se sentó enfrente del escritorio—. Mira, Giovanni, de momento la denuncia tiene muchas posibilidades porque hemos intervenido nosotros y los cargos por los que se imputa a Vito Caronia y a sus compinches son muy graves: secuestro de persona, asociación para delinquir, violencia privada, tenencia de armas abusiva, resistencia a oficial público, amenaza a mano armada y, si queremos, otras tres o cuatro imputaciones menores. ¡Como mínimo son veinte o treinta años encerrado en la cárcel! Por lo que respecta a tu prometida, querido Giovanni, ¡estamos en Sicilia! Yo la otra noche quise evitar explicarte cómo van las cosas aquí, pero ahora es el momento de contarte la verdad: tú para aquella chica ya no vas bien.

Giovanni tomó el turno de palabra.

—¿Qué quiere decir? ¡Todo esto es absurdo! Ella me ama y yo la amo, ¿entonces qué significa que ya no voy bien?

Contini suspiró pacientemente.

—¡Aquí razonan así! No se puede hacer nada, ¿entendido, Tagliarini?

—Pero ¿entonces?... —la pregunta de Giovanni se quedó en el aire.

—¡Entonces intenta olvidarla! —concluyó el mariscal Contini y, para evitar que Giovanni pudiera replicar, se levantó, le dejó solo para que pensara y salió del despacho, poniéndose a hablar enseguida con el carabinero Coletti en el pasillo—. Coletti: aquella denuncia del robo de las vacas...

## 12

Habían pasado algunos meses después de aquellos tristes acontecimientos y el proceso Caronia, aunque instruido para juicio rápido, se había alargado. En efecto, no todos los testigos habían sido valorados; por ejemplo, la víctima del secuestro no se había presentado nunca a atestiguar, tampoco sus familiares, aferrándose al hecho de no haber puesto nunca denuncia alguna. Para ellos el secuestro era solo un incidente, lo que en Sicilia se consideraba una banal huida acordada, ¿así que para qué habría servido una denuncia? Total, ¡al final se casarían y aquí paz y después gloria! Pero el proceso de todos modos había tomado otros caminos: los carabineros habían intervenido en las acusaciones y se había actuado de oficio.

De Mimma nadie había sabido nada más, excepto su hermana pequeña Luisa, que frecuentemente hacía visitas furtivas al convento; de hecho, ¡había sido precisamente Mimma la que pidió expresamente ver solo a Luisa! En la casa de Tano Lupo reinaba una tristeza palpable desde hacía meses; aquella casa, una vez llena de alegría gracias a Mimma y a Luisa, ahora era una guarida lacrimosa y llena de dudas.

Una noche, después de una modesta cena, don Tano se retiró a la habitación, encendió una vela en la mesita de noche y, estirado en la cama, se quedó mirando el techo preguntándose qué iba a hacer: era un momento delicado y las decisiones que había que tomar eran difíciles. Mientras estaba pensando, la puerta de la habitación se abrió y entró doña Marianna.

—Tano..., ¿qué te pasa, por qué no duermes?

El marido la miró con semblante muy serio, el rostro surcado por los años ahora parecía una máscara de dolor.

—¡Ya sabes por qué no duermo, Marianna! —exclamó.

—¿Ha acabado ya el proceso?

—Sí, este mediodía —respondió don Tano.

—¿Y cómo ha ido?

—¿Cómo quieres que haya ido? ¡Mal! Como tenía antecedentes penales, ¡le han caído veintiséis años y sin condicional! Está principalmente el secuestro de persona y después un montón de imputaciones. El juez ha estado hablando durante un cuarto de hora.

Doña Marianna permaneció con la cabeza baja, inmóvil como una estatua, sin mover ni un músculo.

—¿Y ahora? —preguntó tras un largo silencio.

—El abogado de Caronia ha recurrido la sentencia. Espera que nosotros intervengamos para atestiguar a su favor —respondió don Tano.

—Tano, ¿qué significa? ¿Qué atestigüaremos a favor de Caronia? ¿Nosotros? —Doña

Marianna parecía despertar de un doloroso estupor.

—Si Mimma decide casarse con él, todo puede volver a la normalidad —explicó don Tano.

La mujer se sentó a un lado de la cama.

—Y si Mimma no decide eso, ¿qué pretendes hacer? ¿Tenerla encerrada en el convento durante veintiséis años?

—Si decide no casarse con él..., ¡no, si hace eso pasará el resto de su vida en el convento! —exclamó don Tano decidido—. ¡Tenemos una reputación y debemos mantener la dignidad y el honor!

Doña Marianna sabía que el tema estaba candente y fingió no entender nada; permaneció en silencio y empezó a desnudarse para meterse en la cama con la única esperanza de que la noche trajera buenos consejos.

A la mañana siguiente, don Tano esperaba en la puerta del almacén del establo al doctor Notarbartolo, un notable de Palermo que estaba por la zona para comprar carruajes de época para el museo Pitré, famoso por su riqueza en obras de la cultura siciliana y de toda la zona meridional de Italia. El doctor Notarbartolo llegó con sus asistentes y, tras los debidos saludos, don Tano le mostró las carrozas que quería vender: dos espléndidas cupé que habían pertenecido a la princesa de Salina y Lampedusa y antes de eso a la noble familia napolitana borbona de los Caracciolo.

—Son dos buenas piezas —comentó el doctor Notarbartolo.

—Querido doctor, ¡carrozas rarísimas! Y, como puede observar, en perfecto estado —rebató don Tano.

—En efecto, son dos piezas que nos faltan para la colección. Pero no diría que se encuentran en perfecto estado. Querido don Tano, tienen mucho trabajo por hacer. De todas maneras, ¡debe saber que no puedo ofrecerle más de mil liras!

—¡Pero, doctor, valen al menos el triple! —insistió don Tano.

—Lo siento, pero, por desgracia, ¡no hay tanto dinero! ¡Esta es mi última oferta y le aseguro que para nosotros es incluso demasiado! —Y así el doctor Notarbartolo cerró la negociación.

Don Tano habría querido darle un puñetazo. Sí hay dinero..., claro que lo hay. El museo Pitré es rico y detrás tiene hombres y mujeres de la nobleza muy ricos de la clase alta de Palermo, pero el doctor Notarbartolo debe ser uno de esos que compra por diez y a la dirección le dice que ha comprado por cien, pensó, mirando en silencio sus dos carrozas en perfecto estado. Nadie las cuidaba y limpiaba como él: las partes de madera, las ruedas, los acabados en cuero..., ¡todo estaba mantenido perfectamente!

Observó bien al doctor Notarbartolo: un tipo bajito, sin pelo, redondo, gris, cara y ojos listos de lobo, un hombre que se enriquecía con el dinero de los demás. Hizo una mueca como diciendo: «¡De acuerdo, necesito el dinero!».

El doctor sacó de su sucia bolsa un fajo de billetes y se lo dio a don Tano.

—¡Señor Lupo, son mil liras exactas! ¿Las quiere contar? —preguntó mirándole fijamente.

—¡Me fio, doctor Notarbartolo, me fio! ¡Sé que es usted un caballero! —Don Tano pensaba precisamente todo lo contrario: «¿Para qué voy a contarlas? ¡Este cornudo ha salido de su casa con el dinero contado!».

—Entonces, al mediodía mando a los mensajeros a recogerlas. ¿A qué hora podemos venir? —preguntó Notarbartolo.

—¡Cuando quiera! ¡Yo estaré aquí! ¡Cuando quiera! —respondió don Tano, que no veía la

hora de quitarse de la vista a aquel gusano, mientras le acompañaba a la puerta junto a sus esbirros.

Los tres salieron, subieron a un espléndido Lancia y se pusieron en marcha. Don Tano siguió con la mirada al coche hasta que desapareció detrás de la esquina de la plaza. Después, mirando el dinero, pensó: «¡Ya..., no tienen dinero, pero compran esos coches lujosos! ¡Mentirosos y ladrones!».

Por la tarde, en el establo, ayudó a los dos mensajeros del museo a atar a los caballos a las carrozas. El trasiego y las voces agitadas habían despertado la curiosidad de doña Marianna, que apareció en el momento en el que las cupé estaban saliendo a la calle. Se acercó a don Tano, que, quieto en la puerta, las veía alejarse con inmenso arrepentimiento, y preguntó:

—Pero ¿por qué las has vendido?

—¡Ah! —dijo don Tano y miró a la mujer dulcemente, pensando en los buenos momentos vividos juntos. Marianna ahora era una «ancianita», pero cuando la conoció, hacía ya tantos años, en aquel campo de trigo en plena siega donde él transportaba los fajos con el carro, era preciosa. Ella corría para encontrarse con él llevando agua fresca para beber porque era la chica que llevaba el agua a los segadores. Se había enamorado de aquella chica, bella como una porcelana de Capodimonte y fuerte como el acero, mujer de cultura campesina y fémica con gran carácter popular. ¡Menudo fenómeno, Marianna! Cincuenta kilos de mujer y era como el Etna, un volcán en todas las ocasiones y en cada momento. Sabía que en su vejez no merecía ese dolor—. Marianna, necesitamos el dinero. ¡Necesitamos tanto dinero!

Doña Marianna no lo entendió.

—¿Dinero? ¿Y qué tienes que hacer con ese dinero?

Don Tano hizo un gesto con la mano como para indicar algo abstracto, una hipérbole, y volviéndose para cerrar la puerta del establo, vio a Gaspare, el yerno, al fondo de la plaza, junto a un distinguido señor con un maletín inflado y pesado. Se acercaban a paso ligero al establo. Dejó la puerta abierta y le dijo a doña Marianna:

—¡Aquí lo tienes! ¡Ahora verás para qué sirve el dinero!

—Papá, mamá..., este es el abogado de Vito Caronia —anunció Gaspare cuando les alcanzó.

Doña Marianna miró primero a Gaspare, después a don Tano, y no entendía nada. «¿Pero qué? ¿El abogado de Caronia en nuestra casa? ¿Por qué?», pensó.

El abogado era un tipo de unos cincuenta años, alto y delgado. Vestido de oscuro, parecía más un empresario de pompas fúnebres que un abogado. Se presentó.

—Disculpe, soy el abogado Cangialosi, el defensor de Vito Caronia. ¡Encantado de conocerles! —Estrechó la mano a don Tano y a doña Marianna, después señaló con la cabeza hacia la plaza y dijo—: He visto las carrozas que acaban de salir de su propiedad... ¡Estupendas! ¿Son tuyas?

Don Tano mintió avergonzado.

—No, ¡son de un amigo! ¡Se las he estado guardando una temporada en el almacén y ahora ha vuelto a recogerlas!

—¡Ah, entiendo..., preciosas, preciosas de verdad!

Doña Mariana estaba inmóvil, no entendía la presencia de un abogado, sobre todo de aquel abogado en particular. Pero había entendido que tanto el marido como Gaspare estaban al corriente de todo. De hecho, habían preparado ellos el encuentro.

Don Tano abrió la pequeña puerta que conectaba el establo con la casa.

—Por favor, abogado, acomódese. —El abogado cedió amablemente el paso a doña Marianna, después entró seguido por don Tano y Gaspare y le hicieron sentar a la mesa—. Abogado, ¿qué le apetece tomar? —preguntó el dueño de la casa.

—¡Nada, don Tano, no se moleste!

Don Tano insistió.

—¿Al menos un vaso de moscatel de Pantelleria puede aceptarlo?

Presionado, el abogado respondió:

—¡Vaya por el moscatel!

Entonces doña Marianna sacó del aparador una bandeja, vasos y una botella de cristal deslustrado con un oloroso licor aromatizado.

—¡Verá qué bueno, abogado! ¡Este viene de Pantelleria! ¡Es original! —dijo don Tano.

Doña Marianna sirvió el moscatel y miró con curiosidad al marido, que movió ligeramente la cabeza como diciendo que todo estaba bajo control y que ahora lo entendería todo.

El abogado tomó un sorbo de vino y empezó un largo discurso.

—Como seguramente saben, han condenado a Vito Caronia a veintiséis años de cárcel. Ahora hemos recurrido la sentencia. De todos modos, con imputaciones tan graves, no conseguiremos nada. La única solución posible para poner las cosas en su lugar es que la señorita Mimma vaya a testimoniar a favor de Caronia para atenuar todo lo que se ha dicho en contra de él. La corte, considerando su testimonio y el arrepentimiento de mi defendido, podría reducir la pena o incluso absolverlo. Aquí está una declaración escrita por su puño y letra. —Sacó del maletín una hoja escrita y firmada con una caligrafía de pata de gallina[21]—. El señor Vito Caronia se compromete a casarse inmediatamente con su nieta Domenica Lupo. Ahora les toca decidir a ustedes.

—Pero, disculpe, abogado, ¿según usted, la corte creará a Mimma? —preguntó don Tano.

—Haremos que se lo crea. Ya inventaremos algo...

Llegados a ese punto, doña Marianna entendió de qué iba el complot.

—¿Y cómo convencemos a Mimma para que diga algo que no es verdad?

El abogado se volvió hacia la mujer.

—Querida señora, esta es la única solución posible para arreglar la situación. ¡Caronia sale de la cárcel, su nieta sale del convento y conseguimos un buen matrimonio!

Doña Marianna, que se acordaba de la reacción de Mimma en su primera visita, negó con la cabeza. Luego le dijo al abogado:

—Hablaré con la madre superiora, espero que al menos ella sea capaz de convencerla.

—Bien, señora, esperemos que sea así. ¡Será lo mejor! Empiecen diciéndole a la madre superiora que la convenza y después, pasados unos días, iré yo también a hablar con ella. Ahora debo irme. ¡Trabajo, siempre trabajo, querido don Tano! —Se levantó y se puso el maletín bajo el brazo—. Gracias por el moscatel, ¡exquisito de veras! ¡Hasta pronto, entonces!

Gaspare se le adelantó rápidamente, le abrió la puerta de casa y se despidió.

—¡Gracias, abogado! ¡Nos vemos pronto, y gracias de nuevo!

Cuando Gaspare cerró la puerta, doña Marianna explotó:

—Pero ¿gracias de qué? Gaspare, ¿eres imbécil? ¡Aquel está intentando salvar al podrido de Vito Caronia! ¡Nos tiene cogidos del cuello! ¡Sabe que tiene el cuchillo por el mango y si no

aceptamos sus condiciones nuestra Mimma tendrá que convertirse de verdad en monja o expatriarse a América porque aquí su vida se ha acabado!

Gaspare la miró enmudecido y pensó: «¡Diablos, qué carácter!».

Don Tano, por el contrario, estaba en silencio: conocía a su Marianna y sabía que cuando se enfadaba de verdad era una leona. Luego se armó de valor.

—Pero, Marianna..., ¿tenemos alguna otra opción?

Doña Marianna se calmó de golpe, miró a los dos hombres y, con un hilo de voz, desprovista de cualquier rastro de orgullo, dijo:

—No..., pero antes de entregar a nuestro ángel a aquel degenerado, casi casi... ¡mejor monja!

—Salió de la habitación dando un portazo.

Los dos hombres se miraron y se sentaron sin proferir palabra, encerrados en la tristeza de sus propios pensamientos.



## 13

La obligada vida en el convento transcurría entre oraciones, lágrimas y noches de insomnio. Mimma pensaba en su Giovanni, al que hacía ya tanto tiempo que no veía, y en otras cosas: a lo mejor le habían trasladado, ¡a lo mejor la había olvidado!

La pobre no sabía que, a pocos kilómetros del convento, el desafortunado brigadier estaba destrozado porque su amada había sido encerrada de una manera tan injusta. Pero lo más grave era que ya no podría casarse con ella, a menos que no huyeran también ellos, esta vez con el consentimiento de Mimma, ¡y se escaparan al norte de Italia! ¿Y el Arma? ¿La carrera? ¿El reglamento? También Giovanni estaba en un callejón sin salida. Habría podido dejar el cuerpo, pero también en ese caso habrían tenido problemas. Ahora ya había firmado y no había salida: un carabinero solo podía liberarse de su contrato firmado con el Ejército Real por enfermedad grave y no era el caso, porque Giovanni gozaba de una óptima salud física, ¡lo único que tenía grave era la melancolía!

Cada mañana, Mimma iba a la capilla. Estaba demacrada y pálida, siempre encerrada, y tenía que conformarse con el poco sol que tomaba en el pequeño claustro. Paseaba por el convento con un hábito de novicia, calcetines de lana blanca y sandalias. Con el cabello recogido y aquel hábito parecía una verdadera novicia.

Un día, mientras recitaba el rosario con el resto de hermanas, como siempre absorta en sus plegarias, la madre superiora se sentó a su lado. Mimma notó que miraba extasiada el crucifijo, perdida en sus propios pensamientos. ¿Estará pidiendo un milagro?, pensó. Terminado el rosario, las hermanas se levantaron todas a la vez y salieron de la capilla. También Mimma hizo ademán de levantarse, pero la superiora la retuvo por el brazo en el banco a su lado.

—¿Por qué no te decides? —dijo sin dejar de mirar el crucifijo.

Mimma no la entendió y pensó: «¿Habla conmigo o con Jesús?». En la capilla ya solo estaban ellas dos.

La madre superiora desvió la mirada del crucifijo para dirigirla hacia ella.

—¡Hablo contigo!

—¿Conmigo?

—Sí, Mimma, ¡precisamente contigo! ¿Por qué no te decides a casarte con Vito Caronia?

Mimma estaba estupefacta. Aquella santa mujer, que no le había dirigido nunca la palabra, ahora estaba allí para convencerla. Eso no es para nada de su incumbencia, pensó mientras se le asomaba una lágrima.

—Madre, sepa que yo no amo a aquel hombre y que no le amaré nunca —exclamó.

La madre superiora le pasó maternalmente una mano por la espalda.

—¿Prefieres tal vez pasar el resto de tu vida encerrada en un convento como este sin haber recibido la llamada del Señor? —Mimma empezó a sollozar—. No lo hagas. ¿Crees que esta es una vida fácil? Te aseguro que es durísima, ¡llena de renunciaciones y de lágrimas! Yo también, como tú, viví un calvario. ¡Tuve que elegir entre casarme con un hombre al que no amaba, impuesto por mi padre por cuestiones económicas y de nobleza, o el convento! Elegí el convento, pero ¡si pudiera volver atrás, cerraría los ojos y con los dientes apretados elegiría la primera solución, hija mía!

Ahora Mimma lloraba desconsoladamente e intentaba secarse las lágrimas con un pañuelo. Después se levantó, miró a la madre superiora y, antes de salir de la capilla, exclamó:

—Madre, ¿cómo podría vivir toda la vida con aquel hombre sin corazón que ha arruinado mi existencia? Yo no le conozco y no sé quién es. ¿Por qué también usted se niega a entenderlo? —Se fue corriendo sollozando.

Cuando se quedó sola, la madre superiora se puso de rodillas, se santiguó y empezó a rezar otra vez.

\* \* \*

Algunos días más tarde, el abogado Cangialosi se presentó en la puerta del convento de las capuchinas. Preguntó a la monja tutora por la señorita Lupo y le hicieron acomodar en el locutorio. Se sentó, abrió el maletín, sacó unos papeles y una estilográfica y esperó.

Mimma estaba en la iglesia, concentrada en las oraciones de mediodía. La monja tutora se le acercó y le susurró:

—Tienes una visita esperando en el locutorio.

Mimma la miró y con un hilo de voz preguntó:

—¿Quién es?

La monja levantó los hombros como diciendo: «¿Y yo qué sé?».

Mimma se metió el rosario en el bolsillo y, sin hacer ruido para no molestar al resto de hermanas, se levantó del banco y siguió a la monja tutora. Aún no había salido de la capilla cuando la madre superiora, habiendo visto la situación, se levantó también, se metió por una pequeña puerta que había al lado del altar y desapareció.

Mimma estaba ansiosa. Recorrió el largo pasillo para llegar al locutorio. No sabía todavía quién la estaba esperando, pero anhelaba solo una cosa..., siempre la misma: ¡ver a Giovanni! Desde el otro extremo, la madre superiora fue a su encuentro con paso veloz, tanto que llegaron juntas a la puerta del locutorio. ¿Y ahora qué quiere?, pensó Mimma, empezando a sospechar. La otra no dijo nada, hizo irse a la monja tutora con una señal de la mano, después miró a Mimma y entre las dos mujeres hubo un largo y expresivo silencio: dos realidades y generaciones diferentes. La monja alzó la ceja, una invitación silenciosa para entrar. Mimma abrió, la hizo pasar primero a ella, después entró también y cerró la puerta a sus espaldas.

El abogado se puso en pie de un salto. No se esperaba dos monjas y, sobre todo, no se esperaba a la madre superiora, a la que reconoció por el crucifijo de plata que llevaba en el pecho.

—¡Buenas noches, madre! ¡Buenas noches, hermana! —dijo.

—No soy una monja —respondió con fuerza Mimma, que todavía no conocía a aquel hombre, pero que decididamente no le gustaba: demasiado serio y larguirucho. El traje negro, aquel maletín y los folios encima de la mesa le hicieron pensar que se trataba de un empleado de pompas fúnebres.

El abogado la miró mejor.

—Disculpe, usted debe ser la señorita Domenica Lupo, ¿o me equivoco?

—¡No se equivoca para nada! —confirmó Mimma, cada vez sospechando más—. ¿Y usted, si puede saberse?

—Soy el abogado Cangialosi.

Mimma se acercó a la mesa bajo la atenta y protectora mirada de la madre superiora.

—¡No he pedido ningún abogado! ¿Qué quiere? —Mimma hablaba sarcásticamente y estaba muy irritada.

El abogado se puso a la defensiva.

—¡Mire, señorita Lupo, que yo estoy aquí única y exclusivamente para ayudarles y, sobre todo, para sacarla de este convento y de este lío! Es una muchacha inteligente y habrá entendido por qué estoy aquí, ¿no?

Mimma apoyó las manos sobre la mesa y, trastornada y con el rostro rojo, estaba a punto de explotar.

—Cálmate, Mimma, recuerda dónde estamos —intervino la madre superiora.

Mimma la miró en silencio, después se volvió hacia el abogado.

—Entonces, dígame, abogado..., ¡dígame! Ahora que estoy empezando a entender a quién intenta defender, ¿cómo me sacaría de este lío? ¿Tal vez convenciéndome para que me case con aquel podrido, aquel bastardo que me ha arruinado la vida?

El abogado se quedó sorprendido, no se esperaba una chica con tanto valor. Habría querido hacer un discurso un poco retórico, pero, viendo la reacción, decidió hablar claro.

—Sí, soy el abogado del señor Caronia, estimada señorita Lupo, ¡y puede hacer lo que usted prefiera! Puede también hacerse monja, si quiere, pero para todos, a estas alturas, ¡es la esposa de Vito Caronia! Esto métaselo bien en la cabeza. Aunque decidiera quedarse aquí, la mirarían con ojos distintos incluso las propias hermanas de este convento, porque, sea verdad o no, ya no es una mujer..., cómo decirlo..., ¡pura!

—¡Yo soy pura y todavía tal y como me hizo mi madre! ¡Yo soy purísima, mi querido abogado! —lo agredió Mimma.

El abogado sonrió con ironía.

—¡Ah, yo la creo, señorita Lupo, la creo, cómo no! Pero vaya usted a contarlo ahí fuera y después, si lo consigue, demuéstrelo. ¡Vaya, vaya a demostrarlo!

Astuta, la madre superiora observaba el espectáculo en religioso silencio, negando de vez en cuando con la cabeza.

Sintiéndose cada vez más airada e impotente, con la amargura tomando el control, Mimma empezó a llorar y, entre lágrimas, casi le gritaba al abogado:

—¡Yo amo a Giovanni, no a aquel podrido! ¡No quiero casarme con él! ¡No quiero al asqueroso de Caronia!

El abogado bajó el tono de voz, se volvió más paternal y humano.

—Señorita Domenica, yo la comprendo o, mejor dicho, intento comprenderla. Por desgracia, no tiene elección. ¡A mi cliente le han condenado a una pena de veintiséis años en primera instancia! Hemos recurrido la sentencia y esta vez, como aún no ha hecho los votos para ser monja, seguramente será llamada para dar testimonio, y, créame, si no quiere permanecer encerrada en este convento el resto de su vida, ¡venga a atestiguar por su propia voluntad! ¡No tiene elección! ¡Si decide hacerlo, todo se arreglará! ¡No tiene que hacer nada más que cambiar la versión de los hechos!

Mimma estaba destrozada de dolor. Se sentó, se llevó las manos a la cara y, llorando, con un hilo de voz, dijo:

—¿Debería mentir? Yo no he mentido nunca... ¡y nunca lo haré!

El abogado se sentó a su lado.

—¡Pero esta vez tiene que mentir por una buena razón! ¡Su abuelo, el bueno de don Tano, ha vendido dos carrozas y un par de caballos para pagarme! Hágalo también por su familia, ¡escúcheme! Hágase fuerte y encuentre el valor para afrontar también este momento. ¡Convéznase! Y ahora, discúlpenme, debo irme. Pensaba que podría firmar unas declaraciones, pero veo que no es el momento. Nos veremos pronto, señorita Lupo, gracias.

El abogado volvió a meter los papeles en el maletín y se dirigió a la salida del locutorio. Se despidió educadamente de la madre superiora, que llamó a la monja tutora para que le acompañara a la entrada. Antes de salir de la sala, el abogado se volvió una vez más hacia la muchacha, sentada con la cabeza apoyada en el antebrazo.

—¡Buenas noches, señorita Domenica! ¡Piense en ello! ¡Piense en ello!

Cuando el abogado y la monja tutora se fueron, la madre superiora se acercó a Mimma, le acarició el cabello y se fue también ella, dejándola sola con su triste decisión.

Al anoecer de aquel mismo día, en la cocina del convento, la angustiada Mimma estaba limpiando ollas junto a dos novicias. De repente entró la madre superiora y se dirigió con paso decidido hacia un mueble que usaban como aparador. Abrió un cajón y buscó algo, después abrió otro y todavía otro más. Las chicas se pararon para observarla y pensaron: «¿Por qué está revolviéndolo todo? ¿Qué estará buscando?».

La madre superiora se volvió hacia ellas y preguntó a Mimma:

—Mimma, ¿has visto mi rosario? Lo había dejado aquí...

Mimma señaló uno de los cajones que la madre superiora no había abierto todavía.

—Creo haberlo visto ahí dentro.

La monja abrió el cajón, lo revolvió y, en una esquina, cubierto por una servilleta, encontró el rosario. Una vez recuperado el objeto, estaba a punto de salir de la cocina cuando, en la puerta, se dio la vuelta y dijo:

—¿Queréis que mande a alguien para que os ayude?

—No, madre, ¡ya casi hemos terminado! ¡Gracias de todos modos! —respondió Mimma, dejando notar que estaba intentando decirle otra cosa.

—De acuerdo, entonces yo me voy... Nos vemos en la iglesia para las oraciones de la noche.

—La madre superiora se alejó por el pasillo. Tras pocos pasos, oyó que alguien corría detrás de ella. Se volvió y vio que se trataba de Mimma.

—Madre...

—Dime...

—No consigo entenderlo. Me han pedido que mintiera y usted no ha intervenido. ¿Por qué?

La madre superiora la miró fijamente. Entre las dos mujeres se hizo un silencio pesadísimo; entonces la madre superiora tomó las manos de Mimma entre las suyas y dijo:

—Mira, hija mía, sé que mentir es pecado, venial, sí, ¡pero siempre un pecado! ¡Pero el buen Dios entiende y perdona cuando un pecado venial se comete por una buena causa! Reflexiona un poco más, ¡después podrás decidir! ¡Ahora permite que me vaya porque las hermanas me esperan para el rosario! Y, por favor, ¡apresuraos y venid pronto a la iglesia!

Se fue y Mimma se quedó en el pasillo, pensando, con la mirada perdida en el vacío.

## 14

Ciertas decisiones no se podían tomar en poco tiempo, y así pasaron los días y también los meses. Y meses pasaron realmente muchos. Durante aquel largo periodo, Mimma permaneció en el convento y Giovanni, cada vez más desesperado, casi se había resignado, tanto como para pedir el traslado a Roma. Vito Caronia, por su lado, estaba encerrado en prisión a la espera del proceso de apelación.

Algunos días antes, un alguacil del tribunal llamó a la puerta del convento y entregó en mano a la monja tutora la orden de comparecencia para la señorita Domenica Lupo por su implicación en el caso Caronia, tanto como testimonio con información de los hechos como por ser víctima de los mismos, aunque no querellante, del secuestro de persona. Mimma ahora estaba obligada a prestar declaración; la hoja de comparecencia lo decía claro: tenía que presentarse, ¡orden del tribunal!

El otoño estaba ya en puertas y el aire era más fresco. Finalmente, el día de la comparecencia había llegado y Luisa había llevado a Mimma algo de ropa un poco más de abrigo: un vestido de lana color crema y un plumón gris oscuro. La joven estaba sentada en el locutorio con la madre superiora a su lado. Las dos mujeres permanecían en silencio y cada una pensando en sus cosas: la madre superiora, concentrada en recitar en silencio el rosario; Mimma, en la tensa espera de que la vinieran a buscar para llevarla al tribunal.

El ruido de un motor de coche que se detenía bajo las ventanas del convento la hizo ponerse de pie de un salto. El motor se paró y alguien llamó a la puerta. Unos instantes más tarde, la tutora apareció en el locutorio y dijo:

—Mimma, ha llegado el abogado. ¡Es hora de irse!

La madre superiora apartó a Mimma a un lado.

—Por favor, piensa bien lo que haces y lo que dices.

Se santiguó y acompañó a la joven hasta la puerta donde esperaba el abogado Cangialosi con el traje negro de siempre. Pero ¿tiene solo un traje o es que son todos negros?, pensó Mimma. A pesar del momento, casi le entraron ganas de echarse a reír.

El abogado la saludó educadamente y la hizo subir al coche. Hacía meses que Mimma no salía del convento. ¡Qué hermoso ver cómo era el exterior! ¡Qué placer! Tal vez un poco amargo, ¡pero siempre una hermosa sensación!, pensó. El trayecto no fue ni corto ni largo, ¡pero para Mimma resultó interminable! Permaneció todo el camino en silencio y con la mirada perdida y triste. Tampoco el abogado tenía ganas de hablar. No habría sabido qué decir, porque lo que estaba sucediendo era seguramente un error aunque fuera necesario hacerlo. Llevar a Mimma al tribunal era como llevarla a la picota, exponerla a las burlas de vagos y curiosos que solían llenar todos los espacios de la sala del tribunal destinados al público. Los amigos de Caronia se habían

movido bien y habían difundido la noticia de que la huida de Vito y Mimma había sido consensuada. Todos los chismosos de la ciudad vendrían a disfrutar del espectáculo de la chica impura, la chica que se había manchado con la grave culpa de haber sido secuestrada por Vito Caronia y no haber atestiguado a favor de su hombre para que no le condenaran.

Delante del Palacio de Justicia, el abogado le abrió la puerta para que bajara y la escoltó dentro. Las caras que la miraron a lo largo del pasillo hacia la sala lo decían todo. Malditos curiosos..., ¡carroñeros! ¡Todos esperando para devorarme!, pensó. En la puerta de la sala, el abogado se paró, llamó a un alguacil y le susurró algo al oído.

—¡Haga lo que el corazón le dicte! —dijo entonces a Mimma—. ¡Yo no me veo capaz de decirle nada! ¡No quiero tener que arrepentirme por su infelicidad el resto de mi vida! ¡Llegados a este punto, le digo solo que haga lo que considere oportuno! Ahora siéntese aquí con este señor. En un rato vendrán a llamarla y la llevarán dentro. Intente relajarse, ¿de acuerdo?

Mimma asintió y, retorciendo nerviosamente el pañuelo que tenía entre las manos, se sentó en el banco, al lado del viejo alguacil.

—¿Usted es testigo? ¡No tenga miedo! ¡Es una cosa de nada! —le dijo este con tono paternal. Mimma asintió con la cabeza—. Y entonces... ¿qué miedo va a tener? ¡No sabe cuántos testigos he visto pasar yo! ¡Van y vienen continuamente!; al principio están todos asustados y después ven que no pasa nada.

Pero el anciano no sabía lo que hervía en el corazón y la mente de Mimma. Ella no era un testigo cualquiera. Por desgracia, era el testigo que decidiría, para bien o para mal, la suerte de Caronia. Pasaron algunos largos minutos cuando de la puerta de la sala salió un alguacil delgado y pálido que con un hilo de voz preguntó:

—¿Es usted la señorita Domenica Lupo? —Mimma asintió—. Se lo ruego, ¡pase por aquí!

Mimma se levantó y le siguió con las piernas temblando y la boca seca. Tenía una sed tremenda y sobre todo pánico a encontrarse con la mirada de Vito Caronia. La sala estaba llena de gente, rostros desconocidos y otros, en cambio, muy conocidos. Lo primero que advirtió fue a los dos carabineros vestidos de uniforme a ambos lados del estrado del juez. Uno de ellos era su Giovanni y esto le provocó una enorme emoción y le hizo latir el corazón descontroladamente. El otro era su fiel amigo, el apuntado Baldini.

Entre la gente, estaba su familia..., el abuelo, la abuela, Concetta con su marido..., las chicas del taller con doña Ciccina, que se secaba los ojos con un pañuelo bordado, y también el maestro Antonio 'U Canigghiaru. ¡Están todos!, pensó. Se quedó bloqueada en la puerta. No quería seguir andando, pero el alguacil se volvió y le dijo:

—Por favor, señorita, no tenga miedo, yo la acompaño, venga...

Volvió a caminar muy despacio. Habría querido desaparecer, ¡hundirse en un agujero! Bajó la mirada y, siguiendo los tacones del alguacil, continuó hacia el banco de los testigos. Aquí el hombre abrió la pequeña puerta y ella subió los dos escalones y se sentó. Mantenía la mirada baja y con las manos en la barriga retorció el pañuelo. Su familia estaba sentada en primera fila. En cuanto a los demás, estaban todos a la espera de quién sabe qué verdad: ¿qué diría aquel testigo tan importante, que era también víctima del delito y que no había interpuesto ninguna denuncia? Un verdadero entresijo. El silencio lo rompía solo un ligero murmullo. Al lado del presidente había dos jueces evaluadores y dos jueces populares. Vito Caronia, escoltado por dos funcionarios de prisiones, estaba en la habitación de los acusados situada en el lateral izquierdo de la sala. El

presidente leía y apilaba en una esquina algunos papeles, otros los dejaba delante. Entonces levantó la mirada, observó al numeroso público, dio un par de golpes con el mazo y, finalmente, su voz ronca irrumpió en la sala.

—En nombre de su majestad Vittorio Emanuele III y del pueblo italiano, se inicia la instrucción del proceso de apelación contra Vito Caronia. Los querellantes son: el pueblo italiano y el Arma Real de los Carabineros. —Un momento de pausa, entonces el juez bajó la mirada—. ¿Están presentes ambas partes? Caronia tiene al abogado Cangialosi, ¿verdad? —Buscó con la mirada al nombrado.

El abogado se levantó y con deferencia dijo:

—¡Presente, su señoría!

—Bien —Tomó nota el juez y continuó—. Para la acusación, el fiscal Lo Preti, si no me equivoco, ¿verdad? —Le señaló con el mazo.

El fiscal Lo Preti, siguiendo el ejemplo del abogado Cangialosi, se levantó y declaró:

—¡Su señoría, aquí presente!

—Entonces —dijo el juez—, ¡se inicia el procedimiento! Como acordado entre las partes, se ha solicitado la apelación por cuanto la defensa de Caronia asegura que el secuestro de Domenica Lupo, acontecido el 20 de agosto en las cercanías de la plaza Magione, como se señala en los documentos procesales, no corresponde a la verdad, aunque en el informe de los carabineros que acudieron al lugar quede constancia de lo contrario, siendo así que el secuestro fue llevado a cabo de manera violenta y con engaño. Por tanto, la acusación en primera instancia ha llevado al tribunal de primer grado a condenar a Caronia a veintiséis años de reclusión. Ha sido solicitado por la defensa la intervención en calidad de testigo de la señorita Domenica Lupo. Abogado Cangialosi, ¿tiene usted algo que decir antes de interrogar a la testigo?

El abogado Cangialosi se levantó, se colocó bien la toga sobre los hombros, se aclaró la voz con un ligero carraspeo y empezó a hablar.

—Su señoría, la testigo, la señorita Domenica Lupo, ha sido llamada para testimoniar a favor de mi cliente Vito Caronia en tanto que, en una conversación privada entre ella y yo, me quedó patente que el día que los carabineros encontraron a la... digamos secuestrada... señorita Domenica Lupo, esta se encontraba en un estado de profundo malestar y confusión, tanto por llevar sin dormir cuarenta y ocho horas como por no ingerir alimentos en todo ese tiempo. Por tanto, en esas condiciones, la señorita Lupo, a las preguntas de los carabineros para la redacción de las actas, respondía con monosílabos o no respondía nada. En esas circunstancias, su señoría, los carabineros sugerían las respuestas a sus propias preguntas y la testigo confirmaba fuera cual fuera la respuesta sugerida, aunque en realidad, como demostraremos, no correspondiera a la verdad.

El viejo juez Sebastiano Titone, un pez gordo en las salas judiciales, entendió que algo no cuadraba. Veamos un poco dónde nos lleva esta historia, pensó. Miró al abogado Cangialosi, negó con la cabeza, hizo una leve mueca y, lentamente, dijo:

—Se lo agradezco, abogado, puede retirarse, aunque querría añadir algo. Debería saber que las conversaciones confidenciales con los testigos no son, cómo decirlo, consentidas, no sé si me explico. —Hizo un gesto con la mano para indicar al abogado que podía sentarse y Cangialosi así lo hizo, haciendo ver que leía unas cartas. Que te hagan un reproche en la sala judicial no era un buen comienzo para un abogado defensor en un proceso de apelación.



De todos modos, las palabras de Cangialosi habían agitado al público.

—Pero ¿qué significa? Entonces, ¿el secuestro fue consentido o no? —eran las preguntas que pasaban de boca en boca. El murmullo se convirtió en conversaciones en voz alta y el juez, sin perder el tiempo, dio un golpe con el mazo.

—¡Señores, silencio! A la mínima interrupción hago evacuar la sala.

Se callaron todos y el juez prosiguió:

—Si las cosas están así, oigamos ahora de la voz de la señorita Domenica Lupo, la verdadera víctima de toda esta historia, ¿cómo sucedieron realmente los hechos!

Mimma estaba aterrorizada. Notaba todas las miradas sobre ella, tenía un nudo en la garganta, las cuerdas vocales bloqueadas y la cabeza empezaba a darle vueltas.

—Tomad el juramento a la testigo —ordenó el juez.

Un alguacil cogió la Biblia y se acercó a Mimma. Estaba paralizada, como hipnotizada por el movimiento de sus manos, que no paraban de retorcer el pañuelo. El alguacil le cogió suavemente la mano derecha y la apoyó sobre el libro, después le levantó la mano izquierda.

—Señorita Lupo, no tenga miedo, no se preocupe —intervino con tono paternal el juez al darse cuenta de lo asustada que estaba Mimma—. Haga lo siguiente: repita con calma lo que le diga el alguacil...

¡Sí! ¿Cómo no?... ¡Con calma!, pensó.

El alguacil empezó la fórmula:

—Juro decir la...

Mimma se quedó muda, absorta, completamente ausente. El juez Titone había visto muchas causas y testimonios, pero aquella muchacha le ponía un poco nervioso. Asomándose por delante del juez evaluador, le susurró:

—¡Señorita, decídase a repetir el juramento! ¿O tenemos que pasar la noche en el tribunal? ¡Se lo repito, esté tranquila!

El alguacil repitió la fórmula:

—Juro decir toda la verdad... —De nuevo Mimma no soltó palabra.

El abogado Cangialosi entonces tomó la iniciativa.

—¡Su señoría, disculpe!

—Por favor, abogado, diga, diga usted...

—Su señoría, si me permite, y la fiscalía no tiene nada que alegar, ¿podría recitar yo la fórmula del juramento en lugar de la testigo? Como es bien comprensible, la señorita Lupo hoy no se encuentra muy bien y está muy turbada...

La fiscalía, llamada a la causa, hizo un gesto como diciendo: si el juez lo autoriza... El juez Titone miró al abogado y dijo:

—¡Pero, vamos, Cangialosi! ¡Hoy en esta sala se están cambiando las reglas! De todas maneras, dado que no está en sus facultades, le autorizo a leer la fórmula. ¿Pero al menos conseguiremos arrancar el «lo juro» de la boca a esta bendita criatura?

El abogado Cangialosi se acercó al banco de los testigos, cogió el libro de las manos del alguacil y empezó de nuevo el trámite. La mano derecha de Mimma sobre el libro, la izquierda en alto, y le recitó la fórmula del juramento.

—Señorita Lupo, ¿jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad? —Mimma seguía mirando fijamente hacia su regazo y no respondía. El abogado se le acercó todavía más y

en voz baja le dijo—: Por favor, Mimma, se lo ruego, ¡diga «lo juro»!

El juez Titone ya no podía más y estaba a punto de levantarse y pedir que la testigo se retirara cuando en aquel preciso instante Mimma exclamó con un hilo de voz: «¡Lo juro!».

Del gentío se levantó un rumor de alivio. ¡Ya era hora!, pensó la mayoría. Satisfecho, el abogado Cangialosi volvió a su puesto y vio que don Tano estaba bastante nervioso e intentaba decirle algo con gestos. Se sentó y, volviéndose un poco hacia él, que estaba a su espalda, le susurró:

—¿Qué sucede, don Tano?

—Si Mimma ha dicho «lo juro», por lo que yo la conozco, dirá la verdad, la pura verdad, y entonces se habrá terminado todo.

El abogado tranquilizó a don Tano con un gesto. Todo estaba bajo control. El juez golpeó una vez más con el mazo y el silencio caló en la sala. Después, dirigiéndose a Cangialosi:

—Abogado, la testigo es toda suya: ¡puede interrogarla!

Cangialosi se acercó a Mimma.

—Señorita Domenica Lupo, ¿podría contarle al presidente cómo acontecieron los hechos?

Todas las miradas se clavaron sobre ella. Giovanni, pese a estar de servicio, volvió la cabeza para mirar a su amada y escuchar su testimonio. Pero Mimma de nuevo no abrió la boca y el juez pensó: «Ya estamos otra vez». El abogado incitó a Mimma con la mano a que hiciera acopio de valor y la muchacha finalmente habló.

—Aquel día..., de hecho, aquella noche, fui a coger agua a la fuente. Cuando llegué, vi a Vito cerca de allí...

Se calló como si estuviera pensando qué decir.

El juez la sacó de su silencio preguntando:

—¿Qué estaba haciendo el señor Caronia cerca de la fuente?

Mimma se volvió hacia él, después bajó la mirada y respondió atemorizada:

—Él también estaba cogiendo agua.

Una vez más se levantó un rumor entre el público. ¿Qué dice esta criatura?, pensó la gente. ¡Os imagináis un medio mafioso como Caronia yendo a llenar las jarras de agua como un ama de casa cualquiera! ¡Esta chica nos quiere tomar el pelo a todos!

El juez Titone miró a la fiscalía.

—Me parece haber leído en uno de los informes de los carabineros que la finca de Caronia está llena de pozos artesianos[22] llenos de agua, ¿o me equivoco, fiscal?

A Lo Preti, que hasta aquel momento solo había hecho su aparición, no le parecía verdad poder intervenir.

—Su señoría, en efecto, como puede verse en el informe circunstancial, en la finca de Caronia hay cinco pozos.

El abogado Cangialosi, aún de pie cerca del banco de los testigos, intervino rápidamente.

—Su... su señoría, es verdad que la finca de Caronia tiene cinco pozos activos, ¡pero el agua ha resultado ser no potable!

El juez Titone soltó una risita, negó con la cabeza y dijo:

—¡Claro! ¡De todos modos prosigamos! ¡Escuchemos a la señorita Lupo! —Hizo una señal a Mimma para incitarla a continuar.

Mimma prosiguió:

—Cuando llegué a la fuente, Vito me dirigió la palabra. Yo ya le había visto cuando vino a mi casa a buscar a mi abuelo. ¡Me preguntó si me gustaría ir a dar una vuelta con él y su coche nuevo! —Se quedó bloqueada, le costaba hacer salir las palabras de la boca, las lágrimas empezaron a regarle las mejillas y se las secó con el pañuelo que hasta entonces le había servido para tener controlados los nervios.

El juez, que empezaba a estar harto de aquella historia y de aquel proceso, pensó: «¿Por qué esta loca no se presentó en la primera instancia? Habríamos evitado todo este lío». La presionó una vez más:

—Señorita, se lo ruego, no acabaremos nunca. ¿Qué le contestó a Caronia?

Con la cabeza baja, Mimma se secó otra vez las lágrimas.

—Yo... yo... respondí...: sí, de acuerdo..., voy —dijo con la voz temblando.

Al oír esas palabras, el serio Giovanni Tagliarini, brigadier en servicio en la sala de apelaciones del tribunal de Palermo al menos durante aquel día, perdió los estribos y no consiguió estar ni quieto ni callado.

—¡Eh, no...! ¡Esto son todo...! —No pudo acabar la frase porque los ojos de Mimma, rojos y llenos de lágrimas, le estaban mirando fijamente. Él se detuvo de golpe, se calló y retomó su posición.

La gente se miraba estupefacta y hacía comentarios en voz alta. El juez golpeó con violencia el mazo y se dirigió al público:

—¿Dónde creéis que estáis, en el mercado? ¡Un poco de respeto, silencio, por favor! —Miró a Giovanni—. ¿Qué decía, brigadier? —Giovanni se cuadró, y el juez—: Descanse, descanse, brigadier. Pero continúe, ¿qué quería decir?

Giovanni se volvió hacia el juez.

—Nada, su señoría, nada..., discúlpeme.

El juez miró a Mimma, que estaba todavía llorando mientras el abogado Cangialosi la confortaba.

—Pero, entonces, señorita Lupo, ¿usted está asegurando que subió al coche de Caronia por voluntad propia! No fue secuestrada, ¿lo estoy diciendo correctamente?

Giovanni estaba fuera de sí, quería huir de aquel lugar para no escuchar las infamias que perpetraban sobre él, sobre Mimma y sobre el amor de ambos.

El juez, ante el silencio de Mimma, insistió:

—Entonces, señorita Lupo, ¡ilumínenos! Subió voluntariamente al coche de Caronia..., ¿sí o no?

Mimma no le miró. Se volvió hacia Cangialosi y, casi con una crisis histérica, gritó:

—¡Sí, sí, fui por voluntad propia!

El abogado Cangialosi lanzó una mirada a Caronia, le sonrió y asintió. Caronia, desde su puesto, asistía estupefacto a lo que estaba sucediendo y no podía creerse lo que estaba oyendo; ¡esto significaba que la acusación más grave, la de secuestro de persona, se esfumaba y que tal vez saldría de todo ese lío con solo unos pocos años de condena por los delitos menores! El abogado Cangialosi miraba también a don Tano Lupo, que elevaba los brazos al cielo como diciendo: ¡por fin ha terminado todo! Aquella era la confirmación de que el abogado estaba realmente de suerte porque había sido capaz de convencer a Mimma. Ahora se podía remediar del todo con un matrimonio reparador y el honor estaba a salvo. Don Tano se volvió hacia sus conocidos, que

también mostraban su alegría con gestos con la cabeza y las manos. Bien está lo que bien acaba.

Parecía que ya había quedado todo claro cuando el juez Titone dejó helados a los presentes con una pregunta inesperada a Mimma:

—Señorita Lupo, me ha quedado todo claro, pero querría saber una última cosa: ¿en la fuente estaba sola?

Mimma fue cogida por sorpresa y, de buena muchacha como era, nada dada a las mentiras, respondió instintivamente:

—No, no, su señoría, estaba también mi hermana Luisa, la pequeña de la casa.

El abogado Cangialosi se quedó blanco y la sala enmudeció. Aquel movimiento del juez no estaba previsto.

—Ah, entonces tenemos todavía una testigo para convocar, ¿me equivoco, abogado Cangialosi? ¡La hermana de la señorita Lupo tendrá su propia versión de los hechos para contarnos, que debería coincidir con la de la testigo aquí presente!

Mimma entendió que esta vez su ingenuidad la había metido en un apuro y, volviéndose hacia el juez, añadió:

—Pero no, su señoría...

—¿Cómo que no? ¿No qué? —rebatía el juez.

—Señor juez, recuerdo que mi hermana Luisa salió para ir a la fuente conmigo, pero a medio camino le pregunté si podía volver a casa para traerme un chal porque... ¡tenía frío! —intentó remediar Mimma.

El juez, que no tenía ganas ni de desatar más cabos sueltos ni de seguir discutiendo, pensó: «¡Le meteré algunos años a ese delincuente y después que se casen! Suelen hacer eso... ¡Que se vayan todos al diablo! ¡A quién creen estar tomando el pelo estos villanos! ¡Además, en agosto, una muchacha de dieciocho años teniendo frío! Podría haber contado algo mejor. ¡Pero a quién le importa! ¡Hagámosles felices!». Se levantó y dijo en voz alta:

—¡La corte se retira para deliberar a la luz de los nuevos hechos surgidos! —Rodeó la silla presidencial con el séquito de jueces tras sus pasos y dejó la sala sumida en un ruidoso parloteo. El juez Titone era un príncipe del foro de Palermo y no le gustaba que le tomaran el pelo, pero aquí quedaba claro que intentaban salvar a aquel chulo y casar a la muchacha, ¡así todos quedaban infelices y descontentos!

Mimma se sentó al lado del abogado Cangialosi, que, tras ir a estrechar la mano de Caronia, había vuelto a la mesa para felicitarla, pero solo consiguió decirle un forzado:

—Lo has hecho muy bien. —Sabía que había hecho una cobardía legal y que había contribuido a hacer infeliz a una persona.

Al lado del banco del juez, los dos carabineros uniformados estaban todavía allí, quietos. Mimma tenía la cabeza gacha; no se atrevía a mirar a Giovanni porque sabía muy bien que los ojos del joven estaban clavados en ella: ¡sentía las punzadas de su mirada! Pero ¿cómo podía entenderlo Giovanni? ¡No era siciliano! Ella sabía que le amaba más que a cualquier otra cosa en el mundo, pero no era lo suficientemente fuerte como para abandonar a todos y escapar con su amado. Entonces, durante un segundo, encontró el valor y la determinación dictados por el amor, levantó la mirada y se encontró con la de Giovanni. Se miraron unos pocos segundos, pero precisamente en esos segundos todo el universo pasó por delante de ellos: estrellas luminosas y

soles incandescentes, truenos y rayos. Entonces Giovanni cerró los párpados un instante y, a la vez, hizo un imperceptible movimiento con la cabeza, un «sí» que solo Mimma entendió. Giovanni había por fin entendido que Mimma sería para siempre su chica, ¡aunque el destino hubiera decidido que sucediera esto! Con aquel pequeño gesto, la animaba a vivir su vida, a no pensar más en él, ¡a estar tranquila! Nadie se había dado cuenta de que los dos jóvenes se estaban diciendo adiós. Aparentemente más relajada, ella bajó la mirada una vez más y vio un nudo en la madera del escritorio, un nudo muy extraño con forma de corazón. Sonrió para sus adentros: Giovanni en el fondo lo había entendido y quizás la había ya perdonado.

En aquel momento, el juez Titone y su séquito entraron tras ser anunciados por el alguacil. Todos se alzaron. Los jueces tomaron sus puestos y el presidente hizo una señal al alguacil, que ordenó:

—¡Siéntense!... —Los jueces se pusieron en pie y el presidente Titone cogió una hoja de la carpeta y leyó la fórmula de siempre. Se explayó por los artículos y las excepciones, los atenuantes y los nuevos testimonios, y al fin absolvió a Vito Caronia de la acusación de secuestro de persona y de violencia personal. Pero permanecían los delitos menores, y con estos Titone fue intransigente. Caronia fue condenado a seis años a cumplir en la cárcel de Regina Coeli en Roma, lejos de Sicilia y del lugar donde se habían desarrollado los hechos. Entonces, Titone citó una serie de notas, artículos, normas legales... y finalmente concluyó:

—¡Se cierra la sesión!

Alguien pensó: «¡Ya era hora!», mientras muchos, habiendo intuido cómo acababa la historia, ya se habían ido. Mimma fue rodeada por su familia y para ella llegó el momento de los abrazos, de los besos, de las felicitaciones y de los perdones.

Aún no había salido el último juez, pero Giovanni se marchó precipitadamente de la sala del tribunal seguido del fiel Baldini. Apenas se quedaron a solas, se quitó la gorra y la tiró violentamente al suelo. Baldini la recogió e intentó limpiarla al menos en parte y volver a colocar en su sitio el penacho rojo y azul.

—Brigadier, pero ¿qué hace? —preguntó—. Si nos ven quedaremos muy mal, ¡somos carabineros!

Irritado y airado, Giovanni se defendió:

—¡Sí, Andrea, sí, somos carabineros, pero también hombres, por Dios! Mira, mira lo que ha pasado, ¿lo has entendido o no? La han obligado a testimoniar en falso... a mi Mimma. ¡Querido Andrea, aquí, en esta historia, soy yo y solo yo el que sale maltrecho! ¡He quedado como un tonto delante de todos y en primera fila! ¿Has entendido, Andrea, cómo funciona en esta..., cómo la defines tú..., hermosa tierra de Sicilia? Todos iguales, todos unidos, ¡no se muerden el uno al otro! ¡Quiero decir, seis años, le han condenado a seis años! ¡Un ladrón de gallinas habría sido condenado a más tiempo! ¡Casi le dan una medalla a aquel bastardo, delincuente y mafiosillo sin valores! Basta, Andrea..., ¡ya basta de Sicilia y de sicilianos! Yo mañana presento la solicitud de traslado, llamo a mi padre y en una semana estoy en Roma..., ¡gracias a Dios! —Tomó la salida para volver al cuartel seguido por un mudo y asombrado Baldini, que pensaba: «Demonios, tiene toda la razón para estar enfadado; ¡me temo que esta vez pierdo de verdad a mi compañero!».

A la mañana siguiente del proceso, el mariscal Contini, como cada día, estaba firmando las hojas de asistencia cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante!

Giovanni metió la cabeza dentro:

—¿Se puede?

—Ah, eres tú, Giovanni... ¡Pasa, pasa! —respondió el mariscal y le señaló la silla—. Siéntate, ¿qué sucede?

Sabía perfectamente lo que estaba a punto de ocurrir; ya le habían contado las intenciones de Giovanni y esperaba que en cualquier momento el joven brigadier viniera a reportar la solicitud de traslado. Y, en efecto, ahí estaba con una hoja escrita y firmada donde pedía ser mandado al cuartel Garibaldi de la pequeña ciudad de Nepi, cercana a Viterbo, a pocos kilómetros de Roma. Pedir el traslado a Roma ciudad habría sido como decir a los cuatro vientos que le habían recomendado; en una provincia, en cambio, llamaba menos la atención. La leyó y miró a Giovanni: se le veía muy amargado. Era consciente de que estaba a punto de perder a un hombre importante y válido para él, para el cuartel y para sus compañeros, y sabía que apenas la petición fuera recibida por el comando central, el traslado sería con efecto inmediato. El coronel Tagliarini no perdería ni un segundo porque el hijo había pasado ya demasiado tiempo lejos de su jurisdicción. Negando con la cabeza, dijo:

—No sabes cuánto lo lamento, pero si esta es tu voluntad, hoy mismo enviaré la solicitud al comando de compañía y desde allí ya lo arreglarán todo..., ¿estás de acuerdo?

Giovanni no respondió. Tenía la expresión triste de quien está a punto de separarse de su propia familia para siempre. Apretó los labios con una amarga mueca e hizo un movimiento con la cabeza para indicar que era precisamente eso lo que quería. Dio un golpe de tacón y con un seco «¡A sus órdenes!» se dio la vuelta y desapareció por la puerta.

Quedándose solo y pensativo, Contini tiró las hojas con rabia y se echó hacia atrás en el sillón, vacío y sin ganas de hacer nada.

\* \* \*

Mimma había vuelto al convento y pasaba el tiempo en compañía de las monjas y de la madre superiora. Todavía no sabía si lo que había hecho estaba bien o mal. La madre superiora intentaba confortarla como podía, pero sabía que el estado de ánimo de la joven estaba lleno de dudas e infelicidad.

Una mañana se presentó en la puerta de la celda de Mimma, que estaba concentrada haciendo la cama. La muchacha se había puesto una vez más el traje de novicia con la esperanza de que un día alguien fuera a sacarla de allí. La madre superiora carraspeó y Mimma se volvió.

—Buenos días, madre, ¡loado sea Jesucristo!

La madre superiora sonrió y respondió:

—¡Loado sea siempre! ¡Hoy hay novedades, Mimma! En un rato vendrá tu abuelo a recogerte. Vuelves a casa, ¿estás contenta?

—¿Contenta? ¡Querrá decir feliz, madre!

Mimma corrió hacia la madre y la abrazó. Después salió de la habitación para ir a abrazar al resto de hermanas, incluidas las dos novicias y la monja tutora. Cuando volvió a su habitación se sentía muy feliz. ¡Iba a salir de ese encarcelamiento no deseado! Cogió la pequeña maleta de

cartón, sacó el vestido y se quitó el camisón de novicia para volver a ser la Mimma de antes. Metió en la maleta las pocas cosas que tenía, dobló la sotana y la dejó encima de la manta, se puso los zapatos, dejando las sandalias de monja a los pies de la cama, y se sentó y empezó a peinarse con un pequeño peine de marfil al que tenía mucho cariño porque era un regalo de la abuela.

Pasaron un par de horas que le parecieron una eternidad, y finalmente la hermana tutora sacó la cabeza por la puerta y dijo:

—¡Vamos, Mimma, ven!

Ella se levantó, cogió la maleta, miró a su alrededor y casi sintió nostalgia al dejar aquella celda testigo de sus lágrimas y de sus noches insomnes. Salió de espaldas y, al volverse, vio a todas las hermanas y novicias a lo largo del pasillo, en fila para despedirse de ella, y se quedó con la boca abierta. Emocionada, le saltaron las lágrimas. La tutora le cogió la maleta de las manos y la joven pudo así correr a abrazar una a una a las hermanas. Todas le hicieron algún regalo: una, un paquetito de galletas; otra, una cajita de pañuelos bordados; otra, un ramo de flores... Mimma lloraba. La madre superiora le pasó el brazo por encima del hombro.

—¡Ven, te están esperando! Recuerda venir a visitarnos de vez en cuando, ¿de acuerdo?

Protegida bajo su brazo, Mimma respondió:

—Claro que vendré. ¡Apenas me sea posible, me escapo para visitarlas! ¡Gracias por todo, madre!

Cuando finalmente salió por la puertecita lateral, el sol la golpeó y le hizo cerrar los ojos. Cuando los volvió a abrir, vio al abuelo de pie delante de ella y a Luisa en la calesa con su caballo preferido: ¡era un día muy feliz! Cuando lo abrazó, el abuelo notó que tenía los ojos rojos de haber llorado, pero seguían siendo los ojos fantásticos y luminosos que distinguían su belleza especial. Luisa saltó de la calesa para abrazar a la hermana.

Don Tano puso fin a la escena.

—¡Vamos, pequeñas, se hace tarde! ¡Venga, subid!

Mimma se acercó al caballo y le acarició el hocico, después su cálido cuello, musculoso y liso, y subió a la calesa, abrazando a Luisa. Mientras se iban con don Tano conduciendo, Mimma le enseñó a la hermana todos los regalos que había recibido de las hermanas y no se dio cuenta de que el camino que estaban recorriendo no era el que llevaba a casa.

Levantó la mirada un momento y preguntó:

—Pero, papá, ¿dónde estamos yendo?

Don Tano no respondió y ella se encogió de hombros, volviendo a hablar con Luisa. ¡Tenían un montón de cosas que contarse! Pocos minutos más tarde, la calesa se detuvo en el lado derecho de la iglesia del barrio, justo delante de la entrada de la sacristía y de las oficinas del párroco. Don Tano descendió de la carroza y miró a Mimma... y Mimma a él: ninguno de los dos abrió la boca, ¡pero con la mirada se lo habían dicho todo!

—Luisa, espéranos en la calesa —dijo don Tano—, ¡volvemos enseguida! —Y después a Mimma—: Vamos, Mimma..., baja.

La muchacha se mostró reacia a hacerlo. Tal vez había intuido la situación que le esperaba. Al final se decidió, bajó y se dirigió con el abuelo a la oficina del párroco. La puerta siempre estaba abierta porque el párroco decía que así tenía que estar la casa de Dios por si acaso llegaba alguna oveja perdida. Don Tano entró y miró alrededor.

—¿Don Carmelo? ¿Hay alguien? —preguntó. Después, a Mimma—: ¡Quédate aquí! —Se encaminó hacia la sacristía y de allí a la iglesia. Don Carmelo estaba inmerso en su breviario, leyendo sus series de oraciones. Con un tímido carraspeo, don Tano reclamó su atención.

—Ah, don Tano, ¿es usted? ¡Espere, ya voy! —dijo el párroco.

Don Tano volvió sobre sus pasos hacia la sacristía y, desde ahí, hasta el estudio del párroco. Mimma estaba mirando viejos pergaminos custodiados en la biblioteca de la iglesia y, apenas oyó llegar al abuelo, se volvió hacia él.

—¿Qué hemos venido a hacer aquí? —preguntó.

—¡Nada en particular! Solo a firmar unos papeles... —respondió don Tano.

—Pero ¿qué tienes que firmar? —quiso saber Mimma.

—¡Yo nada! ¡Eres tú la que tienes que firmar!

Mimma empezaba a entender hacia dónde iban las cosas.

—¿Yo? ¿Y qué se supone que debo firmar?

—Los papeles de tu matrimonio con Vito —respondió el abuelo.

—¿Matrimonio? ¡Pero si Vito tiene que cumplir seis años de cárcel! —rebatía Mimma.

—En realidad, tú mañana te casas por poderes: significa que tú estás aquí y él allí, pero para Dios y la ley estáis oficialmente casados, ¿me he explicado bien? —Con estas palabras el abuelo dio por cerrada la discusión.

Mimma sonrió, irónica y amargada. Volvió a mirar las vitrinas con los viejos manuscritos.

—Sí, mañana... ¿Y las flores..., el traje blanco..., los invitados? ¿Qué tipo de matrimonio es ese?

El abuelo entendió que la muchacha no tenía ninguna intención de firmar nada y recurrió a un tono más duro.

—¡Escucha, Mimma, las cosas están así y punto! ¡O firmas estos malditos papeles o te devuelvo al convento y esta vez para siempre! ¡Decídet! ¿Entras o no?

Mimma era todavía reticente a hacerlo, pero los argumentos del abuelo eran amenazantes y no admitían réplica.

La pausada figura de don Carmelo avanzó por la sacristía.

—¡Hola, por fin tengo el placer de conocer a la esposa!

En la cabeza de Mimma empezaron a rondar varios pensamientos: «¡Ah, pero entonces este lo sabe todo! ¿Has visto?, ¡también el párroco! Estaba todo preparado, ¡me lo tendría que haber esperado!».

Don Carmelo abrió la puerta de la oficina.

—¡Por favor, por favor, pónganse cómodos!

Los tres entraron. Mimma, con la mirada al suelo. Encima del escritorio del párroco había cartas, libros, un crucifijo sobre un pedestal, una lámpara de cristal verde y lo necesario para escribir. Don Carmelo empezó a rebuscar entre sus cosas y dijo:

—¡Dónde habré dejado ese bendito registro! —Miró entre los libros que tenía detrás del escritorio—. ¿Sabéis?, es el registro de los matrimonios por poderes, ¡no es que lo utilice todos los días! —Sacó un libro lleno de polvo y amarillento con tapa de cuero marrón y un símbolo de la cruz dorado—. ¡Ah, aquí está! ¡Veamos! —El párroco lo abrió—. ¡Les informo de que el último matrimonio por poderes fue en 1327!

Empezó a escribir con mucha calma los datos de los esposos, mirando por encima de sus gruesas lentes de miope.



—Así, querida niña, por fin ha llegado también para ti el momento más importante de tu vida. —Mimma no respondió, permaneció con la cabeza baja y una lágrima cayó al suelo—. ¡Perdona, Mimma, pero deberías estar feliz! —dijo don Carmelo—. ¿Por qué estás tan triste?

Mimma seguía en silencio y entonces se entrometió don Tano.

—¡No, don Carmelo, si feliz... lo es! ¡Lo ve, llora de felicidad! ¡Mi nieta es una chica tímida y se emociona fácilmente!

—Entiendo —dijo don Carmelo empujando los papeles hacia Mimma—. Aquí tienes, mira..., tienes que firmar aquí..., en la penúltima línea.

Mimma cogió la pluma que el párroco le ofreció y con la mano temblorosa intentó firmar.

Don Carmelo, que estaba al corriente de lo que había sucedido —¿cómo podía ser de otra manera? Siendo el párroco del pueblo, ¡sabía todo de todo el mundo!—, miró con compasión a Mimma, que estaba a punto de firmar su propia infelicidad, e intentó confortarla.

—Vamos, Mimma, no tiembles..., ¡es solo una pequeña firma!

Don Tano intervino de nuevo.

—¿Qué le decía, padre? ¡Está emocionadísima! En el fondo..., ¡para ella es la primera vez!

Pese a haberlo dicho para quitar importancia a una situación tensa y delicada, ¡la broma estuvo muy fuera de lugar! El párroco sonrió, miró hacia el techo y abrió los brazos como diciendo: «¡Mira lo que me toca oír en una situación tan grave como esta!». Mimma, que mientras tanto ya había firmado, se levantó llena de lágrimas y se fue hacia la puerta sin despedirse.

El párroco le dio la mano a don Tano y, negando con la cabeza, dijo:

—Buena suerte, don Tano, ¡y cuide a su nieta, que es una chica muy valiente!

Don Tano respondió:

—¡Lo sé, don Carmelo, lo sé! —Y salió del despacho para volver a la calesa. Mimma ya estaba sentada al lado de Luisa, que, viéndola llorar, la abrazaba. Don Tano se montó, cogió las riendas y azotó al caballo, que tomó el camino para casa.

## 15

El traslado de Giovanni, que parecía cosa hecha, no era, pese a todo, tan sencillo de conseguir. Después de algunos meses tras los acontecimientos narrados, una mañana Baldini fue a llamar al brigadier Tagliarini a su habitación.

—Brigadier, le busca el mariscal Contini.

Giovanni se puso rápidamente el uniforme y se presentó en la puerta del mariscal.

—¡Adelante!

Giovanni entró intentando aparentar que estaba bien, pero se notaba que sufría. En los últimos meses había adelgazado mucho y se encontraba desganado y distraído. Contini intentaba medir las palabras porque entendía que el muchacho estaba sufriendo por todo lo que había pasado.

—Diga, mariscal, ¿necesita algo de mí?

—Sí y no, Giovanni —respondió Contini. Quería ser paternal llamándole por el nombre, darle serenidad, pero lo que tenía que decirle no era algo fácil de comunicar.

—¿Sí y no, qué, mariscal?

—A ver, no sé cómo decírtelo... ¡Son dos cosas! Nada preocupante, pero como superior debo informarte. ¡Pasa y siéntate!

Giovanni se acercó y se sentó. La expresión le había cambiado.

—¿Se trata de algo serio? —preguntó.

—De hecho..., en realidad... —El mariscal hizo una pausa, se agachó tras el escritorio y depositó un paquete delante del brigadier—. De hecho, decía, ha venido a visitarnos don Tano Lupo... —A Giovanni se le escapó un seco «¡Ah!»—. ¡Sí, pero quédate tranquilo! Solo ha traído este paquete. Lo querría haber abierto, ya me entiendes..., por seguridad..., pero como imagino lo que puede haber dentro, he querido entregártelo tal y como estaba, intacto.

Contini entregó el paquete a Giovanni, que, muy lentamente y con expresión triste, lo abrió. ¡Tendría que haberlo imaginado! Dentro estaban los regalos que le habían hecho a Mimma, incluidas las joyas de la abuela. Volvió a cerrar el paquete con rabia y lo dejó en el suelo.

—¡De acuerdo, esta es la primera bonita novedad! ¿Y la segunda? —dijo resoplando más por rabia que por impaciencia.

Contini tosió, se tomó su tiempo.

—¡No sé cómo decírtelo, Giovanni! Desde el comando central, esta precisa mañana, ¡me han comunicado que tu solicitud de traslado a Roma ha sido rechazada! Deberás respetar las reglas. En pocas palabras, ¡deberás quedarte en Sicilia tres años más!

—¿Qué? ¿Tres años más aquí? ¡Esto es una locura! ¡Voy a llamar a mi padre!

—Giovanni, ya he hablado con tu padre, ¡no puede hacer nada! De aquí a tres años irás al

comando general como suboficial lugarteniente de tu hermano, el capitán Tagliarini, pero mientras tanto estás bloqueado aquí. Tienes dos posibilidades: o abandonas el Arma, y sabes que tendrías muchos problemas, ¿o te adaptas a esta orden! Puedo hacer una cosa. Se me rompe el corazón ante la perspectiva de perder un hombre como tú, pero te enviaré como apoyo al cuartel de Sferracavallo, un pequeño barrio costero, en el arrecife oeste de la ciudad. Así estarás lejos de aquí. ¡Te juro que no puedo hacer nada más para ayudarte!

A Giovanni le atormentaban pensamientos muy negativos, pero cogió fuerzas.

—Mariscal, no sé cómo darle las gracias. Viendo que debo permanecer aquí, ¡quiero al menos estar lo más lejos posible de este barrio! El hecho de pensar que Mimma esté a dos pasos y que yo no pueda verla ni hablar con ella es un dolor constante... ¡Se lo agradezco! ¿Puedo irme?

Amargado como Giovanni, el mariscal Contini no sabía qué decir. Se levantó.

—Vete, Giovanni... Mañana haré que te acompañen a tu nuevo destino. Pero ten en cuenta que solo estás como apoyo. Tú sigues perteneciendo a este cuartel, ¿está claro?

—Claro, claro...

El brigadier Tagliarini cogió el paquete y se fue hacia la salida. Aquí se volvió, se cuadró, golpeando los talones, y salió, cerrando la puerta tras de sí.

## 16

Transcurrieron tres años. En el barrio habían pasado muchas cosas y Mimma se había convertido en una «viuda blanca». Encerrada en casa, salía solo si la acompañaba Luisa para ir a visitar a Concetta o ir a misa. Delante de su casa, o ligeramente escondidos en alguna esquina de su casa, sentados en un banco, o en el bar o en coche, estaban siempre los dos «ángeles de la guarda» que vigilaban día y noche que la mujer de Vito Caronia estuviera siempre protegida de los demás, pero sobre todo de sí misma, ¡para evitar alguna posible intención extraña!

Mimma, en efecto, tenía una sola cosa en la cabeza: ¡Giovanni! Este, mientras, no veía la hora de abandonar Sicilia: ¡aquellos lugares le habían dado tanta felicidad y, por desgracia, tanto dolor!

También habían pasado los años para Vito, que, en la cárcel, se había ganado un respeto y había tenido un comportamiento irreprochable, tanto que el director le había confiado tareas de responsabilidad que él había llevado a cabo con esmero. En poco tiempo, gracias a la buena conducta y a algunos acontecimientos particulares, Vito había conseguido una reducción de tres años y, habiendo pagado su deuda con la sociedad, había sido liberado para volver a Sicilia, a su tierra, a su casa, con aquella mujer tan joven y hermosa que no había tenido ocasión de conocer y, sobre todo, ¡de amar!

Durante el largo viaje desde Roma a Palermo, no hizo otra cosa que pensar en Mimma, preguntándose si ahora sería tan arrogante y salvaje, aun sabiendo que era su mujer. Tras su vuelta a casa, se preparó la verdadera boda con toda la parafernalia: familiares, amigos y conocidos fueron invitados a festejar el retorno de Vito y su matrimonio con Mimma.

La iglesia del barrio fue adornada como si se tuviera que casar la hija de Mussolini. Vito Caronia, casi como si los años pasados en prisión fueran algo a lo que dar mérito, se había convertido en un *capo bastone*: ¡una pieza importante en la gran familia de la mafia! Por lo tanto, delante del pueblo no podía dar una mala imagen.

En el cementerio de la iglesia, amigos y familiares esperaron la salida de los esposos para lanzar pétalos de flores, y luego todos a la finca, en pleno campo, con mesas repletas con todo tipo de platos. El vino era fuerte y abundante, tanto que en un par de horas todos estaban alegres y revolucionados. Entre aplausos y brindis, ayudado también por el vino, Vito se hacía el simpático intentando ser divertido. Los amigos, o, mejor dicho, sus compinches, brindaban por él y por su esposa. Mimma se esforzaba en sonreír, pero se notaba que estaba conteniendo sus sentimientos.

—¡En el fondo, Vito es un tipo simpático! Lo imaginaba diferente. ¡Yo creo que seréis felices juntos! —dijo doña Marianna a su nieta, a quien tenía sentada al lado, en un momento de alegría general. Se arrepiñtó enseguida de aquel comentario porque Mimma, volviéndose, le lanzó una

mirada que decía: «¡Pero qué diablos estás diciendo!». La abuela entendió el error y, dándole un beso en la mejilla, le susurró:

—¡Perdóname!

El matrimonio se concluyó solemnemente con baile y música que tampoco consiguieron llevar una sonrisa al rostro de Mimma.

En el barrio la vida continuaba. Doña Marianna, por desgracia, enfermó. Parecía una cosa de nada, un poco de tos quizás demasiado insistente, pero después se agravó y, en menos de un mes, la mujer de hierro, la mujer entera, murió y la desesperación entró en casa de los Lupo.

Don Tano estaba destrozado. Él y aquella mujer habían sido uno solo, una sola alma en dos cuerpos, diferentes e iguales a la vez; se entendían con un simple movimiento de ceja y se hablaban sin decir palabra. Las nietas, para las que doña Marianna había hecho de madre, perdieron de golpe a la madre y a la abuela, y también a una amiga, un pilar al que agarrarse en los momentos difíciles. No es fácil explicar, en un sistema de matriarcado griego de Sicilia, lo que sucedía cuando moría la madre, la matrona de casa, el fundamento de la economía y de la cultura campesina, pero la vida era así.

La muerte de doña Marianna arrastró muchas secuelas: don Tano cayó en una terrible depresión. ¡Ya no era él! Se vendieron los caballos. La casa acabó en manos de Luisa, una chica aún joven y sin experiencia. Ella se ocupaba del abuelo con la ayuda de las hermanas, pero veía que el hombre cada vez se dejaba más. De nada valió la intervención de amigos y conocidos para levantarle la moral, y así, un mal día de septiembre, también él murió.

Las cosas para las hermanas Lupo, ya sin el abuelo, cambiaron: ¡ahora estaban solas! Concetta, por fortuna, había reencontrado al marido y un poco de serenidad. Luisa empezó enseguida a trabajar en el taller de doña Ciccina, en el lugar de Mimma, y, no pudiendo vivir sola en una casa que era de la familia Lupo desde hacía generaciones, hizo las maletas y se quedó como huésped en casa de la hermana Concetta.

En cuanto a Mimma, estaba a merced de un marido violento, despótico e increíblemente celoso. ¡Si al menos la hubiera amado! ¡Pero ni eso! Mimma era un espléndido objeto de propiedad de Vito Caronia, aunque una cosa había conseguido: no ir a vivir a la casa de campo junto a la suegra. A decir verdad, Vito no se había opuesto mucho a aquella petición porque tampoco a él le gustaba vivir con una loca al lado, aunque fuera su madre. Así que compró un piso en Villabate, un pequeño centro rural muy cerca de Palermo, pero se sentía como en la prisión de Regina Coeli[23] de lo pequeño que era.

Aquella vida duró hasta que perdió la paciencia y le dijo a Mimma que era imposible vivir en aquel nicho: no había espacio, no se podía ni respirar. Y con la rabia y la prepotencia que le distinguían, añadió:

—¿Sabes qué te digo? Ya que la casa de tu abuelo, en el barrio Brancaccio, está cerrada y no vive nadie, vamos a ir a vivir allí nosotros. ¡Espero que tus hermanitas no tengan nada que decir!

¡Dicho y hecho! Por lo general, a esas alturas Mimma había entendido qué tipo de hombre era

y, para evitar llevarse una bofetada, si estaba de acuerdo intentaba hablar lo menos posible. ¡Era mejor adaptarse que oponer resistencia!

Al día siguiente se trasladó. Un par de camiones llenos de artículos domésticos aparcaron delante de la casa de don Tano. Vito y un pequeño grupo de sus compinches empezaron a sacar los viejos muebles de la familia Lupo, a su modo de ver, cosas viejas y llenas de carcoma, solo útiles para hacer una hoguera. Mimma se ocupó de barrer y sacar el polvo de las habitaciones a medida que iban quedando liberadas. Estaba acalorada. Llevaba un vestidito de algodón y un embarazo muy reciente que la hacía todavía más hermosa y más mujer. Los compinches de Vito estaban como hipnotizados por la visión de aquella estupenda criatura y a menudo se paraban para mirarla con codicia de macho. A Vito le volvía loco esto. No soportaba, celoso como era, que otros hombres miraran a su mujer de aquella manera. Así que propinaba bofetadas y reprimendas a sus amigos y también alguna amenaza medio en broma... Solo que con Caronia era siempre mejor no bromear demasiado: de vez en cuando emergía aquella vena de locura que predominaba en su familia y entonces era mejor estar bien lejos.

Vito sabía que se había casado con una mujer hermosa, una mujer apetecible, y su carácter celoso por naturaleza no mejoraba la situación. Pero esos celos no eran fruto del amor por su mujer, sino más bien porque la consideraba una propiedad suya. Por principio. Y siempre por un estúpido «principio», se habría peleado con cualquiera que pusiera sus ojos sobre ella, sin preocuparse mínimamente de quién tuviera delante, sobre todo si era un carabinero. Porque tenía una espina clavada: sabía que Mimma no le amaba y que pensaba constantemente en Giovanni.

Una mañana, convencida de que Vito se había suavizado, ella le preguntó si podía ir al mercado.

—¡Ni hablar! —le prohibió Vito—. ¡Puede que si alguien viene a recogerte y te acompaña, a lo mejor te deje ir!

Mimma no podía más. Su vida era peor que una cárcel y no entendía por qué le tenía que pasar todo eso, ya que ella no había hecho nada malo. Decidió rebelarse y le gritó al marido:

—¿Es que siempre que tengo que salir tienes que montar este teatro? ¡Si no voy con alguien, no puedo salir! ¿Es que soy paralítica? Además, ¿por qué no te fías de mí? ¡Sé que haces que me sigan y me controlen cada paso que doy!

Vito la miró primero con suficiencia, después con desprecio.

—¿Te crees muy lista? ¡Sé que sigues pensando en aquel apestoso carabinero! ¡Así que sola no te dejo salir, ni ahora ni nunca! Si no, un día saldrás y no volverás más, pero vigila, que yo tengo los tentáculos como los pulpos: te recuperaré siempre y donde sea que vayas, ¿me he explicado bien?

Mimma salió encolerizada del baño donde Vito se estaba preparando para hacerse la barba, cerró de un portazo y fue a encerrarse al dormitorio. Se tiró sobre la cama y empezó a llorar pensando en Giovanni, del que ya no sabía nada. ¿Dónde está? ¿Tal vez pidió el traslado? ¡O puede que haya muerto en algún conflicto a mano armada!, se preguntaba. Por lo demás, ¿cómo podía saber, encerrada como estaba en casa, que Giovanni se encontraba a pocos kilómetros de la ciudad?

Llamaron a la puerta.

—¡Qué demonios...! ¡Esta mañana esta maldita barba no me la termino de afeitarse! —exclamó Vito, yendo a abrir con la cara medio enjabonada.

Era Concetta.

—¡Buenos días, Vito!

—¡Buenos días! —respondió él fastidiado.

Concetta se dio cuenta de que había pasado algo. Se notaba de lejos.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó.

Volviendo al baño, Vito respondió:

—¡Está arriba! —Entonces gritó—: ¡Mimma, baja, que está tu hermana Concetta! —Hizo señas a la cuñada para que entrara, porque seguía todavía en la puerta—. ¡Vamos, entra, así a ver si consigo terminar de rasurarme esta barba!

Cuando bajó, Mimma tenía todavía los ojos brillantes y rojos. Concetta se dirigió a ella en voz alta para que Vito también oyera lo que tenía que decir:

—Mimma, ¿me acompañas? Tengo que comprarme un retal, ¡así me aconsejas!

Mimma, que no veía la hora de escapar, de salir de aquella casa-prisión, se volvió hacia el baño y gritó:

—Vito, ¿puedo ir con Concetta?

Vito respondió, cada vez más fastidiado:

—Ve, ve..., ¡y cómprame cuchillas de afeitar!

Las dos muchachas se encaminaron hacia el mercado. Mimma tenía una expresión triste y cansada. Las continuas lágrimas, los disgustos y las disputas cada vez más violentas estaban destruyendo su vida. Concetta no soportó más el silencio de la hermana.

—Mimma, ¿vas a quedarte callada todo el día? ¿Qué ha pasado?

—¡No puedo más! —explotó Mimma, que estaba esperando esa pregunta—. ¿Te das cuenta de que si viene alguien a buscarle, él me manda arriba como si fuera una apestada? ¡Además, cada vez que quiero salir tengo que hacerlo contigo o con Luisa! ¿Y sabes otra cosa? ¡En este momento, detrás de nosotras, está uno de sus secuaces siguiéndonos para ver qué hacemos! ¡Ni siquiera puedo asomarme a la ventana para tender la ropa! ¡Está tan loco que está convencido de que antes o después escaparé con Giovanni! ¡Pobre Giovanni, no he sabido nada más de él, puede que le hayan trasladado!

—¿Tal vez tú le das motivos para que piense eso? —preguntó Concetta.

—¿Cómo podría? ¡Si te acabo de decir que no he sabido nada más de Giovanni! ¡Además, estoy a punto de dar un hijo a este desgraciado! —rebató Mimma.

Sus ojos empezaron a humedecerse y, en un momento, como siempre, empezó a llorar. Concetta le pasó un brazo por encima de los hombros y la estrechó contra ella.

—¿Esto se lo has dicho?

—¿El qué?

—¡Que esperas un hijo! ¿Se lo has dicho? —preguntó de nuevo Concetta.

—¡Todavía no! —respondió inmediatamente Mimma.

—¿Y qué esperas para contárselo? —dijo la hermana estupefacta.

—¿Qué quieres que le diga? Además, ¿qué cambiaría eso? ¡Ese no tiene ni corazón ni cerebro para razonar!

Entre una palabra y otra, las hermanas habían llegado al mercado. Empezaron a pasear por los puestos, a mirar, a tocar tejidos, vestidos, camisetas y demás mercancías. Después Concetta, de repente, retomó la conversación de antes.



—De todos modos, ¡yo que tú se lo diría lo más rápidamente posible! ¡Haz lo que quieras! ¡Ahora intentemos encontrar ese bendito retal! ¡Si no, después, cuando llegue a casa, verás como habré olvidado comprar algo!

Se calló y se concentró en la búsqueda de la tela adecuada para hacer un vestidito para su niña. Echó el ojo a una al otro extremo del puesto y dejó unos segundos a la hermana curioseando por su propia cuenta. Precisamente en ese momento, un malandrín descalzo y mal vestido se acercó a Mimma, metió la mano en el bolso como un rayo y se fue corriendo, esquivando a las mujeres atareadas mirando y comprando. Mimma se volvió de golpe, vio el bolso abierto y gritó a todo pulmón:

—¡Al ladrón..., al ladrón!

La gente se volvió primero hacia ella, después a la dirección que señalaba. Se pusieron todos a buscar al ladrón, pero el niño había desaparecido entre los tortuosos callejones de la ciudad. Las señoras más curiosas se acercaron a Mimma.

—Señorita..., ¿cómo está? ¿Le ha hecho daño?

Mimma miraba el bolso abierto, pero no tenía el valor de mirar dentro.

—¡No! Estoy perfectamente. ¡Solo que aquel ladronzuelo me ha robado! ¡Ha metido la mano en el bolso y ha escapado! —respondió.

Un señor que había intentado en vano perseguir al ladronzuelo, al volver dijo, jadeando:

—Señora..., ¡lo lamento! No he sido capaz de alcanzarle, pero ¿qué le ha robado? —Se había formado un grupito de señoras de todas las edades y algún anciano alrededor de Mimma: era la curiosidad por un hecho que, a decir verdad, en el mercado de Ballarò estaba a la orden del día; sucedía al menos dos o tres veces cada mañana. Mientras, el señor insistía—: Señora, mire, mire dentro del bolso..., ¡más que nada para saber qué ha robado aquel hijo de mala madre!

Mimma miró dentro y después levantó la mirada hacia los curiosos que esperaban con la boca abierta.

—No lo entiendo..., ¡aquí está todo, no falta nada!

Pero qué diablos..., ¡un ladrón que no roba! ¡El espectáculo perdió el encanto del robo!, pensó una mujer para nada contenta con la noticia. Entonces dijo:

—Señora, mire bien..., ¿de verdad está todo?

¿Qué quiere esta?, se preguntó Mimma mirándola mal. Echó otro vistazo al bolso y después a aquel público que, sin haber pagado, quería un espectáculo, y dijo:

—No..., no..., ¡no falta nada! ¡Es extraño!

Entonces intervino otro señor.

—¡A lo mejor no ha conseguido agarrar nada!

Concetta se acercó e intentó alejar a Mimma del tumulto.

—¡Bien, has tenido suerte! ¡Vamos!

Se alejaron mezclándose entre la gente. Unos metros más adelante, un tipo vestido modestamente, con barba, que había presenciado la escena, se dirigió a una bocacalle, giró la esquina y se agachó al lado de un muchachito que estaba sentado en el suelo jugando con unos botones. Apenas advirtió su presencia, levantó la cabeza y le miró atentamente.

—¡Has hecho un buen trabajo! ¡Bravo! —dijo el hombre.

—¡Lo sé, papá! ¡Lo he hecho como me has enseñado tú! ¡Ha ido todo a la perfección! —contestó el niño.

¡El hombre no era ni más ni menos que Pinuzzu el Turco, el farolero del barrio, exladrón de quesos apestosos! Pinuzzu le puso la mano sobre la cabeza a su hijo.

—¡Bravo, lo has hecho muy bien! ¡Pero recuerda que estas cosas no tienes que hacerlas nunca! ¿Me has entendido?

Bien es cierto que una lección de un exladrón parecía una tomadura de pelo, pero Pinuzzu, gracias sobre todo a Giovanni, se había convertido realmente en un hombre honesto. Pobre, sí, pero honesto, como siempre decía él, enorgulleciéndose de ser el farolero del barrio.

Aquella noche, tras haber preparado la cena, Mimma se disponía a cenar con Vito, que, como siempre, había invitado a un par de sus compinches, cuando él, mirando a la esposa con una sonrisa irónica, dijo:

—Oye, Mimma, he oído que hoy te han robado...

¡Y cómo no iba a saberlo, si tenía ojos en todos los lados! Seguramente, un minuto después de que sucediera ya lo sabía, pensó.

—Sí, lo han intentado, ¡pero no lo han conseguido!

—¡Todavía no sé quién ha sido, pero no se me escapará! —dijo Vito dándose aires de duro—. ¡Apenas sepa quién ha sido me las va a pagar!

—¡Pero si era solo un niño! —dijo Mimma bajando la mirada al plato.

Y Vito, irónico y despreciativo, mirando a sus compinches:

—¡Sí, niño le llama! ¡Estos empiezan así y en menos que canta un gallo te encuentras que han crecido y te han desvalijado la casa! Otra cosa, Mimma: ¿me has comprado las cuchillas de afeitar?

—Sí, las he comprado, pero las he dejado en el bolso.

Vito, que delante de sus amigos tenía que demostrar siempre el poder que ejercía sobre su esposa, ordenó:

—¡Entonces ve a cogerlas! Vamos, ¿a qué estás esperando? Llévalas al baño... ¡vamos, muévete!

Mimma estaba mortificada, no quería ser tratada así delante de la gente. Dejó el plato sin haber apenas tocado la comida.

—Voy..., voy a cogerlas. —Se levantó, fue a la planta de arriba, cogió el bolso y, tras haberlo apoyado sobre la cama, buscó con la mano el paquete de cuchillas de afeitar. No conseguía encontrarlas. Pero tienen que estar..., pensó. Miró dentro, sin resultado. Entonces vació el bolso encima de la cama—. ¡Ah, aquí están! —Cogió el paquete de cuchillas de afeitar y su mirada recayó sobre un trocito de papel blanco doblado—. ¿Y esto qué es? —Cogió el papel, lo abrió y leyó: «Mañana a las 9:30, en la estación». Mimma estaba confundida. ¿Qué significa? ¿De dónde ha salido esta nota?, se preguntó. Entonces empezó a atar cabos. ¿A que el niño de esta mañana no quería robar, sino solo meterme la nota en el bolso? ¿Quién la habrá escrito?, reflexionó. Ella lo sabía..., lo esperaba..., lo pensaba. Pero entonces, ¡Giovanni está todavía aquí! ¡Está todavía vivo y piensa en mí! ¿Y si no ha sido él quien ha escrito la nota? Tal vez haya sido Vito, que me está poniendo a prueba..., siguió preguntándose. La duda se apoderó de Mimma. Con el corazón latiéndole desbocadamente, la imaginación le empezó a volar...

Pero la voz de Vito la volvió a poner con los pies en la tierra.

—¿Has encontrado las cuchillas de afeitar o no?

—Sí, sí..., las tengo, estoy llegando —respondió Mimma, escondiendo la nota.

La velada terminó como siempre, con Mimma que se quedaba sola en casa y Vito saliendo con sus compinches. Ella sabía dónde iba: a un local a jugar a las cartas hasta bien entrada la noche, o bien a visitar a alguna mujer de fáciles costumbres.

A la mañana siguiente, estando en ascuas, Mimma no paraba de mirar el viejo reloj de péndulo de la pared. Vito solía salir de casa a las 8.30 y le decía que salía por negocios, pero ella no había entendido nunca qué tipo de negocios eran y, a decir verdad, tampoco le importaba. Aquella mañana Caronia no se decidía a salir del baño y Mimma esperaba que Luisa llegara sobre las nueve. Por fin Vito salió y dijo a Mimma, que deseaba que se fuera lo antes posible, que le dolía la barriga y no se encontraba bien como para salir de casa. «¿Precisamente hoy, por todos los santos?», era el pensamiento que torturaba a Mimma.

El tiempo pasaba... La estación de Brancaccio no estaba lejos de su casa, pero tampoco a dos pasos, así que Mimma tenía que apresurarse. Intentó convencer al marido para que saliera aconsejándole ir a visitar al doctor, pero él se negó. Mientras, seguía mirando el reloj intentando hacerlo con discreción, porque no quería que Vito notara su nerviosismo. Vito se dio cuenta, sin embargo, de que se había vestido como si tuviera que salir.

—¿Qué vas a hacer, sales también esta mañana? ¿Con quién?

—Pensaba que te había dicho que tengo que acompañar a Luisa a ver al doctor —respondió Mimma con un hilo de voz.

Vitó se creyó la mentira.

—¡Ah, de acuerdo! ¡Muy bien! ¡Entonces explícale qué me pasa y haz que te dé algo para mí!

En aquel momento llamaron a la puerta y Mimma lanzó una mirada al reloj: las nueve en punto. ¡Muy bien, Luisa! ¡Muy puntual!, pensó. Se volvió hacia Vito y, mientras, pensaba en cómo librarse también de Luisa, porque no podía llevarla con ella a la estación para no inmiscuirse en aquella historia. Pensó en la nota y una vez más se preguntó quién había podido mandársela. ¡Esperaba con todo su corazón que hubiera sido él, su único y verdadero amor! Llamaron a la puerta de nuevo.

—Entonces, ¿te decides a ir a abrir o no? —gruñó Vito irritado.

Mimma corrió hacia la puerta: ¡era Luisa! Cuando vio que se trataba de la menor de la familia Lupo, Vito se refugió en el baño, golpeado de nuevo por su terrible dolor de barriga. Luisa, que conocía muy bien cómo sufría Mimma en la vida, notó enseguida que estaba pensativa.

—¿Qué pasa, Mimma..., ha sucedido algo? —preguntó.

Mimma aprovechó la ausencia de Vito para decir una mentira.

—Perdona, Luisa, pero hoy no puedo salir. Como ves, Vito no está bien y tengo que quedarme en casa.

—¡Tranquila, no pasa nada! ¡Ya voy yo sola a ver al doctor! ¡Nos vemos, hasta pronto! —dijo Luisa contenta de saber al menos que a la hermana no le había pasado nada malo.

Mimma hubiera preferido no dejar ir a la hermana sola, pero los minutos volaban y ella tenía que llegar a tiempo a la estación.

—Perdona, pero ha sido un imprevisto —siguió diciendo.

—Pero ya te he dicho que no te preocupes..., ¡no pasa nada! —la tranquilizó la hermana dándole un beso en la mejilla.

Cuando Luisa se marchó, Mimma fue hacia el baño e intentó hablar a Vito a través de la puerta cerrada.

—Vito, me voy con Luisa. ¡Vuelvo enseguida! ¡Le diré que me dé algo también para ti!

—Sí, pero intenta ir todo lo rápido que puedas..., ¿lo has entendido? —respondió Vito. Esta vez Mimma jugó todas sus cartas. Por fin saldría sola y se tomaría todo el tiempo que quisiera.

—¡Ah, ya sabes cómo van las cosas en casa del doctor! ¡Se sabe cuándo llegas, pero no cuándo vas a salir! ¡Siempre hay muchísima gente! ¡Me voy!

Y así salió de casa, cerró la puerta tras de sí y se fue a paso ligero, casi corriendo.

\* \* \*

En el cuartel de los carabinieri era un día de alegría y tristeza: de alegría porque el brigadier Tagliarini había vuelto la noche antes de Sferracavallo para recoger sus cosas, y de tristeza porque se iba ya, y esta vez para siempre.

¡Ya era hora!, pensaba Giovanni. Habían pasado los años y por fin podía trasladarse a Roma, a la capital, con su familia y su gente. Estaba radiante. Tenía una única espina clavada, una espina que le había marcado estos últimos tres años: Mimma, su Mimma, ¡su único y gran amor! Esperaba al menos volver a verla en su último día en Sicilia, poder verse reflejado en sus maravillosos ojos, pero sabía que sería imposible por culpa de la vida que llevaba su desafortunada mujer; ¡aunque la esperanza es lo último que se pierde!

Baldini y Coletti habían cargado las maletas del brigadier en una carroza llamada especialmente para él. Después, el cuartel entero fue al comedor para despedirse: incluso los más rudos hombres armados se conmovieron. El mariscal Contini abrazó a Giovanni como a un hijo y le dijo que saludara a su familia de su parte y de la de todos los carabinieri del cuartel. Entonces Giovanni, uno a uno, con una emoción que intentaba esconder, se despidió de sus compañeros. El apuntado Baldini lo acompañaría hasta la estación.

Cuando llegó el momento, los dos subieron a la carroza, y Giovanni, saludando aún con la mano, observó por última vez su cuartel siciliano.

Mientras tanto, Mimma caminaba a paso ligero con un velo en la cabeza, intentando pasar inadvertida por las callejuelas menos frecuentadas: ¡no se sabía nunca a quién podía encontrarse! Alguien podría contar a Vito que la había visto caminando sola por el barrio y para ella eso se convertiría en un problema serio.

Mientras, los dos carabinieri habían llegado a la estación. Una vez cargado el equipaje en el tren, permanecieron en la acera un rato, intercambiando las típicas frases de despedida. Las 9.25, decía implacable el reloj. Giovanni miraba a su alrededor, escrutando entre el bullicio. Baldini le hablaba, pero él, concentrado como estaba buscando a Mimma entre la gente que se apresuraba a subir al tren, no le escuchaba. En el momento de la despedida definitiva, Giovanni le dijo a Baldini que cuidara de Fulmine, su caballo. El jefe de estación solicitó a los pasajeros que subieran al tren.

—¡Brigadier... Giovanni, te echaré mucho de menos! —Desde que le conocía, pocas veces Baldini le había llamado por su nombre.

Giovanni sonrió.

—Y yo a ti, Andrea. ¡Cuídate!

Baldini le estrechó la mano: se notaba que estaba conmovido. Después le hizo el saludo militar y se alejó apresuradamente antes de que se le escaparan las lágrimas.

Las nueve y media en punto. El silbido del jefe de estación y la barra verde levantada indicaron que era el momento de partir. Desde la ventanilla, Giovanni miraba hacia el suelo mientras el tren empezaba a moverse. Fue en aquel preciso instante cuando Mimma llegó. Una mirada rapidísima, un movimiento de la mano, mientras el viento le hacía resbalar el velo de la cabeza liberando su bello rostro y los ojos fijos en los de Giovanni... Entonces el tren aumentó la velocidad y Mimma se quedó con el velo entre las manos, la añoranza en el corazón y los ojos llenos de lágrimas: ¡fue un momento que duró una eternidad!

Pero, como se suele decir, ¡el diablo hace las ollas y alguna vez también las tapas![24] Dos andenes más allá, uno de los compinches de Vito, de los que, mira qué casualidad, había ayudado en el secuestro de Mimma, estaba esperando a algún familiar, o amigo, o tal vez solo al tren. Fue testigo de la escena.

Inmersa en sus tristes pensamientos, Mimma no se dio cuenta de nada. Se volvió a cubrir la cabeza, abandonó la estación y fue de verdad a casa del doctor, donde se encontró con Luisa. A ella le contó que Vito necesitaba realmente alguna medicina y la había mandado a ella sola. Así, con la receta, fue a la farmacia acompañada por la hermana.

Después volvió a casa. Vito estaba tumbado en el sofá y se sujetaba la barriga.

—El doctor ha dicho que te tienes que tomar estas pastillas tres veces al día. —Mimma le llevó un vaso de agua y la medicina.

Al día siguiente, Vito se encontraba mejor y, aunque aún convaleciente, salió de casa, pero volvió extrañamente pronto. La jornada transcurrió tranquila con él tumbado en el sofá y Mimma preparando un caldo y un poco de carne hervida, tal y como había sugerido el doctor. Cuando llegó la hora, se sentaron a cenar.

De repente, sin levantar la cabeza del plato, Vito dijo:

—Ayer por la mañana, ¿fue también Luisa a casa del doctor?

—¡Claro, te lo dije antes de salir! —respondió Mimma.

Vito seguía mirando al plato.

—¿Y qué le dijo el doctor a Luisa?

Mimma no entendía dónde quería ir a parar, pero empezaba a tener miedo, no tanto por las preguntas, sino porque él seguía sin mirarla a la cara. Le conocía muy bien, ¡eso era mala señal! Así que respondió:

—Le ha dicho que es algo pasajero.

Vito entonces levantó la mirada, clavó sus ojos en los de Mimma y pronunció con mucha calma:

—¿Una cosa pasajera o un pasajero? Y dime otra cosa: ¿el doctor ha trasladado el ambulatorio a la estación?

Por el tono en aumento de su voz, Mimma se esperaba en cualquier momento la bofetada que Vito le daba cada vez que perdía los papeles. Se levantó intentando evitar un mal mayor, pero Vito la detuvo, la lanzó contra la pared y la retuvo con la mano abierta apoyada en su barbilla. Mimma estaba indefensa, aterrorizada por ella y por el hijo que llevaba en sus entrañas.

Vito le escupió a la cara toda su rabia:

—Entonces, dime, ¿qué querías hacer? ¿Huir con tu brigadier? ¡Recuerda que a mí no se me

escapa nada! De todos modos, todo acaba aquí, teniendo en cuenta que tu enamorado se va por fin lejos de tu alcance, pero si te atreves solo a pensar en otra estupidez como esta, ¡te mato a golpes! ¡De ahora en adelante, tú de esta casa no sales ni sola ni con ninguna de tus hermanas! ¡Ahora ve a la habitación y no salgas sin que yo te lo diga!

Mimma esta vez tuvo miedo de verdad. Una vez soltada la presa, Vito la miró enfurecido; ella huyó a la planta de arriba, se tiró sobre la cama y empezó a llorar. La suya era, por desgracia, una vida de arrestos domiciliarios, sin una pizca de amor y con la obligación de hacer de criada. Pensó en la madre superiora y en que tal vez hubiera sido mejor el convento. Al menos allí habría estado en santa paz: ¡nada de humillaciones ni golpes! Mimma pensaba en eso a menudo: ¡tal vez habría sido mejor si se hubiera convertido en monja!

## 18

Tía Mimma, vieja y sufridora, se seca las lágrimas y le dice al brigadier Bottini:

—¿Ves, hijo mío, las cosas que nos reserva la vida? ¡Amarguras, solo amarguras!

Paolo intenta animar a la anciana que le ha contado esta dramática historia y, un poco emocionado, pero con discreción, le pregunta:

—¿Y después qué pasó?

—¡Después mi marido se fue a la guerra! Yo, por desgracia, perdí a mi hijo cuando tenía apenas dos años. Lo mató el tifus: no había dinero, no había medicinas, ¡solo la muerte! Cuando volvió Vito, me quedé otra vez embarazada y nació mi hijo Giacomo.

Paolo tiene una pregunta rondándole por la cabeza.

—Disculpe, tía Mimma, ¿y del exprometido se supo algo más?

Tía Mimma le mira y sonríe.

—Algún año más tarde, mientras mi marido estaba fuera, hablé con el vice-brigadier Baldini, aquel carabinero que iba siempre de pareja con Giovanni. Me dijo que Giovanni había ascendido a mariscal, que hacía servicio en Roma y que nunca se había casado. Estaba con una mujer como si estuvieran casados, pero no lo estaban...

Paolo intervino, sonriendo.

—Sí, sí, lo he entendido, vivían juntos...

—Sí, eso, pero no es un matrimonio, ¿verdad?

—No, no es un matrimonio. —¡Pobre mujer! Incluso ahora, pese a ser tan mayor, no renuncia a su amor por Giovanni, al amor por un hombre que en su corazón ha sido su único y verdadero marido..., ¡suyo y de ninguna otra!, pensó.

## 19

En efecto, después de pocos meses de servicio en el cuartel de Nepi, como había solicitado, Giovanni fue ascendido a mariscal y trasladado a Roma al Comando General del Arma de los Carabineros, como encargado de la secretaría del comando de la compañía del Tuscolano, bajo las órdenes del mayor Tagliarini, su hermano.

Se estableció en un pequeño piso de barrio y fue allí donde conoció a Ersilia, camarera de una cafetería donde solían ir los carabineros a desayunar. Ersilia, sola y sin padres, se enamoró de aquel mariscal que cada día a las diez y media, puntualmente, iba a tomar un café o un capuchino, le dejaba propina e intercambiaba con ella alguna palabra. Entonces un día Giovanni la invitó a cenar, y Ersilia, que no veía la hora de que él se decidiera a pedírselo, aceptó encantada.

De aquella cena a conocerse y a convivir, el paso fue breve. Ersilia a menudo sacaba a la luz la palabra «matrimonio», pero Giovanni siempre hacía ver que no la oía: argumento tabú..., ¡o así o nada! Era evidente que Ersilia, tras algún año de vida en común, empezaba a hablarle más como una esposa que como una amante. Sin embargo, había cosas de Giovanni que no soportaba y que a menudo eran motivo de discusiones y mal humor, como por ejemplo una fotografía que rondaba por casa: una vieja foto en blanco y negro de Giovanni, un brigadier joven en uniforme, y una chica con un vestido claro con extraños diseños que parecían flores. Estaban los dos sonriendo bajo una puerta que daba tal vez a un jardín.

Ersilia odiaba aquella foto porque la veía en todos lados. Entonces un día, haciendo la cama, la foto se cayó de debajo del cojín de Giovanni y terminó en el suelo. ¡Esto es demasiado! No es posible que sea tan tonto de guardarla debajo del cojín, pensó. Giovanni estaba de servicio y Ersilia, controlando su rabia, esperó pacientemente a que volviera.

Después de la cena, él se sentó en su sillón favorito y se puso a leer el periódico. Ersilia se presentó delante de él con el abrigo puesto y la maleta en la mano, y Giovanni la miró sorprendido.

—¿Qué pasa? ¿Dónde vas?

Con la cara enrojecida, ella sacó del bolsillo del abrigo la foto y se la tiró encima. Después, enfurecida, le gritó:

—¡Te lo juro, ya no puedo más! ¡Esto es una pesadilla! ¡Esa foto me lleva siguiendo desde que te conozco! Pero ¿quién diablos es la chica que tienes al lado, si se puede saber? ¡Me la encuentro en todas partes, en los cajones, en los bolsillos del uniforme, y ahora incluso debajo de tu cojín! ¿Quién es? ¿Cuando haces el amor conmigo, en qué piensas? ¿En esta cosa en blanco y negro? ¡Basta, Giovanni, basta, de verdad! ¡Me voy!

Se fue dando un portazo, dejándole sin palabras, con su fotografía. Giovanni, que durante



demasiados años se había acunado en aquel doloroso recuerdo, reconoció haberse equivocado, corrió hacia la puerta y se asomó por el hueco de la escalera. Ersilia estaba ya dos pisos más abajo.

—¡Ersilia, vamos, vuelve aquí! ¡No hagas el tonto! —le gritó.

Ersilia se dio la vuelta, se apoyó en el pasamanos y le gritó también ella:

—Giovanni, por mí como si te matan, a ti y a esa chica..., que ya debe estar muerta..., ¡espero!

Y siguió bajando las escaleras, desapareció en la entrada y Giovanni poco después oyó la puerta que se cerraba.

## 20

Tampoco para Mimma fueron fáciles los años de la posguerra. Su belleza estaba marcada por el sufrimiento, el hambre y los continuos disgustos que le daba, sobre todo, su hijo Giacomo. ¡Por desgracia, el chico no había crecido en un buen ambiente! Con un padre que apestaba a mafia y las amistades no precisamente de parroquia, Giacomo se metía en más líos que el propio diablo... Una denuncia tras otra, un arresto tras otro... El poco dinero que había en casa acababa en los bolsillos de los abogados: una verdadera desesperación.

Entonces Mimma recibió otro golpe. En los años 70 a Vito le dio un infarto, sobreviviendo de milagro, y después de esa experiencia ya no volvió a ser el mismo. Envejeció rápidamente y la mafia le dio de lado, abandonándolo a su mísero destino.

Los problemas no acababan nunca. Giacomo se metió en las carreras clandestinas, donde si no se tenían las espaldas cubiertas por un gran jefe mafioso, eras un hombre destinado a perder siempre o casi siempre, o bien a morir si no pagabas tus deudas. Giacomo era como su padre cuando era joven: fanfarrón y arrogante, pero también inexperto y, por tanto, presa fácil para viejos lobos mafiosos. Entonces, un día, un bonito día de primavera, hizo la mayor estupidez de su vida: compró un caballo de dudosa procedencia. Le habían contado que era un gran campeón americano que en Detroit o Filadelfia había ganado todas las carreras, y él picó de lleno. Creyó tener entre las manos al caballo que le haría ser rico, que vencería a todos los de la zona, incluso al mejor caballo de don Petru 'U Saccunaru.[25] Y precisamente eso se rumoreaba en la calle.

Al oír aquellos comentarios, don Petru se sintió ofendido y herido en el orgullo. ¡Él, que tenía los mejores caballos de carreras, clandestinas o no, no podía permitir la ofensa de aquel bravucón!

—Pero ¿quién es ese? —preguntó en la calle y le comentaron que era el hijo de Vito Caronia. Así, don Petru, que hacía años que odiaba a Vito, empezó a maquinarse su venganza. Desafió a Giacomo y su caballo americano, y con una apuesta no precisamente para pobres: ¡diez millones de liras! ¡Con ese dinero, en los años 70, se podía comprar una casa!

Giovanni, que todavía no sabía que su caballo en realidad era un rocín, una mula, un asno vestido de caballo..., más drogado que otra cosa, aceptó la apuesta. La carrera comenzó y se animó, pero el caballo estaba dopado y no consiguió llegar a la meta: se cayó pocos metros antes, dejando una victoria fácil al animal de don Petru. En aquel momento Giacomo se encontró con un grave problema: ¡él no tenía diez millones! Don Petru mandó a sus sicarios a buscarle y, al descubrir que tenía dificultades para pagar, le amenazó diciéndole que las deudas de juego se pagaban y que con él no se jugaba, porque, de hacerlo, se acababa en el fondo del mar con una bonita piedra atada al cuello.

Atemorizado, Giacomo corrió a casa a pedir el dinero a la madre, que, evidentemente, no lo tenía y le recordó que ya le había dado todos sus ahorros. Desesperado y violento porque sabía que estaba jugando con la muerte, empujó a la madre y subió a la planta de arriba. Allí empezó a registrar cajones y armarios buscando algo de valor, luego bajó de nuevo y salió de casa hecho una furia.

Vito acababa de salir del hospital, donde había pasado dos días recuperándose y con controles médicos de seguimiento por el infarto. Habían descubierto que tenía hipertensión arterial y que, antes o después, sufriría otro. El primer episodio, pese a no haber sido grave, había sido una señal de alarma. Volvió inesperadamente a casa algunas horas después de la visita de Giacomo.

—Pero ¿ya estás aquí? ¿Te han dado el alta así..., sin avisar a nadie? —preguntó Mimma sorprendida.

Vito la miró y contestó con arrogancia:

—¡Claro! ¿Tenían que avisar también al presidente antes de darme el alta? Además, ¿a ti qué te importa? ¡Me han dado el alta y basta! ¿Dónde está Giacomo? —Mimma agachó la mirada y no dijo nada—. ¡Te he preguntado dónde está Giacomo! —repitió levantando la voz.

—No lo sé, ha salido hecho una furia.

Vito negó con la cabeza y subió arriba. Pasaron pocos minutos y le oyó gritar:

—¡Mimma!

Ella miró hacia la escalera sin entender nada. ¿A que se encuentra mal otra vez?, se preguntó.

Vito apareció en lo alto de las escaleras.

—¿Dónde está el dinero?

Mimma se quedó estupefacta.

—¿Qué dinero? ¿De qué dinero hablas?

—¡El que había escondido detrás del cajón de la cómoda! —explotó Vito. Para alguien que acababa de sufrir un infarto, bien seguro que tanta excitación no era aconsejable—. ¡Y no hagas como si no supieras nada! ¡Solo tú podías saber dónde estaba! ¡Se lo has dado a tu hijo, a ese desgraciado, y seguro que habrá ido a jugarlo en las carreras de caballos!

Mimma empezó a llorar. ¡No era posible que su sufrimiento no terminara nunca!

—Mira, Vito, que yo no sé nada, ¡te juro que no sé nada! —protestó con un hilo de voz.

Mientras, obcecado por la rabia, había bajado las escaleras y la tenía cogida por el cuello, inmobilizada. Debió entonces caer en la cuenta de que Mimma no tenía nada que ver con la desaparición del dinero, porque la soltó y se dejó caer en una silla, soltando injurias y ofensas contra su hijo, ladrón incluso con sus propios padres.

Habían pasado dos o tres días y seguían sin noticias de Giacomo. A pesar de todo lo malo que había hecho su hijo, Mimma seguía siendo su madre y seguía rezando y llorando por aquel insensato. Además, era normal que, habiendo tenido el mal ejemplo de su padre, también él viviera de tejemanejes y chanchullos.

Una mañana, bajo la puerta de casa, encontró un sobre cerrado sin remitente ni destinatario. No se atrevió a abrirlo, porque si era de Vito y lo abría, ¡se metería en un buen lío! Por eso, subió las escaleras y fue a buscar a Vito, que se estaba levantando en ese momento. Desde que había salido del hospital, Vito se levantaba tarde por las mañanas y solo salía al mediodía para traficar con alguien y traer algo de dinero a casa. Después de lo que había hecho Giacomo, no tenían ni una lira y las cosas iban cada vez peor.

—Alguien ha metido este sobre por debajo de la puerta, Vito. —Mimma entregó el sobre al marido, que lo cogió y lo abrió, encontrando en su interior una hoja de papel cuadriculado con pocas palabras claras y concisas:

Papá, mamá, os pido disculpas por haber robado vuestro dinero, ¡pero lo necesito para escapar lejos de aquí! Durante un tiempo tengo que desaparecer de Sicilia. ¡Este lugar se ha vuelto peligroso para mí! ¡Perdonadme!

Vito dejó caer la hoja al suelo y escondió la cara entre las manos, desesperado. Con Mimma ya entre lágrimas, aquel momento dramático culminó con uno todavía más trágico.

Vito se llevó las manos al pecho y, resollando y con las piernas temblándole ligeramente, se fue a la cama palidísimo. Mimma no sabía qué hacer. Solo pudo ir a buscar ayuda en los vecinos. En cuanto a ella, volvió a tiempo para ver morir al marido.

Antes de expirar, este la miró y, con lágrimas en los ojos, consiguió decirle una última palabra:

—¡Perdóname! —Mimma se emocionó mucho. ¡Nunca antes Vito le había dicho algo así!

\* \* \*

Con la ayuda de algunos compasivos vecinos de casa y del párroco se pudieron hacer unos mínimos ritos funerarios para el difunto Vito.

Al finalizar la ceremonia, Mimma volvió a casa sola. Pensaba en Giacomo. ¡Quién sabe dónde estaría el descerebrado de su hijo! Pensaba en Giovanni, una figura lejana de su juventud. Quién sabe cómo habría sido la vida junto a su hermoso brigadier: seguramente otros hijos, otra gente, nada de pobreza, sufrimientos ni golpes. Así, pensando en su cruel destino, se desataron las lágrimas. Ahora estaba realmente sola y sin dinero. La edad no le permitía ni siquiera encontrar algún trabajo. Por suerte tenía todavía a sus hermanas. Concetta era ya una anciana viuda que vivía con la pensión del marido y algo de ayuda de las hijas. Luisa se había casado con un albañil y llevaba una vida modesta pero serena. Al principio, recibió una pequeña ayuda por parte de ellas. Para el futuro confiaba en la Providencia.

Había pasado casi un mes desde la muerte de Vito y seguía sin noticias de Giacomo. Una mañana, volviendo del mercado con la compra —con el exiguo dinero con que la ayudaban las hermanas y el párroco podía comprar bien poco—, abrió la puerta de casa, dejó la bolsa de tela encima de la mesa y, al levantar la cabeza, notó una figura en la sombra. Se sobresaltó aterrada hasta que la figura se le acercó: Giacomo. Habría querido abrazarle, pero un antiguo orgullo la frenó. En el fondo, aquel hijo ingrato la había hecho sufrir, se lo había quitado todo, pensando solo en sí mismo...

—¿Y tú qué haces aquí? ¿No habías dicho que Sicilia era peligrosa para ti? —le preguntó.

Giacomo no respondió, solo se encogió de hombros como diciendo: «Y a quién le importa», y

con voz suplicante le pidió perdón a la madre por todo el daño pasado. Mimma le acusó de haber hecho morir al padre de un ataque al corazón y Giacomo se echó a llorar, pero ella, desconfiada, no estaba segura de si ese llanto era verdadero o no. Seguía siendo su madre y, aunque ofendida, decidió perdonar al hijo pródigo con un largo e intenso abrazo. Giacomo estaba acostumbrado a vivir siempre metido en líos, a las mentiras, a las estafas, tanto que incluso había sido perdonado por don Petru ‘U Saccunaru y no precisamente porque se hubiera vuelto un chico responsable; de hecho, seguramente ahora trabajaba para él. Aquel día parecía que por fin había asentado la cabeza, pero enseguida retomó de nuevo su vida misteriosa. Desaparecía días enteros sin decir dónde, y de vez en cuando traía al viejo establo de don Tano caballos que después desaparecían.

Una hermosa mañana de verano, Mimma estaba regando las flores cuando Giacomo apareció jadeando como si llegara tarde.

—Mamá, me voy a mi habitación a ordenarla un poco.

—¡La yegua blanca está a punto de parir! ¡Tenemos que estar atentos! —le recordó Mimma.

Él la avisó de que en un rato vendrían dos personas a buscarlo. Un cuarto de hora más tarde, Mimma estaba todavía en el pobre jardín, que ya no tenía el mismo esplendor de los tiempos en los que vivían don Tano y su esposa Marianna, cuando dos distinguidos señores se presentaron en la verja y preguntaron:

—Discúlpennos, señora, ¿vive aquí Giacomo Caronia?

Acordándose de las palabras del hijo, Mimma dijo:

—¡Sí, sí, es mi hijo! Me ha hablado de vosotros. Os está esperando en el establo. ¡Por favor, por favor, entrad! —Abrió la verja del jardín y les indicó la puerta del establo. Luego, por amabilidad, viendo también su elegancia, añadió—: ¿Puedo ofrecerles un café?

Uno de los dos se quedó estupefacto: en el fondo, Mimma no les conocía de nada.

—No, señora, no se moleste, acabamos de tomar uno en el bar. ¡Gracias!

Los dos entraron en el establo. Al verles, Giacomo dejó de hacer lo que estaba haciendo y les saludó.

—Buenos días, os estaba esperando.

—¡Buenos días, Caronia! —dijo uno de los dos personajes echando un vistazo al establo, que en algunas zonas estaba en ruinas y era peligroso—. ¿Sabes que tienes una madre muy amable?

Giacomo aprovechó el comentario para dramatizar con su respuesta, como buen teatrero que era:

—¡Lo sé! ¡Pobre mujer! Desde que se quedó viuda... —Hizo una pausa compungido—. ¿Sabéis?, esto lo hago por ella, para conseguir reunir algo de dinero. Mi padre, en paz descansa, no nos dejó nada, ¡solo deudas y desesperación!

Los dos mostraron cierta compasión y comentaron el sano y afectuoso comportamiento de Giacomo.

—¡Si hubiera más hijos así! —dijo uno mientras el otro asentía complacido. Después preguntó a Giacomo—: Entonces, ¿qué nos puedes ofrecer? ¡Hoy tenemos ganas de negociar! ¡Vamos, déjanos ver!

Giacomo mostró su mercancía: la yegua blanca esperando un potrillo, un caballo árabe declarado vencedor de no se sabía cuántas carreras y, para terminar, casi un regalo, una pieza de época, una cupé en perfectas condiciones, de madera y acabados de cuero en perfecto estado. Solo tenía que repararse un poco la tapicería, según los gustos, porque había gente que la quería de un

color y gente de otro...

Los dos hombres se acercaron a los caballos, los observaron, los tocaron, les miraron la dentadura porque ahí se veía la edad de un animal y, al terminar, uno de ellos se giró hacia Giacomo y dijo:

—¡Pero este árabe es muy viejo!

Giacomo tergiversó la situación, exageró haciendo cumplidos a aquel estupendo semental y siguió con los elogios... Los dos se miraron, sonrieron y, delante de la cupé, pusieron unas caras que no prometían nada bueno.

—Querido Caronia, siendo generosos, pero muy generosos, te damos cuatrocientas mil liras redondas.

Giacomo abrió exageradamente los ojos y extendió los brazos.

—Pero ¿cómo cuatrocientas mil liras? ¡Señores míos, la yegua sola ya vale eso! Sí, de acuerdo, el árabe no es un potrillo, ¡pero la carroza es una pieza de época con un valor enorme! ¡Al menos quinientas cincuenta mil liras para hacer un precio justo!

—Te haré una última oferta, Giacomo, ¡y si no, nos vamos! ¡Cuatrocientas cincuenta mil liras y no lo hablamos más!

Como gran actor que era, con voz suplicante, Giacomo intentó conmovérselos.

—Al menos hacedlo por mi madre, ¡necesita realmente el dinero! ¡Ofrecedme quinientas mil liras y que Dios os bendiga!

El hombre que había hecho la oferta, el que se notaba que poseía el dinero, se acercó a Giacomo, metió la mano en un bolsillo interno de la chaqueta y sacó un fajo de billetes, todos de cien mil. Contó cinco, cogió la mano de Giacomo y los puso en ella.

—¡Aquí tienes! ¡Aquí hay quinientas mil liras! ¡Considéralo un regalo para tu madre por ser tan amable!

Giacomo miró el dinero y empezó a dar las gracias también de parte de su madre. Después, saliendo del establo, uno de los dos dijo:

—Al mediodía mandaremos a alguien a recogerlo todo.

—De acuerdo, os dejaré preparados tanto los caballos como la carroza. Si yo no estuviera en casa, podéis decir a vuestros hombres que se lo pueden llevar todo sin problemas, ¿de acuerdo?

—Perfecto, de acuerdo.

Giacomo liberó la cupé de todos los trastos que tenía acumulados y la limpió por encima. Mientras estaba concentrado haciendo eso, Mimma apareció en el establo.

—Giacomo, pero ¿qué estás haciendo?

—¡Nada, nada, mamá! Estoy ordenando un poco.

Mimma se quedó sorprendida porque normalmente Giacomo no entraba en el establo y mucho menos lo ordenaba. Volvió a meterse en casa pensando que el hijo, o se había vuelto loco, o por fin había aprendido. A primera hora del mediodía, escuchó que la puerta del establo se abría y se oía algo de ruido. Pensando que era todavía su hijo, gritó:

—¿Quieres un poco de café?

La voz que respondió «Sí, gracias» no era la de Giacomo, así que Mimma abrió la pequeña puerta que comunicaba con el establo y vio a un hombre que seguro que no era su hijo.

—Perdone, pero ¿quién es usted?, ¿y qué hace en mi establo? —preguntó estupefacta.

El hombre, que no había visto entrar a Mimma, al oír su voz se volvió como un niño al que

atrapan con las manos metidas en el tarro de mermelada.

—Disculpe, señora, pero hemos venido a recoger la carroza y los dos caballos.

—¿Dónde está mi hijo? —replicó Mimma llena de dudas.

Un segundo hombre bajó de un salto del camión al que había puesto dos tablas haciendo pendiente en la parte de atrás y se acercó a la puerta donde estaba Mimma.

—Mire, señora, ¡nosotros a su hijo no le conocemos!

Mimma miró a su alrededor y, casi susurrando, dijo:

—Pero estaba aquí hace solo un segundo.

—Aquí, cuando hemos llegado nosotros, no había nadie.

El hombre se volvió hacia el camión, que estaba haciendo maniobras para acercarse lo más posible al portón central.

—¡Sigue! —gritó—. ¡Sigue un poco más! ¡Sí, un poco más! Acércate despacio..., sí, un poco más..., ¡vale, para! ¡Baja y échame una mano! —Se dirigió nuevamente a Mimma—. Señora, le pido disculpas, pero nosotros seguimos órdenes del señor Michelangelo D' Orazio..., ¿le conoce? ¡El vendedor de caballos! El que tiene todas las carrozas que para Santa Rosa desfilan por Ruggero Settimo, ¿sabe? —Mimma negó con la cabeza—. Le estaba diciendo que nos ha mandado ese señor. Si no me equivoco, esto es plaza Magione número 8, ¿no?

—Sí, sí...

El hombre dijo secamente:

—Nos ha mandado a recoger algunas cosas: ¡una carroza y dos caballos! ¡Hemos venido a llevárnoslos!

—¡Pero esta carroza es un recuerdo muy antiguo de mi abuelo! —reaccionó Mimma al discurso calmado y convincente del hombre—. ¡Estos caballos son lo único que me dejó mi marido!

Se acercó también el hombre que acababa de bajar del camión.

—«Eran», querida señora..., ¡ahora son del que nos ha contratado, el contable D' Orazio!

—¡Pero seguro que os equivocáis, tiene que haber un error! —replicó Mimma.

El primer hombre se sacó un papel del bolsillo y, desdoblándolo, dijo:

—¡Señora, nosotros tenemos un poco de prisa! Perdona, pero ¿usted conoce a un tal Giacomo Caronia?

Al escuchar el nombre del hijo, Mimma enarcó las cejas.

—¡Claro que le conozco, es mi hijo!

El hombre le enseñó el papel.

—Espero, señora, que usted sepa leer, porque aquí, al final de esta hoja de cesión o, si lo prefiere, contrato de venta, está la firma del señor Giacomo Caronia diciendo que vende al contable Michelangelo D' Orazio dos caballos y una carroza estilo cupé. ¿Se convence ahora?

Los dos dejaron a Mimma con la hoja en la mano, apoyaron los ejes a la carroza, la engancharon y con una polea la arrastraron hacia el camión.

Cerraron las puertas y uno de ellos dijo:

—¡Por fin! Ahora ata a los caballos detrás. ¡Vamos, movámonos, que tenemos otras cosas que hacer!

—Pero la señora nos ha ofrecido café...

Mimma ahora les miraba enfadada. Algo no iba bien.

—¡Nada de café! ¡Marchaos! ¡Ahora! —gritó.

Uno de ellos preguntó:

—Señora, ¿se encuentra mal? ¿Qué pasa?

—¡Fuera..., marchaos!

Los hombres subieron al camión y se marcharon dejando la puerta del establo entreabierta. Apenas se alejaron un poco, el conductor le dijo al otro:

—¡Aquella vieja está realmente loca!

\* \* \*

Giacomo había desaparecido de nuevo y, dada la falta de noticias suyas, alguien, de hecho más de uno, tenía la teoría de que había acabado dentro de algún pilar de los nuevos edificios que aparecían como setas alrededor de la ciudad, barrios nuevos que se tragaban todo: terrenos, cultivos y barrios antiguos. La casa de don Tano, sin mantenimiento, estaba cada vez más deteriorada. Las paredes se sostenían en pie, pero el resto estaba hecho un desastre: persianas descoloridas que se caían a pedazos, la cubierta del establo ya derrumbada, las malas hierbas que crecían lozanas y contribuían a convertir aquel lugar en hogar para ratones y lagartijas... Mimma vivía con una pequeña pensión obtenida gracias a la intervención del párroco, pero en realidad era una limosna. Iba todos los días a la iglesia, el único lugar seco y cálido donde descansar y también rezar. Tenía el banco solo para ella porque ninguna de las señoras del Palermo que se extendía como una mancha de aceite se sentaba al lado de aquella pobre mujer vestida con aquellos trapos usados. ¡Ya no era la espectacular Mimma que una vez fue!



## 21

Pasaron los años. En 1987, Mimma era una anciana delgada y enérgica, todavía en pie pese a comer tan poco por lo pobre que era. En fin, conseguía arreglárselas. Además, siempre había alguien del barrio, ahora mucho más moderno, que la quería mucho y le daba un poco de todo, tanto verduras como pan. También el carnicero, de vez en cuando, le regalaba algún bistec y un poco de hervido. ¡Mimma seguramente era pobre de dinero, pero no de gente que la quería!

Un buen día de primavera sucedió algo. Mimma estaba asomada al peligroso balcón, aquel balcón desde el que una vez vio llegar a su amor a caballo, capa al viento, hermoso como un héroe mitológico, cuando, de lejos, distinguió una figura que avanzaba hacia su casa. Cada vez que veía a alguien doblando la esquina y dirigiéndose a la plaza imaginaba y pensaba enseguida en su Giovanni, pero ahora ya el tiempo había pasado y le quedaban solo inútiles y dolorosos recuerdos.

Volvió a entrar, bajó las escaleras, que en algunos puntos empezaban a crujir —les había puesto clavos debajo, pero antes o después se derrumbarían igualmente—, fue a la cocina y oyó cómo llamaban a la puerta. Pensó que sería el cura o algún alma buena que traía algo para comer. Fue a abrir. El distinguido señor con las gafas de lentes gruesas que se encontró delante iba bien vestido y llevaba un abrigo azul. En la cara, llena de arrugas y recién afeitado, resaltaba un cuidado bigote. Mimma se quedó sin palabras durante un momento. No conocía a aquel hombre y pensó que tal vez le había mandado el párroco. Entonces se armó de valor.

—Disculpe, ¿a quién está buscando? —Estaba un poco atemorizada, más por la elegancia y el porte que por la mirada del hombre que la observaba en silencio. Será mudo, imaginó—. ¿Necesita algo? ¿Está buscando a alguien? ¿Tal vez le ha mandado el párroco?

El hombre seguía mirándola fijamente y sin hablar. Después se metió despacio la mano derecha en el bolsillo del abrigo y sacó una foto.

—Buenos días, señora —dijo finalmente, entregándosela a Mimma—. Solo quería saber si conoce a la chica de la foto. —Mientras decía eso, dos grandes lágrimas le caían por la cara. Cogió todo lo rápido que pudo un pañuelo de los pantalones para secárselas, pero el llanto era ya incontrolable. El viejo estaba llorando.

Mimma miró la foto y casi se cae al suelo desmayada. El hombre alargó una mano para sujetarla y la acompañó a una silla. En el silencio que se creó entre ellos se podría haber oído volar una mosca.

Mimma pensó que tal vez no la había visto bien. Buscó en el bolsillo del grasiento delantal un par de gafas con la montura negra de plástico y una patilla rota, limpió las lentes y miró de nuevo la foto. Ahora que la había enfocado bien lo entendió todo, levantó la mirada hacia el hombre y

pronunció una única palabra:

—¡Giovanni!

Llorando, él asintió. Mimma estaba confundida. ¡Ahora era una mujer anciana, frágil, pero emocionada como cuando tenía diecisiete años! Se levantó y le abrazó con alegría. Giovanni le contó todo lo que había sucedido desde aquel maldito día en la estación... ¡Tal vez no hubiera debido irse, tal vez hubiera tenido que luchar para recuperar a su Mimma! Pero, ya se sabe, de «tal vez» está el mundo lleno. Había vivido medio siglo con su foto debajo del cojín. Nunca se había casado y la mujer con la que había convivido se había ido, oprimida por aquella imagen en blanco y negro de una chica. Le propuso celebrar ahora aquel matrimonio negado, pero la respuesta de Mimma fue un triste «no».

—No, ya ha pasado demasiado tiempo. ¡Soy vieja y estoy cansada! Ya no es posible volver atrás.

Giovanni se quedó solo unos minutos porque tenía que volver a Roma. Intentó animarla prometiéndole que volvería para verla, pero ya no pudo hacerlo. Un año después de ese encuentro, el mariscal caballero de la República Giovanni Tagliarini murió. Mimma continuó esperando durante mucho tiempo otra sorpresa del hombre que le había robado el corazón, ignorando que nunca más le vería.

Un año después, también una parte de la casa de don Tano, la que daba al campo, se derrumbó.

—Filtraciones de agua —dijo el topógrafo municipal que intervino tras varias recomendaciones por parte de ciudadanos y del comité del barrio. Y añadió—: Señora Lupo, ¿cómo tenemos que decírselo? ¡Esta casa es peligrosa! Usted no puede seguir viviendo aquí..., antes o después se le derrumbará toda encima de la cabeza. ¿Quiere entenderlo o no?

Mimma le miró con una sonrisa desdentada y después, con la gracia que le quedaba, rebatió:

—Hijo mío, yo de aquí no me moveré nunca..., ¡saldré solo en una caja de muertos! ¿Quieres entenderlo o no?

El topógrafo, desesperado, extendió los brazos y elevó la mirada al cielo.

—¡Roguemos a Dios que no suceda nada! Yo, de todas maneras, he cumplido con mi deber de avisarla. —Se subió al coche y se fue.

En efecto, ahora aquella casa se había convertido en una casucha anacrónica, una vergüenza para el nuevo barrio. Y pensar que hubo alguien que le había incluso ofrecido un apartamento y dinero para comprar el terreno y las ruinas y construir un palacio.

Pero la anciana, más dura que el acero, decía:

—¿Yo encerrada en aquellas cajitas que llaman apartamentos? ¿Están bromeando? Sola, quiero estar... en mi casa, ¡sola!

Y sola, de hecho, se había quedado. Concetta murió en Suiza, donde había emigrado con las hijas. En cuanto a Luisa, también ella había muerto, como mamá Ninfa: un tumor maligno la había vencido en pocos meses.

Una mañana alguien llamó a la puerta y, como siempre, Mimma fue a abrir pensando que sería el párroco o un benefactor, o tal vez aquel simpático topógrafo municipal que quería seguir insistiendo hasta conseguir que se fuera de aquella casa. No era ninguno de todos ellos, sino un joven vestido de gris, con los zapatos brillantes, la camisa blanca, una corbata granate y un maletín negro bajo el brazo. Miró a Mimma y, muy educadamente, le dijo:

—Disculpe, espero estar hablando con la señora Domenica Lupo, viuda de Caronia.

Mimma se secó las manos mojadas en el delantal.

—Sí, soy yo. ¿Puedo serle útil?

Al joven se le iluminaron los ojos de felicidad.

—¡Menos mal, señora, que la he encontrado! ¡Encantado de conocerla! Permita que me presente: soy el notario Enzo Rossi del despacho notarial Randazzo de la calle Maqueda, aquí en Palermo. ¡Tengo una urgente necesidad de hablar con usted!

Mimma se quedó estupefacta: ¿un notario en su casa? ¡Ah, ya lo entiendo! Le ha mandado el topógrafo municipal. ¡Está obsesionado!, pensó.

—¡Acomódese, se lo ruego! —dijo dejándole entrar. —Claro que la casa no era precisamente acogedora. Olía a moho, a col hervida, y había una humedad que se podía cortar, tanto que la pared que daba al lado norte de la casa estaba mojada por la base—. ¡Siéntese, pero de todos modos deberá decir al topógrafo Bellomo que yo no salgo de aquí!

El notario, que todavía no se había sentado, volviéndose hacia ella, le preguntó:

—Disculpe, señora, ¿quién se supone que es el topógrafo Bellomo?

Mimma hizo una mueca de sorpresa y se avergonzó un poco. El notario no conocía al topógrafo Bellomo y ella había quedado muy mal. Intentó recomponerse.

—¡No, nada, señor, son cosas mías, solo cosas mías! Pero ¿usted por qué ha venido a buscarme? Disculpe, pero... ¿qué tengo yo que ver con un notario?

El joven notario se sentó en una silla coja, apoyó el maletín encima de la mesa, lo abrió y sacó unos papeles. Desplegó encima de la mesa el más grande, lleno de signos y números, y empezó a leer, de hecho, más a hablar que a leer, mirándola de vez en cuando a través de sus gafas de montura dorada. Mimma se sentía mezquina y sucia delante de aquel chico tan elegante y aseado.

—A ver, señora, póngase cómoda porque tendremos que estar un rato juntos, usted y yo —dijo el notario.

Mimma se sentó con curiosidad, haciendo muecas. Y ahora veamos qué me cuenta, pensó.

—Usted es Domenica Lupo, hija del difunto Antonio Lupo y Ninfa Ciccarello, ¿verdad? —retomó el notario. Mimma asintió con la cabeza—. ¿Se casó con Vito Caronia? —Mimma continuó asintiendo—. Entonces, mi querida señora, ¿sabe que podría ser millonaria de la noche a la mañana?

Mimma se rio y se puso la mano en la boca: se avergonzaba de una boca que una vez fue una preciosa fresa y ahora estaba sin dientes. Pero siguió riéndose un rato más por debajo de la mano. ¡Hasta el notario se reía!

—¿Quiere un café?

El notario Rossi la miró y pensó que tal vez la viejecita no le había entendido bien.

—¡No, señora, no quiero ningún café! ¡Mire que no estoy bromeando! ¡Señora, soy un notario, no uno que va contando chistes! Usted, mi querida señora Domenica, es a todos los efectos la propietaria de diez hectáreas de terreno edificable en la zona este de la ciudad de Palermo. Señora, ¿de verdad no sabía que su marido era propietario de todo ese terreno en las colinas del monte Pellegrino? Hay también una gran casa de campo, todo destruido ahora, ¡pero tiempo atrás debió ser un hermoso caserío!

A Mimma se le nubló la vista y empezó a llorar. El notario Rossi le acercó un pañuelo limpio que olía a fresco y a lavandería: no sabía que aquello que él llamaba «un hermoso caserío» había sido la prisión de Mimma y su condena de por vida. Precisamente eso, ¡su condena de por vida!

Pensando que las lágrimas de Mimma eran de felicidad y alegría, el notario Rossi continuó.

—Señora, ¿ve?, este es el plano del proyecto municipal para la edificación de una nueva zona residencial. Todo ha sido ya aprobado y decidido, solo que no encontraban al propietario del terreno y, ya que el encargo fue confiado a nuestro despacho notarial, me asignaron la misión de investigar, ¡y aquí estoy! Usted, querida señora Domenica...

Mimma le interrumpió.

—Llámeme Mimma.

—Querida señora Mimma, usted es la legítima... ¡la legítima propietaria de todos estos inmensos bienes! ¿Se da usted cuenta de que son millones, no migajillas? —El notario le hizo señas para que se acercara a la mesa. Mimma se puso sus gafas sucias y rotas. Le daba vergüenza, pero tenía que verlo bien—. ¡Mire, señora, mire! De aquí a aquí irán treinta bloques de pisos y además jardines, calles, iluminación..., en resumen, ¡un barrio entero! ¡Usted no tiene que hacer nada más que decirme una palabrita, un «sí», poner una firma en esta acta notarial y el trato está hecho! Señora, sus problemas se han terminado.

Mimma era una pobre y desesperada anciana que vivía de limosnas, y no podía creer a aquel tipo que le decía que se había convertido de golpe en una mujer riquísima: ¡seguramente era una estafa! ¡Se cuentan tantas historias en el mercado de embaucadores que toman el pelo a las viejecitas, robándoles hasta las míseras pensiones! Pero bueno, yo no tengo ni siquiera eso..., pensó. Sonrió, cubriéndose de nuevo la boca con la mano.

—Disculpe, señor, ¿cómo ha dicho que se llama?

El notario se había dado cuenta de que Mimma no le creía. Del resto no sabía ni la mitad.

—Enzio, señora, soy el notario Enzio Rossi, del despacho notarial Randazzo.

—Perdone, señor notario Enzio Rossi, ¿a mí quién me asegura que usted sea realmente Enzio Rossi el notario?

—¡Señora, le puedo enseñar mis documentos!

Mimma, que era anciana pero no senil, rebatió:

—¿Y si los documentos que me enseña son falsos?

El notario se rindió y pensó en cómo poder demostrarle que era realmente el notario Rossi. Con paciencia, continuó:

—Mire, señora, entiendo su desconfianza. Hagamos una cosa: le dejo toda la documentación encima de la mesa y voy andando hasta el cuartel de los carabineros. ¿Se fía al menos de ellos? —Mimma asintió con la cabeza—. Entonces voy y vuelvo con el mariscal, que le confirmará que yo soy el notario Enzio Rossi. ¿De acuerdo?

Mimma asintió una vez más y, viéndole levantarse, dijo:

—¡Yo de los carabineros me fío! ¡Mi único y gran amor era carabinero, de hecho, un brigadier!

Aquella confesión espontánea hizo que el notario Rossi sonriera con gratitud. Se fue y volvió media hora más tarde en un coche, acompañado por un mariscal y un apuntado. Mimma les hizo entrar. Los dos militares vieron la miseria que les rodeaba y sintieron compasión y piedad por aquella pobre viejecita. Mimma se acercó a ellos y los abrazó. A los dos les sorprendió aquel comportamiento y pensaron que la mujer no estaba bien de la cabeza.

El notario presentó a los dos carabineros.

—Entonces, señora Mimma, ¿ha visto como he vuelto? Este es el mariscal Troiano,

comandante del cuartel de los carabinieri, y este es el apuntado Bernardi. Ahora le dirán quién soy yo.

Mimma estaba fascinada con los uniformes, los miraba como hipnotizada, perdida en sus propios pensamientos, en sus recuerdos de juventud, de cuando había sido feliz con su Giovanni.

Se dirigió al mariscal tuteándole:

—¿Sabes que yo he sido el gran amor de un brigadier?

El mariscal Troiano, como buen napolitano, refinado e irónico a la vez, respondió:

—¡Puedo imaginarlo, señora! Usted debió ser hermosa de joven. —No le dio tiempo a terminar la frase cuando Mimma ya había sacado del cajón del decrépito aparador su foto con Giovanni. Se la dio al mariscal, que la miró y se la acercó al apuntado.

—¡Ah, pero entonces es verdad! ¡Era realmente una muchacha hermosa! ¿Y el brigadier quién es?

Mimma no consiguió frenar una lágrima. Ya no eran tiempos para llorar por eso, pero la conmoción la asaltaba siempre.

—Ah, querido mariscal, Giovanni era hermoso..., se llamaba Giovanni Tagliaretti, me parece, no lo recuerdo muy bien...

El apuntado Bernardi intervino.

—Mariscal, me parece que la señora habla del mariscal Tagliarini, ¿sabe?, el que vino hace un tiempo a nuestro cuartel y nos contó una historia de prometidas y mafiosos, de chicas secuestradas, ¡que a nosotros nos pareció un poco extraña! ¡Dios mío, era verdad! ¡Esta señora era su prometida!

Mimma ahora lloraba, la conmoción había tomado posesión de su pobre corazón de abuela. Entonces el mariscal Troiano hizo que se sentara y mandó a Bernardi que trajera un vaso de agua.

—Señora Mimma, ¡no tiene que llorar! —dijo conmovido también él—. Pero ¿por qué llora? ¡Nosotros estamos aquí, y sepa que este hombre es realmente un notario y que todo lo que le ha dicho es verdad! Haga lo que le diga y después ya pensaremos nosotros en el resto, ¡quédese tranquila!

El notario Rossi se acercó a Mimma y la acarició, como un buen nieto a una abuela. Después, en voz baja:

—Eh, señora Mimma, se ha dado cuenta, ¡tenían que ser precisamente los carabinieri los que la convirtieran en millonaria! —Se echó a reír, y también Bernardi y Mimma. Entonces ella cogió la pluma que el notario Rossi le había puesto delante y firmó el acta notarial de cesión del terreno a la empresa de construcción La Rinascita por un importe de dos billones y setecientos millones de liras. El notario, que tenía el corazón robado por la anciana, quiso asegurarse—. Señora Mimma, ¿sabe qué vamos a hacer? Al lado de su firma meteremos otras dos: la del mariscal Troiano y la del apuntado Bernardi en calidad de testigos. ¡A ver quién podrá dudar de este contrato de venta con dos testigos así!

Hizo firmar también a los dos carabinieri y concluyó el tema añadiendo su firma para cerrar el acta. Volvió a doblar los papeles y, metiéndolos de nuevo en el maletín, miró a Mimma: sí, pobre mujer, estaba en muy muy mala situación, sucia y dejada. Su mirada recayó de nuevo sobre la foto que permanecía encima de la mesa. «Quiero decir, ¡pero mira lo hermosa que era, diablos! ¿Cómo puede el tiempo hacer esto?», pensó con un suspiro.

—Entonces, señora Mimma, ¡a partir de mañana estoy a su disposición! ¡Me tendrá

enganchado a su falda de día y quizás hasta de noche! A partir de mañana me comprometo delante de los carabineros a ser su ángel de la guarda. ¡Prepárese para cambios increíbles! ¿No tiene familia?

Mimma le miró, bajó la mirada al suelo y respondió:

—Pero, notario, si tuviera familia, ¿estaría en estas condiciones? Tenía un hijo, ¡pero hace un siglo que no se sabe nada de él! ¡Tenía dos sobrinas, que tal vez estarán en Suiza, de las que no sé nada! ¡Solo tengo los hijos que he tenido siempre en el corazón! ¡Son ellos, los carabineros! Son los hijos que quería de Giovanni y son muchos, ¡pero son míos solo en mi corazón y basta!

El mariscal Troiano, interviniendo cortés pero decididamente, puso fin al melancólico discurso de Mimma.

—¡Está bien, señora! ¡Ahora basta de penas! Notario Rossi, mañana por la mañana vaya a recoger a la señora al cuartel: ¡nos la llevamos con nosotros! ¡Esta noche la señora Mimma será huésped de los carabineros y de la familia Troiano! ¡A mis hijos les gustará tener una abuela más! ¡Y qué diablos! ¿Somos o no somos caballeros? ¡Bernardi, acompaña a la señora al coche!

Un poco reacia, Mimma objetó:

—¡Pero tengo que cerrar la casa!

—Pero ¿qué casa, señora Mimma? —le dijo el notario Rossi—. A partir de mañana usted tendrá una casa nueva y preciosa, y esta, si quiere, la vendemos, ¡así añadimos otros quinientos millones!

Mimma le miró asustada.

—¿Quiere vender la casa de mi abuelo?

El notario respondió:

—¿Yo? ¡No es mía! ¡La casa es suya! Si usted quiere venderla, esta casa aquí, en esta zona, vale quinientos millones: ¡si quiere lo toma y si no lo deja!

Mimma sonrió, siempre con la mano tapándose la boca, y dijo:

—Pero ¿qué voy a hacer yo con tanto dinero? ¿A quién se lo dejaré?

El notario se encogió de hombros.

—¡A quien usted quiera, señora! Es suyo. Puede darlo a beneficencia, ayudar a los pobres, o bien al hospital, a los enfermos... Señora Mimma, ahora no piense en eso, a partir de mañana piense solo en vivir bien al menos su vejez.

Mimma cogió la foto y se la metió en el bolsillo. Después cogió la gorra del apuntado Bernardi, se la puso en la cabeza y dijo:

—¡Apuntado Baldini, vámonos!

El apuntado miró a su alrededor y se dirigió a Mimma afectuosamente.

—Señora, me llamo Bernardi, Renzo Bernardi.

Mimma le miró desde abajo: Bernardi era un hermoso muchachote de metro ochenta.

—Lo sé, ¡soy millonaria, no loca! ¡Baldini era el apuntado que trabajaba de pareja con mi Giovanni! ¡Eso sí lo recuerdo bien! —Salió seguida del sonriente apuntado, que abrió la puerta del coche y la hizo montar.

El mariscal se despidió del notario.

—¡Hasta mañana, doctor Rossi! ¡Venga cuando le vaya bien, sin prisas!

El notario se despidió de Mimma con un gesto de la mano y, dirigiéndose al mariscal:

—Hasta mañana, mariscal. Y gracias de verdad. Muchas gracias.

El coche se alejó. Mimma se volvió y desde la luna posterior siguió saludando al notario. Acogida como si fuera una abuela de verdad, fue huésped de la familia Troiano en el cuartel, que tenía los alojamientos de servicio en la planta superior. Vivió con ellos toda una semana, durante la cual la pobre mujer no acababa de creerse lo que le estaba pasando: un caleidoscopio de encuentros, firmas, directores de bancos, abogados, notarios y gente de toda categoría, ingenieros, albañiles, emprendedores y asesores. Ahora llevaba puesto un hermoso vestido que la señora Marisa, esposa del mariscal Troiano, le había comprado en una tienda del centro. Bien peinada y vestida, con su bolso y un par de zapatos nuevos, había recuperado su dignidad. El notario Rossi la llevaba a todos lados, mostrándole cosas que no conocía porque hacía años que no se movía de su casucha del barrio Brancaccio.

Entonces, un día, el notario Rossi le dijo:

—¡Señora Mimma, hoy la llevaré a un lugar donde le regalarán una nueva sonrisa!

Pensando quién sabe qué, Mimma dijo:

—¿Más sonrisas? ¡Aquí me sonrío todo el mundo y son todos muy amables! ¿Qué mayor sonrisa que esa?

El notario tal vez no se había explicado bien.

—No, señora Mimma, ¡hoy vamos al dentista! ¡Es la suya la sonrisa que quiero! ¡Ahora puede permitirse ponerse dientes nuevos y sonreír sin tener que taparse más la boca!

Al escuchar esas palabras, Mimma se sintió muy feliz: ¡por fin aquella pena de estar sin dientes habría terminado!

En el transcurso de algunos meses se convirtió en una mujer nueva. Ahora podía sonreír, y, como ya se fiaba plenamente del notario porque el joven se interesaba por ella más como una vieja tía que como un cliente, le mandó vender la casa de don Tano.

—¡Notario, hazlo tú! ¡Me fío de ti! —le dijo—. Eso sí, ¡quinientos millones o nada! —Ahora se reía porque podía hacerlo sin avergonzarse.

Mientras buscaban una casa para ella, se alojaba en el hotel Mediterráneo, en una habitación limpia y ordenada, con camareros que iban y venían. Un día, el notario la llevó a ver una casita linda, estilo modernista, de principios del siglo XX, con un pequeño jardín. Era una ganga: una empresa en quiebra buscaba fondos para tapar sus agujeros. Mimma se enamoró al instante de ella y rápidamente el notario Rossi se ocupó de todos los trámites, así que una semana después la casa era propiedad de la señora Mimma Lupo, que lo primero que hizo fue ir en taxi —ahora podía permitirse todos los taxis que quisiera— al cuartel de Brancaccio, pasándose antes por la pastelería Puleo y comprando *cannoli*<sup>[26]</sup> y pastas para todos los carabinieri. Después fue a visitar a la señora Marisa y a sus hijos con el propósito de pedirles ayuda para amueblar la casa nueva. Y así la familia Troiano empezó una misión en la que se implicaron todos, incluidos los carabinieri que no estaban de servicio. Mimma podría haber recurrido a un decorador de interiores, tenía dinero más que suficiente, pero quería compartir su felicidad con los que ahora consideraba su familia: los componentes del cuartel de Brancaccio.

La casita, situada en un buen barrio de Palermo, estaba enfrente de la casa del famoso juez Borsellino: cada día, las noticias de la televisión hablaban de aquel juez, que era tan honesto y combatía a la mafia, ¡precisamente él, que era de Palermo y sabía cómo funcionaba! Mimma le conoció un poco por casualidad y un poco porque el notario Rossi siempre intentaba introducirla en la clase alta de Palermo. Así, en una conferencia, fue presentada al juez y a su esposa, que,

descubriendo que era vecina de la señora Lupo, la invitó a tomar el té y, desde aquel momento, a pesar de la notable diferencia de edad, las dos señoras empezaron a pasar más tiempo juntas.

Un día de 1992, de repente, una edición especial en las noticias de la televisión: ¡habían atentado contra el juez!

Murieron todos: el juez y sus escoltas. Conmocionada, Mimma no podía creer lo que estaba viendo, pero las imágenes estaban ahí, crueles y malvadas. Cogió el bolso y corrió a ver a su amiga. Era todo un ir y venir de gente, de periodistas, de policías y de carabineros. Un joven policía la echó amablemente y volvió a casa: iría más tarde a consolar a su amiga.

Desde aquel día, una escolta de carabineros se alterna ininterrumpidamente para vigilar la casa del juez. Para aquella familia, Mimma se ha convertido en algo más que una simple vecina: una compañía, una persona a la que quieren muchísimo. Y después, esos muchachos que todos los días, verano e invierno, ¡están allí protegiendo la casa! ¡Mimma les ha adoptado a todos y todos han adoptado a Mimma como abuela y madre! Su mayor placer es llevarles café caliente en invierno o té frío en verano.



## 22

—¿Ves, Paolo, la vida es como un columpio: arriba y abajo continuamente, días de dolor y miseria, días de alegría y amor; yo puedo decir tranquilamente que lo he vivido todo. ¡Y ahora vamos a ver a mis ahijados! ¡Seguro que les encantará un buen vaso de té frío!

Mimma coge unos vasos, una botella de té de la nevera y salen juntos a la calle. Los dos carabineros, apenas la ven, van a su encuentro sonriendo, pero se paran un momento al ver al conocido brigadier. Paolo les hace una señal tranquilizadora y los muchachos se acercan. El primero exclama:

—¡Ah, nuestra mamá!

Mimma mira a Paolo.

—¿Qué te decía antes?

El segundo carabinero sonríe y dice:

—Buenos días, mamá Mimma. ¿Cómo está hoy?

—¡Hoy estoy perfectamente! ¡Ven, bebe tú también!

Los dos carabineros se echan té en los vasos bajo la mirada atenta de Paolo y la amorosa de Mimma. Después le dan las gracias y dicen casi al unísono:

—¡Mamá Mimma es única! —Y vuelven a sus puestos en la entrada de la casa.

Mimma vuelve a casa. Paolo la acompaña hasta la verja. Mimma cierra la puerta y le dice:

—¿Has entendido ahora por qué me he convertido en la madre de los carabineros?

El brigadier Paolo, entonces, le grita sonriendo mientras se aleja:

—¡Claro que lo he entendido! ¡Hasta mañana, mamá!

## Biografía



**Alessio Puleo** nació en Palermo en 1981. Dejó su trabajo como policía para dedicarse al teatro y a la escritura. Durante varios años ha trabajado como actor en uno de los teatros más prestigiosos de su ciudad. *La mamma dei carabinieri* (*La madre de los carabinieri*) es una historia real que conoció durante la etapa en la que trabajó en la policía. Su novela *Escucharás mi corazón* ha sido un éxito de venta en Italia, España y México y ha sido traducida a varios idiomas. Alessio es muy activo en sus redes sociales, siempre dispuesto a responder a sus fans.

Página Facebook

<https://www.facebook.com/Alessio-Puleo-108687169180524/>

Página Twitter

<https://twitter.com/alessiopuleo1?lang=it>

Sitio Internet [www.alessiopuleo.it](http://www.alessiopuleo.it)

## Notas

[1]. El Arma dei Carabinieri es una de las cuatro fuerzas armadas de Italia. Tiene estatus de policía militar. Su escalafón militar es el siguiente:

— Oficiales: comandante general del Arma, vicecomandante general del Arma, general del cuerpo de Ejército, general de división, general de brigada, coronel.

— Suboficiales: lugarteniente, mariscal ayudante, mariscal jefe, mariscal ordinario, brigadier cabo, brigadier, vicebrigadier, apuntado elegido, apuntado, carabiniere elegido, carabiniere.

[2]. Fue el primer procedimiento fotográfico difundido oficialmente en el año 1839. Desarrollado y perfeccionado por Louis Daguerre.

[3]. 4.º Reggimento Carabinieri a Cavallo: regimiento del Arma de los Carabineros en Italia desde 1963.

[4]. Caballo de mala raza y de poca alzada.

[5]. Un caballo tiene capa alazana cuando es de color rojizo, aunque puede tener las crines y la cola pelirrojas o rubias hasta tonos prácticamente blancos.

[6]. Un caballo tiene capa baya cuando es de color amarillento. Su crin es siempre negra.



[7]. Carruaje de dos plazas completamente cubierto que es tirado por un solo caballo con limonera o un tronco de dos caballos.

[8]. En dialecto siciliano, denominación para «vendedor de pienso para animales».

[9]. Camillo Paolo Filippo Giulio Benso, conde de Cavour, fue un político y estadista de la Italia anterior a la unificación.

[10]. El Piemonte es una región noroccidental de Italia.

[11]. «Relámpago» en italiano.

[12]. Carruaje cubierto, de cuatro ruedas, considerado de lujo.

[13]. «¿Te ha mordido una tarántula?» es una expresión italiana que se utiliza para llamar la atención a una persona especialmente inquieta. Su origen es la leyenda según la cual la tarántula, con su picadura, provocaría una crisis histérica cuyo único remedio sería una danza purificadora: la taranta.

[14]. Tela entretejida de oro y plata.



[15]. Gorro plano con visera usado especialmente en Sicilia en el siglo XIV.

[16]. Pasta prensada. Plato siciliano de culto. Macarrones con albóndigas en ragú, con huevos duros rebanados, queso pecorino rallado, berenjenas fritas y ajo. Todo horneado hasta que la pasta queda crujiente por todos lados.

[17]. Tipo de patata cultivada en las provincias de Nápoles, Salerno y Caserta.

[18]. En la versión italiana está escrito en dialecto siciliano. Resulta necesario mantener la frase original para seguir el hilo de la conversación.

[19]. La *acquacotta* («agua cocida») es una sopa pobre que varía de una zona a otra según la disponibilidad de los ingredientes (de ahí su nombre).

[20]. Nombre popular de la planta *Opuntia ficus-indica*, de frutos comestibles: los higos chumbos.

[21]. Expresión italiana para referirse a una mala caligrafía.

[22]. Pozo que comunica con un acuífero cautivo de agua.



[23]. Reina del Cielo es la prisión más conocida de la ciudad de Roma. Anteriormente un convento católico (de ahí el nombre), fue construida en 1654 en el barrio de Trastevere. Comenzó a servir como prisión en 1881.

[24]. En italiano, *il diavolo fa le pentole e qualche volta pure i coperchi*: dicho que significa que es mejor no planear acciones deshonestas porque fácilmente repercutirán contra quien las haya planeado y de alguna manera pagará las consecuencias.

[25]. En dialecto siciliano, «ladronzuelo».

[26]. Dulce típico de Sicilia, de donde es originario. Consiste en una masa enrollada en forma de tubo que dentro lleva ingredientes mezclados con queso ricota.

*La madre de los carabineros*

Alessio Puleo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Alessio Puleo, 2017

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Nejrón Photo / Shutterstock

© De la traducción, Ingrid Chaparro, 2017.

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2017

ISBN: 978-84-08-16532-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.

[www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA  
**CONTEMPORÁNEA**

---



¡Síguenos en redes sociales!

